EL PESCADOR DE CORVOEIRA



ÁNGELA ARCO

EL PESCADOR DE CORVOEIRA

Ángela Arco

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
INTERLUDIO — A Illa dos Corvos, 1947
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO

Para los que pudieron volver.

COPYRIGHT

© 2026 Ángela Arco

Todos los derechos reservados.

Primera edición digital, 2026.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin autorización previa y por escrito de la autora, salvo las citas breves permitidas por la legislación aplicable.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas o hechos reales es coincidencia.

Instagram: @angelaarco.autora

Amazon: Página de autora de Ángela Arco

PRÓLOGO

Corvoeira, 1901

El mar, esa mañana, estaba demasiado quieto.

Amaro Cebreiro lo notó antes de salir de casa, mientras se apretaba los cordones de las botas junto a la puerta y escuchaba, a través de la madera, el silencio que venía del puerto. No era el silencio de la calma. Era el otro: el que hacía que los perros no ladraran y que hasta las gaviotas parecieran guardar el pico bajo el ala. Su padre y, antes que él, su abuelo le habían enseñado a temer aquel silencio sin explicarle nunca del todo por qué.

—Non vaias[1] —le dijo su mujer, sin levantar la vista de la lumbre.

Amaro dejó las manos quietas sobre los cordones durante un instante. Luego terminó el nudo, se incorporó y abrió la puerta.

No contestó.

O Peirao Vello estaba casi vacío a esa hora. Solo las barcas amarradas, las gaviotas inmóviles sobre los tejados y el chapoteo manso del agua contra la piedra. Amaro empujó su embarcación hasta hacerla flotar, subió a bordo y tiró de los remos con el ritmo de siempre. Puso rumbo hacia A Illa dos Corvos, donde sabía que encontraría pulpos entre las rocas del norte antes de que amaneciera del todo.

Nadie volvió a verlo una vez que dejó atrás las dos puntas de la ría.

Lo que sí vieron desde tierra dos muchachos que recogían leña fue a dos aves rapaces remontar el vuelo justo antes de que apareciera la niebla.

No bajó como bajaba siempre la brétema, deshilachada, arrastrándose desde el mar hacia dentro como un animal cansado. Aquella vez cayó de golpe, entera, como si alguien hubiera cubierto el mundo con un paño. Los muchachos soltaron los haces de ramas y corrieron a avisar. Para cuando los hombres del pueblo llegaron al muelle con los candiles encendidos, la niebla ya se había tragado la ría. Desde la última losa del muelle no se distinguía siquiera la proa de la barca amarrada más cercana.

Esperaron.

Esperaron oyendo el agua sin verla, llamando de vez en cuando a Amaro y recibiendo como única respuesta sus propias voces, apagadas a pocos pasos. Nadie se atrevió a salir en su busca mientras la niebla permaneció cerrada sobre la boca de la ría.

Tardó tres horas en levantar.

Cuando lo hizo, el mar volvía a estar quieto —quieto de la forma normal, esta vez— y no había rastro de Amaro ni de su barca. Ni un remo a la deriva. Ni una nasa. Ni una tabla rota que permitiera imaginar un naufragio.

No apareció al día siguiente. Ni al otro.

Ni nunca.

Solo Manuela Pardo, que vivía sola en la casa de piedra sobre A Punta Meiga y a la que el pueblo llamaba *meiga*[2] más por respeto que por miedo, se atrevió a ponerle palabras a lo que aquella noche nadie quería nombrar.

—Non foi o mar quen o levou[3] —dijo durante el velatorio vacío, sin cuerpo que velar.

Las mujeres se santiguaron. Los hombres bajaron la vista.

Manuela miró hacia la puerta cerrada, como si al otro lado todavía pudiera oír la niebla respirando.

—Foi ela. E ela non devolve o que colle.[4]

Ella.

No le dio otro nombre aquella noche. Con el tiempo, cuando alguien en Corvoeira decía *la brétema* en voz baja, nadie necesitaba preguntar a qué niebla se refería. No era la que humedecía las redes o hacía sonar las sirenas de los barcos. Era otra cosa. Algo que escogía el lugar y el momento. Algo que dejaba el mar intacto y, aun así, era capaz de vaciarlo de una persona.

Manuela Pardo murió veinte años después sin haber vuelto a ver a Amaro Cebreiro. Antes de morir, le contó la historia a su hija; esta se la contó después a su propia hija, y así fue pasando, de una mujer a otra, envuelta siempre en el mismo aviso:

Cando o mar está demasiado quieto, non saias.[5]

Corvoeira siguió viviendo del mar, porque no sabía vivir de otra cosa. Las barcas continuaron saliendo cada mañana de O Peirao Vello. Los hombres siguieron atándose las botas junto a la puerta. Y, cuando el silencio de fuera no terminaba de sonar bien, hubo mujeres que volvieron a pedirles que no se marcharan sin levantar la vista de la lumbre.

La mayoría de las veces, no pasaba nada.

Pero el pueblo aprendió a contar los años por las veces que sí pasaba.

---

1. No vayas.

2. Mujer a la que se atribuían saberes o poderes sobrenaturales; bruja o hechicera.

3. No fue el mar quien se lo llevó.

4. Fue ella. Y ella no devuelve lo que se lleva.

5. Cuando el mar está demasiado quieto, no salgas.

CAPÍTULO 1

Corvoeira, 2025

Uxía reconoció el olor antes que las casas.

Le llegó nada más bajar del coche, mientras estiraba las piernas entumecidas después de cinco horas de carretera y una última hora de curvas. El navegador, sin cobertura desde hacía veinte minutos, ya había dejado de intentar recalcular la ruta. Salitre, gasoil de la lonja, algas secándose entre las piedras y algo dulzón de fondo que nunca había sabido si pertenecía al musgo de los tejados o a la propia humedad del pueblo.

Llevaba diecisiete años sin pisar Corvoeira y, aun así, el cuerpo la reconoció antes de que ella se diera permiso para reconocer nada.

Cerró la puerta del coche y se quedó un momento con la mano apoyada en el techo. A su espalda, la carretera por la que había llegado desaparecía entre casas estrechas y fachadas comidas por la humedad. Delante, el pueblo descendía hacia la ría con la misma inclinación de siempre y, sin embargo, había algo distinto en él. Menos voces. Más persianas bajadas. En el puerto, muchos menos mástiles de los que recordaba.

La casa seguía exactamente donde la había dejado.

Eso era lo peor de volver a un sitio como aquel: las cosas parecían inmóviles solo hasta que una se acercaba lo suficiente para ver cuánto habían envejecido. Las mismas contraventanas verdes de Casa Freire, ahora más descascarilladas; la misma mancha oscura bajo el canalón; el mismo peldaño roto de la entrada que su padre nunca llegó a reparar y que, cuarenta años después, continuaba esperando a alguien que tampoco iba a hacerlo.

Uxía sacó la maleta del maletero. El ruido de las ruedas contra los adoquines le pareció demasiado alto en la calle vacía.

—Xa chegaches[1] —dijo Puri desde la puerta, secándose las manos en el delantal, como si Uxía hubiera ido a por el pan y no acabara de recorrer setecientos kilómetros.

—Puri.

La abrazó antes de pensar si debía hacerlo. La mujer que recordaba grande, casi indestructible, ahora le llegaba por debajo del hombro. Notó sus huesos a través del jersey y una fragilidad que no estaba allí la última vez que la había visto. Todo el mundo se había vuelto más pequeño, pensó, o quizá ella se había hecho más grande huyendo.

—¿Cómo está?

Puri se apartó lo justo para mirarla a la cara. Era la hermana menor de Carme, la única tía que le quedaba a Uxía, aunque llevaba tantos años llamándola solo «Puri» que la palabra «tía» le sonaba casi como el nombre de otra persona.

—Ten días[2] —respondió—. Hoxe é bo día. Sabe que vés.[3]

No añadió nada más. Tampoco hacía falta. En aquel gesto cansado, en la forma de apartarse para dejarla entrar y recoger la maleta antes de que Uxía pudiera impedírselo, había más información que en todos los informes médicos que le habían resumido por teléfono.

Dentro, la casa olía a cerrado, a caldo y a madera húmeda. Como siempre. Como si el tiempo solo hubiera sabido avanzar puertas afuera.

Uxía dejó la maleta en el pasillo, junto al perchero donde colgaba un chubasquero demasiado grande para pertenecer a ninguna de las dos, y durante un instante tuvo la absurda impresión de que la casa había seguido guardando sitio para personas que ya no estaban. Apretó la mandíbula y siguió la voz de la radio hasta la cocina.

Carme estaba sentada junto a la ventana.

Tenía las manos quietas sobre la mesa y la mirada puesta en la ría, tal como Uxía había imaginado durante años que la encontraría. El pelo, que ella recordaba gris y siempre recogido con prisa, era ahora casi blanco. Se le había afinado la cara y la ropa parecía colgarle de los hombros. Sin embargo, la postura seguía siendo la misma: ligeramente inclinada hacia el cristal, atenta a algo que podía aparecer en cualquier momento al otro lado del agua.

—Mamá.

Carme se volvió despacio.

Tenía los ojos claros, más claros de lo que Uxía recordaba. La enfermedad podía haberse llevado fechas, habitaciones y nombres, pero había dejado aquellos ojos intactos, como si quisiera asegurarse de que nadie pudiera mirarla sin reconocer por completo a la mujer que estaba perdiendo.

—Uxía.

Lo dijo bien. Sin dudar.

Por un segundo, el pecho de Uxía se aflojó de una forma que no esperaba. Había pasado todo el viaje preparándose para no ser reconocida y no se había preparado para lo contrario.

—Viñeches[4] —añadió Carme.

—Sí, mamá. He venido.

Carme la observó durante unos segundos más. Después sonrió, como si acabara de resolver una pequeña duda.

—¿Trouxeches ao neno?[5]

El alivio duró tan poco que Uxía casi sintió vergüenza de haberlo tenido.

No era que Carme no supiera quién era. Sabía su nombre, reconocía su cara; simplemente había colocado dentro de su vida a un niño que

nunca había existido. La enfermedad había encontrado a la hija correcta y había inventado el resto de la historia.

Uxía miró a Puri. Desde el marco de la puerta, su tía negó muy despacio con la cabeza: *ahora no; no la corrijas; no sirve de nada*.

Uxía tragó lo que fuera que se le había subido a la garganta.

—Está durmiendo —dijo.

La mentira salió con una facilidad que la inquietó. No sabía quién era aquel niño ni dónde se suponía que dormía. Solo supo, por la forma en que Carme relajó los hombros, que era la respuesta que necesitaba oír.

—Ben.[6]

Carme sonrió, satisfecha, y volvió a mirar por la ventana.

—O mar hoxe está moi tranquilo.[7]

Algo en la forma en que lo dijo hizo que a Uxía se le erizara la piel de los brazos.

Era solo una frase sobre el tiempo. Una mujer mayor hablando del mar, como habían hecho las mujeres de Corvoeira desde que el pueblo existía. Y, sin embargo, aquellas palabras parecieron quedarse suspendidas en la cocina, por encima del murmullo de la radio y del golpeteo de una cuchara dentro de un vaso.

Uxía siguió la dirección de su mirada.

La ría se extendía gris hasta la boca, encajada entre las dos puntas rocosas que ella había dibujado decenas de veces de niña sin saber que estaba dibujando una trampa. Más allá, apenas visible bajo el cielo gris de noviembre, se alzaba el bulto oscuro de A Illa dos Corvos.

De pequeña le habían prohibido acercarse. Nunca le dieron una razón completa. Solo órdenes dichas con demasiada seriedad, conversaciones que terminaban cuando ella entraba en la habitación

y el nombre de su padre pronunciado siempre con el mismo tono: el reservado para alguien que estaba y no estaba, muerto pero no enterrado.

Se sentó frente a Carme.

Durante un rato ninguna dijo nada. Puri se movía por la cocina fingiendo ordenar cosas que ya estaban ordenadas, abriendo un cajón, cerrándolo, doblando un paño sobre la encimera. Uxía entendió que aquella era su manera de concederles intimidad sin dejarlas solas del todo.

—¿Has comido? —preguntó Carme de pronto.

—Sí.

—Estás moi delgada.[8]

Uxía casi sonrió. Aquella frase sí pertenecía a todas las versiones de su madre.

—Tú también.

Carme frunció el ceño, como si no terminara de entender la respuesta, y volvió a la ventana.

Uxía se quedó observando sus manos. Reconoció la alianza. Una línea dorada, gastada y demasiado holgada alrededor de un dedo que se había vuelto fino con los años. Su madre nunca se la había quitado.

Diecisiete años sin regresar y había cosas que seguían esperándola en el mismo sitio.

No había vuelto para investigar nada. Había regresado para cuidar a una mujer que se estaba yendo despacio, en un pueblo del que ella misma se había marchado corriendo. Eso era todo. Se lo había repetido durante todo el trayecto, como una letanía capaz de mantener cerrada cualquier otra pregunta.

Aquella noche se instaló en la que había sido su habitación de adolescente. El papel pintado estaba descolorido; en una esquina se había levantado por la humedad. El póster sobre la cama seguía allí, ligeramente torcido, porque nunca había permanecido allí el tiempo suficiente para que le importara quitarlo.

Deshizo solo la mitad de la maleta. Dejó el resto dentro, como si conservar la ropa sin colocar pudiera convertir su estancia en algo provisional.

Antes de acostarse, se acercó a la ventana.

Abajo, las pocas luces del puerto temblaban reflejadas en el agua. Más allá de las casas, el mar estaba completamente quieto.

Demasiado quieto, pensó.

Las palabras le llegaron con una naturalidad que la hizo apartarse un poco del cristal. No sabía de dónde las había sacado. Tal vez se las había oído alguna vez a Puri, a Carme o a cualquiera de las mujeres que hablaban en voz baja cuando los hombres salían a faenar. Tal vez solo eran palabras que llevaban tanto tiempo flotando en Corvoeira que ya no pertenecían a nadie.

Corrió la cortina y se metió en la cama.

Tardó mucho en dormirse. Escuchó las tuberías, el crujido de las tablas del pasillo y, en algún momento de la madrugada, los pasos de Puri entrando en la habitación de Carme para comprobar que seguía allí.

Fuera, sobre la ría, los primeros hilos de niebla empezaban a extenderse por la superficie del agua.

---

1. Ya has llegado.

2. Tiene días buenos y malos.

3. Hoy es un buen día. Sabe que vienes.

4. Has venido.

5. ¿Has traído al niño?

6. Bien.

7. Hoy el mar está muy tranquilo.

8. Estás muy delgada.

CAPÍTULO 2

Corvoeira, 1985

Bieito Barreiro Souto llevaba desde niño saliendo al mar y había aprendido que el peligro no siempre llegaba con olas altas.

A veces llegaba así.

Sin ruido.

Poco después de las cuatro y media de aquella mañana de noviembre, Corvoeira parecía haberse quedado sin respiración. No era solo que el agua estuviera calma. Había visto cientos de amaneceres con el mar como un plato y no había sentido nada parecido. Aquella quietud lo ocupaba todo: ni una gaviota chillando sobre A Lonxa, ni el golpe de las drizas contra los mástiles, ni el viento colándose por las bocacalles. Hasta el motor de la fábrica de hielo, que acostumbraba a zumbar antes de que salieran los primeros barcos, parecía sonar más lejos.

Bieito se detuvo al principio de O Peirao Vello y miró hacia la boca de la ría.

A Illa dos Corvos era una sombra baja entre dos oscuridades: la del cielo anterior al alba y la del agua. No se movía una luz en toda aquella extensión.

—¿Sales hoy? —preguntó.

Xoán Freire Rial levantó la cabeza junto al *Santa Bárbara*. Tenía treinta y nueve años, las manos endurecidas por la sal y una facilidad para reír que a Bieito siempre le había parecido casi una provocación al oficio. El mar solía desconfiar de los hombres demasiado

contentos, pero a Xoán, hasta entonces, le había perdonado la costumbre.

—¿Por qué no iba a salir?

A su lado, Manuel Rial Bugallo colocaba las últimas cajas contra la borda. Tenía veintidós años y apenas llevaba uno aprendiendo el oficio. Era el menor de una familia de canteros y todavía trataba cada cabo como si escondiera una técnica que pudiera dominarse a fuerza de repetirla. Bieito lo había visto muchas mañanas observar a Xoán de reojo antes de hacer un nudo, esperando comprobar que sus manos recordaban bien la lección.

—Porque no se mueve nada —dijo Bieito.

Xoán miró alrededor, exagerando el gesto.

—Eso es una ventaja, hasta donde yo sé.

—Depende.

—¿De qué?

Bieito volvió la vista hacia la isla. Quiso encontrar una respuesta concreta: una nube baja, un cambio de marea visible, cualquier cosa que pudiera señalar con el dedo para no parecer un hombre asustado por el silencio.

No encontró nada.

—No sé —admitió—. Está demasiado quieto.

Manuel dejó una caja en el suelo.

—Mi padre diría que la piedra no da estos sustos.

—Tu padre lleva un año diciéndote que vuelvas a la cantera —respondió Xoán.

—Y yo llevo un año sin hacerle caso.

Los dos se rieron. Bieito no.

Antes de que terminaran de cargar, Puri cruzó el muelle camino de A Lonxa, con una cesta vacía colgada del brazo y el paso rápido de quien ya iba tarde aunque todavía no hubiera amanecido. Al verlos, levantó una mano.

—Hasta luego, Xoán.

—Hasta luego, Puri —respondió él, inclinándose sobre el cabo que aseguraba a la cornamusa.

Puri siguió andando sin detenerse. Fue un saludo corriente, gastado de repetirse durante años a la misma hora, uno de esos intercambios que nadie guarda porque da por hecho que habrá otro al día siguiente.

Bieito se acercó un paso más al barco.

—Yo esperaría a que clarease.

Xoán terminó el nudo y se incorporó.

—Para cuando claree, habrá media ría faenando alrededor de la isla. Volvemos antes de que Carme ponga el caldo al fuego.

Lo dijo sonriendo. No con desprecio, ni siquiera con verdadera imprudencia. Simplemente con la confianza de quien ha salido mil veces y ha regresado las mismas mil.

Bieito estuvo a punto de insistir.

Después recordaría aquel instante con una precisión que no conservaría de casi ninguna otra cosa: el brillo húmedo de la cubierta, la mano de Manuel sujetando una caja, una mancha de pintura blanca saltada junto al nombre del barco, el olor a gasoil mezclado con sal. Recordaría también que abrió la boca.

Y que no dijo nada.

Xoán saltó a bordo. Manuel fue detrás de él. El motor tosió dos veces antes de arrancar y el sonido se extendió por el puerto con una claridad desagradable, como si todo Corvoeira estuviera obligado a escucharlo.

Bieito permaneció en el muelle, con las manos hundidas en los bolsillos, mientras el *Santa Bárbara* se separaba de la piedra.

Al principio distinguió a los dos hombres moviéndose en cubierta. Luego solo sus siluetas. Después, el barco se convirtió en una mancha oscura que avanzaba hacia A Illa dos Corvos, donde Xoán aseguraba que el pulpo entraba mejor en las nasas con aquella calma.

El aire tenía un peso extraño. Se pegaba a la cara y a las manos, húmedo hasta casi gotear, pero no corría ni una brizna de aire que lo apartara. El agua parecía guardar debajo de la superficie un calor impropio de noviembre. Bieito no sabía medir ninguna de esas cosas ni habría podido explicarlas en una declaración. Solo sabía que el cuerpo se lo estaba advirtiendo antes de que la cabeza encontrara palabras.

El *Santa Bárbara* alcanzó la altura del islote.

Durante un segundo, Bieito creyó ver que la silueta del barco se detenía.

Luego desapareció.

La niebla no llegó desde mar abierto. Se formó alrededor de A Illa dos Corvos, cerrándose sobre la embarcación con una rapidez imposible, y después se extendió hacia el interior de la ría. En pocos segundos borró el islote, las dos puntas y la línea que separaba el agua del cielo.

—¡Xoán!

Bieito gritó antes de pensar que la distancia hacía inútil el intento.

No obtuvo respuesta.

La niebla alcanzó O Peirao Vello y el mundo se redujo a la piedra mojada bajo sus botas. Bieito dejó de ver el extremo del muelle. Las luces de A Lonxa se convirtieron en manchas amarillas sin forma. El sonido también cambió: el agua seguía golpeando debajo, pero parecía hacerlo desde un lugar mucho más profundo.

Corrió hacia las primeras casas.

Entró en la lonja gritando los nombres de Celso y de cualquiera que pudiera oírlo. Cuando regresó al muelle, llevaba una linterna en la mano y venían con él Celso Rey Nogueira y otros tres hombres, dos todavía abrochándose los impermeables. Intentaron llamar al *Santa Bárbara* por radio. Repitieron el nombre del barco una vez, dos, diez.

Solo respondió la estática.

—No podemos salir así —dijo uno de los hombres.

Bieito lo sabía. Conocía aquella ría palmo a palmo, pero dentro de una niebla tan cerrada podían estrellarse contra las rocas antes de haber abandonado el puerto. Aun así, cada minuto que permanecían allí le parecía una forma de traición.

Celso se situó a su lado.

Tenía más de sesenta años y una manera de mirar la niebla que Bieito no comprendió entonces. No era solo miedo. Era reconocimiento.

—¿Había llegado a la isla? —preguntó.

—Sí.

Celso cerró los ojos un instante.

—Entonces esperamos.

Bieito se volvió hacia él.

—¿Esperamos qué?

Celso no contestó.

La niebla permaneció sobre la ría durante tres horas.

Tres horas en las que los hombres recorrieron el muelle de un extremo a otro sin alejarse de la piedra. Tres horas llamando por

radio, escuchando motores que no existían, creyendo distinguir voces que resultaban ser gaviotas cuando el sonido se acercaba. A medida que amanecía detrás de la brétema, la claridad no aumentó: el blanco solo se volvió más pálido.

Puri regresó desde la lonja al enterarse de lo ocurrido. No llevaba ya la cesta. Se quedó detrás del grupo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Avisasteis a Carme? —preguntó.

Nadie respondió enseguida.

Bieito comprendió que todos estaban esperando que fuera otro quien lo hiciera.

—Todavía no —dijo al fin—. Primero vamos a encontrarlos.

Puri lo miró como si quisiera creerle y no supiera cómo.

La niebla empezó a retirarse poco después de las siete y media. No se levantó de golpe. Se deshizo desde los bordes, dejando aparecer primero las casas más cercanas, luego A Punta Meiga y, por último, la sombra de A Illa dos Corvos.

El mar volvió a estar quieto.

Quieto de la forma normal, esta vez.

—Allí —dijo Celso.

El *Santa Bárbara* flotaba al este del islote, girando muy despacio sobre sí mismo.

Salieron en la primera embarcación que pudieron preparar. Bieito subió antes de que terminaran de soltar el último cabo. Durante el trayecto mantuvo los ojos fijos en el barco de Xoán, buscando una cabeza detrás de la borda, una mano alzada, cualquier movimiento.

No vio ninguno.

El motor del *Santa Bárbara* estaba apagado. Las nasas seguían amontonadas en cubierta, todavía por calar. No había señales de golpe, vuelco ni lucha. Solo dos tazas de metal junto a la pequeña cabina, una de ellas tumbada, y un cabo suelto que rozaba la borda al compás del agua.

Bieito llamó primero a Xoán. Después a Manuel.

Abrió la cabina, miró bajo las redes, recorrió con la vista cada palmo de una cubierta en la que sabía perfectamente que no cabía nadie escondido.

No encontró a ninguno de los dos.

Durante los días siguientes rastrearon la ría, las rocas exteriores y cada cala donde una corriente pudiera haber dejado un cuerpo. Llegaron embarcaciones de otros pueblos. La Guardia Civil recorrió la costa. Las familias esperaron noticias que fueron dejando de parecer posibles antes de que nadie se atreviera a decirlo.

El sargento Elixio Cortizo llegó desde Vilanova aquella misma tarde. Tomó declaraciones con una letra pequeña y apretada, preguntó por el viento, el estado del motor, el combustible y la experiencia de ambos hombres. Volvió seis días después, regresó al cabo de tres semanas y luego una vez al mes durante casi un año. Cada visita traía menos preguntas y más silencios.

En el informe final —que Bieito acabaría leyendo mucho tiempo después— Elixio utilizó una palabra una y otra vez: *desaparecidos*.

Nunca *muertos*.

Ni una sola vez.

En Casa Freire no hubo funeral. Carme se negó a celebrar una misa por un hombre cuyo cuerpo nadie había encontrado y permaneció en Casa Freire con Uxía, de cuatro años, agarrada a su falda. Desde la ventana de la sala miraba la ría con una concentración que incomodaba a quienes iban a acompañarla, como si en lugar de esperar un milagro estuviera vigilando un camino.

En Casa Rial Bugallo, en cambio, Xesús y Amparo velaron a su hijo menor una semana después. Hubo una misa y un ataúd vacío porque, según le explicó Amparo a Puri con los ojos secos y la voz quebrada, necesitaban un sitio donde poner a Manuel, aunque fuera un lugar sin cuerpo.

Las dos familias no volvieron a hablarse con la misma naturalidad.

No hubo pelea. No hubo reproches pronunciados de frente. Solo el silencio incómodo de quienes habían tomado decisiones distintas ante la misma ausencia y ya no podían cruzarse en la Rúa do Cristal sin recordar lo que cada casa había elegido creer.

Con los años, Bieito dejó de contar la historia completa.

Decía que Xoán y Manuel habían salido con buen tiempo. Que la niebla había bajado. Que el barco apareció vacío y ellos no regresaron.

Nunca hablaba de la advertencia.

Nunca decía que había estado a punto de insistir.

Y jamás contó que, mientras veía el *Santa Bárbara* alejarse hacia A Illa dos Corvos, tuvo la certeza —breve, absurda y demasiado débil para detener a nadie— de que el mar, aquella mañana, estaba demasiado quieto.

CAPÍTULO 3

Corvoeira, 2025

Llevaba cuatro días en el pueblo cuando Uxía comprendió que cuidar a alguien no era una tarea, sino un horario.

Las pastillas de las nueve. El desayuno a las nueve y media, aunque Carme llevara desde las ocho diciendo que tenía hambre. La ducha los lunes, miércoles y viernes, siempre después de calentar el baño porque el frío la ponía nerviosa. La ventana abierta por la mañana para que entrara el aire de la ría y cerrada a las cinco en punto porque, según Puri, la humedad se le metía en los huesos y luego no dormía.

Había también horarios que no figuraban en ninguna hoja pegada a la nevera: el momento en que Carme preguntaba por una hermana muerta hacía veinte años; los diez minutos de lucidez que a veces aparecían después de comer; la inquietud del atardecer, cuando recorría el pasillo buscando una habitación que seguía allí pero que ella recordaba en otro lugar.

Uxía aprendía sobre la marcha. A no corregir cada fecha. A no preguntar «¿te acuerdas?» como si la memoria fuera una puerta que Carme pudiera abrir por educación. A aceptar que una misma conversación podía repetirse cuatro veces y que, para su madre, cada una de ellas era la primera.

La niebla de la noche de su llegada se había disuelto antes del amanecer. Puri la había llamado *bruma de inverno*[1], una de tantas, y Uxía no le contó que había permanecido despierta escuchando el silencio de la ría hasta que las primeras gaviotas empezaron a gritar sobre los tejados. Tampoco volvió a decir en voz alta aquellas palabras que le habían llegado junto a la ventana: *demasiado quieto*.

Se concentró en lo inmediato.

Pastillas. Comidas. Pañales guardados en el armario del baño sin que Carme los viera. Llamadas al centro de salud. Una carpeta azul donde Puri acumulaba informes, recetas y citas escritas con una letra cada vez más temblorosa.

El cuarto día, después de comer, Carme se quedó dormida en el sillón con una manta sobre las rodillas. Puri encendió la radio en la cocina y se puso a repasar unas judías que ya estaban limpias, recortando las puntas con una meticulosidad que dejaba claro que necesitaba tener las manos ocupadas.

—Sal un poco —dijo sin mirar a Uxía—. Estás dando vueltas por la casa como una mosca encerrada.

—Estoy bien.

—Xa.[2] Por eso llevas diez minutos abriendo y cerrando el mismo cajón.

Uxía bajó la vista. Tenía la mano apoyada, efectivamente, sobre el tirador de los cubiertos.

—Solo voy a dar una vuelta.

—Ya sé. Yo no te he mandado a Portugal.

Puri siguió con las judías. Uxía cogió el abrigo antes de que pudiera arrepentirse.

Al salir, el aire frío le despejó la cabeza de una forma casi dolorosa. Caminó sin decidir una dirección, pero sus pies eligieron por ella la ruta que bajaba hacia A Lonxa. Era la misma que había recorrido de niña cientos de veces: la curva junto a la fuente, las escaleras estrechas entre dos casas, el tramo de Rúa do Cristal donde siempre olía a café y pescado frito.

La calle conservaba su forma, aunque no su vida. Había dos locales cerrados donde, según recordaba, antes habían funcionado una mercería y una tienda de ultramarinos. En una ventana se

acumulaban carteles de «Se vende». El bar de los Barreiro seguía abierto, con las sillas metálicas recogidas bajo el toldo y una pizarra que anunciaba caldo y empanada del día.

Junto a la lonja, apoyada en el muro con un café en un vaso de cartón, una mujer de más o menos su edad la miró con esa expresión concreta —entre la sorpresa y la ternura— de quien reconoce algo antes de reconocer a alguien.

—¿Uxía?

Uxía se detuvo.

El pelo era más corto. La cara, más afilada. Pero la manera de inclinar un poco la cabeza antes de sonreír seguía siendo la misma.

—¿Sabela?

Se abrazaron con la torpeza especial de dos personas que se habían conocido siendo otras, cuando todavía cabía todo el futuro en un verano de pilla-pilla por la Rúa do Cristal.

—Cuánto tiempo —dijo Sabela.

—Diecisiete años, por lo visto.

—Aquí llevamos la cuenta de todo. Ya sabes cómo funciona.

Uxía sonrió. En la expresión de Sabela reconoció algo de Bieito, su padre: no tanto los rasgos como aquella forma de observar antes de decidir cuánto iba a decir.

—Me enteré de que habías vuelto —continuó Sabela—. ¿Cómo está Carme?

—Tiene días.

Sabela asintió sin pedir una explicación. En Corvoeira, aquella frase parecía bastar para cualquier enfermedad larga.

—¿Y tú?

Uxía estuvo a punto de responder lo mismo.

—Todavía no lo sé.

Sabela le ofreció el café y, cuando Uxía negó con la cabeza, la condujo hacia el muro de la lonja, donde el viento llegaba más limpio desde el agua. Hablaron durante un rato de cosas pequeñas: del bar que Sabela había acabado regentando casi sin darse cuenta, de los barcos que ya no salían, de la reforma del embarcadero que llevaba tres años a medio terminar. Sabela mencionó nombres que Uxía reconocía y otros que se le habían borrado por completo.

—Te fuiste y dejaste de mirar atrás —dijo sin reproche.

—Era la idea.

—¿Funcionó?

Uxía miró hacia la ría. A Illa dos Corvos era apenas un bulto oscuro bajo un cielo gris.

—Hasta hace cuatro días.

Sabela sonrió, pero no insistió. Aquella facilidad para dejar una pregunta sin respuesta fue lo primero que hizo que Uxía sintiera, desde que había llegado, algo parecido a poder respirar.

Fue Sabela quien notó primero que el ruido de la lonja había cambiado.

No se oyó un grito concreto. Fue más bien una interrupción: una caja que cayó al suelo, una conversación que se cortó a mitad de frase, tres hombres saliendo a paso rápido hacia el muelle. Después llegaron las voces, una detrás de otra, propagándose antes de que nadie supiera qué había ocurrido.

Sabela se separó del muro.

—¿Qué pasa? —preguntó Uxía.

—No lo sé.

Un marinero cruzó delante de ellas casi corriendo.

—¡Que llamen al centro de salud! —gritó hacia la lonja—. ¡Y al jefe!

Sabela dejó el vaso de café sobre el muro.

—Ven.

Bajaron hacia O Peirao Vello siguiendo a un grupo que crecía en cada bocacalle. Cuando llegaron, ya se había formado un corro junto al borde del muelle. La gente se apretaba sin acercarse del todo, como si existiera una línea invisible alrededor de lo que acababa de sacar el mar.

Uxía vio primero las mantas.

Dos hombres estaban tendidos sobre las losas, empapados, cubiertos con mantas y chaquetas que alguien les había echado encima. Se movían por sí mismos. Uno tosía. El otro temblaba con una violencia que le sacudía todo el cuerpo. No parecía necesario comprobar si estaban vivos, pero alguien seguía pidiendo una ambulancia con la urgencia de quien necesita dar una orden para no quedarse quieto.

—Los encontró una embarcación cerca de la isla —dijo una mujer detrás de Uxía.

—¿En el agua?

—Flotando. Los dos.

—¿Quiénes son?

—Aquí no falta nadie.

La última frase se extendió por el grupo con más rapidez que las anteriores.

Aquí no falta nadie.

Uxía sintió que algo cambiaba en el aire. Ya no era solo la agitación de un rescate. Era desconcierto. La clase de desconcierto que aparece cuando un hecho sencillo —dos hombres encontrados en el mar—

contiene una pregunta para la que nadie tiene una respuesta aceptable.

Se abrió paso un poco más, empujada por el reflejo antiguo de acercarse a aquello que no entendía. Sabela la siguió sin intentar detenerla.

El más joven de los dos hombres tendría poco más de veinticinco años. Era delgado, con el pelo oscuro pegado a la frente y las manos cerradas contra el pecho, como si todavía sujetara algo invisible. Miraba alrededor sin fijarse en nadie, los ojos demasiado abiertos.

El otro aparentaba cuarenta y pocos. Tenía algunas canas en las sienes, la piel castigada por el frío y una cicatriz fina que le atravesaba la ceja izquierda. No miraba a la gente. Su mirada saltaba de las casas a la lonja y a los postes de luz con una desesperación silenciosa, como si cada detalle le resultara conocido y equivocado al mismo tiempo.

Por un instante sus ojos se cruzaron con los de Uxía.

No hubo reconocimiento. Solo una pausa mínima, un tropiezo en la mirada que ella atribuyó al aturdimiento.

—¿De dónde han salido? —preguntó alguien.

—Dicen que no había ninguna barca alrededor.

—Pues alguien habrá caído de algún sitio.

—¿Has visto cómo van vestidos? Eso no es ropa de ningún barco de aquí.

Las voces se superponían. Uxía intentó apartarse, consciente de pronto de que estaba observando el sufrimiento de dos desconocidos como si aquello fuera una noticia. Dio un paso atrás y chocó con alguien.

Puri.

Había llegado sin abrigo, con el pelo mal recogido y el rostro sin color. Más tarde le explicaría que la vecina de enfrente se había

quedado con Carme. En aquel momento, Uxía solo vio que su tía miraba al hombre de la cicatriz como si el resto del muelle hubiera desaparecido.

Puri dejó escapar el aire de golpe.

No fue un grito. Fue el sonido pequeño y seco de algo que se rompe por dentro.

—Non pode ser[3] —susurró, llevándose una mano a la boca—. Non pode ser el.[4]

Uxía miró al hombre tendido sobre las losas. Miró a Puri. Volvió a mirar al hombre.

—¿Quién es?

Puri no contestó.

Tenía los ojos llenos de una emoción que Uxía no supo reconocer de inmediato porque no era una sola cosa. Había miedo. Había incredulidad. Y debajo de ambas, algo más antiguo, contenido durante tanto tiempo que ya no se parecía a la esperanza.

Sabela se había quedado inmóvil al otro lado de Uxía. No miraba a los hombres, sino a Puri.

—Puri —insistió Uxía—. ¿Quién es ese hombre?

Antes de que pudiera responder, un pescador mayor situado junto al borde del corro se quitó la gorra. Uxía no lo conocía, pero reconoció en su cara el mismo estupor que había vaciado de palabras a su tía.

—É o Freire[5] —dijo.

Nadie se rio. Nadie le pidió que explicara una afirmación imposible.

El hombre se santiguó sin apartar la vista de la cicatriz.

—É o pescador.[6]

1. Bruma de invierno.

2. Ya.

3. No puede ser.

4. No puede ser él.

5. Es el Freire.

6. Es el pescador.

CAPÍTULO 4

Corvoeira, 2025

El centro de salud de Corvoeira no estaba preparado para contener a medio pueblo.

En realidad, apenas estaba preparado para atender a cuatro enfermos a la vez. Tenía una sala de consulta, dos camillas separadas por una cortina que nunca cerraba del todo, un pequeño almacén y un cartel de vacunación infantil que llevaba allí —calculó Uxía— desde antes de que ella se marchara. Para todo lo que no fueran puntos de sutura, una receta o una fiebre que pudiera vigilarse en casa, había que recorrer los cuarenta minutos de curvas hasta Vilanova.

Aquella tarde, sin embargo, nadie parecía dispuesto a dejar que los dos hombres salieran del pueblo antes de obtener una explicación.

El pasillo olía a desinfectante, ropa mojada y café de máquina. Habían acercado sillas de otras dependencias, pero seguía habiendo vecinos de pie, pegados a las paredes o asomados desde la puerta de entrada. Unos hablaban en susurros. Otros no apartaban la vista de la sala cerrada, como si temieran que los recién llegados pudieran desaparecer de nuevo si dejaban de vigilarlos.

Uxía permanecía junto a Puri. Sabela se había marchado a abrir el bar y a comprobar que la vecina seguía con Carme, aunque antes de irse le había apretado el brazo a Uxía sin decirle nada. El gesto le había parecido más inquietante que cualquier comentario.

La puerta de la consulta se abrió.

La médica salió quitándose los guantes. Era una mujer joven que Uxía no conocía, con el pelo recogido a toda prisa y una arruga vertical entre las cejas que no estaba allí cuando había entrado.

—Están estables —dijo.

La palabra provocó un movimiento en el pasillo. No alivio exactamente, sino la necesidad de acercarse a cualquier certeza disponible.

—Los dos presentan hipotermia leve y signos de deshidratación. No tienen fracturas, heridas importantes ni síntomas de haber tragado una cantidad peligrosa de agua. —La médica miró hacia la puerta, quizá calculando cuánta información debía dar delante de tanta gente—. Pero están desorientados y necesitan observación. En cuanto llegue la ambulancia los trasladarán a Vilanova.

—¿Desorientados cómo? —preguntó alguien.

—Como dos personas que no comprenden dónde están ni por qué lo que ven no coincide con lo que recuerdan.

Un hombre al fondo soltó una risa breve y nerviosa. Nadie lo acompañó.

El sargento Breogán Cortizo dio un paso adelante. En Corvoeira casi todos lo llamaban *el xefe*[1], aunque no fuera su tratamiento oficial. Estaba al mando del pequeño puesto de la Guardia Civil que cubría el pueblo y otros cuatro municipios de la zona, y sostenía la libreta abierta con una firmeza que parecía dirigida tanto a los demás como a sí mismo.

—¿Pueden declarar?

La médica lo miró con impaciencia.

—Pueden hablar. No significa que deban someterse ahora a un interrogatorio.

—Solo necesito saber quiénes son.

—Ellos ya se lo han dicho.

El silencio se tensó.

Breogán bajó la vista a la libreta.

—Uno afirma llamarse Xoán Freire Rial. El otro, Manuel Rial Bugallo. Los dos dicen haber salido a faenar esta mañana en un barco llamado *Santa Bárbara*.

La reacción recorrió el pasillo como una corriente. Una mujer se santiguó. Alguien murmuró que aquello no podía decirse así, delante de todos. Otro respondió que ya lo sabía medio pueblo.

Uxía sintió que el nombre de su padre no le llegaba como un recuerdo, sino como un golpe. Xoán Freire Rial. Lo había leído en documentos y lo había asociado a una fotografía guardada por su madre. En los papeles siempre aparecía acompañado de una fecha y de una palabra: *desaparecido*. Oírlo aplicado a un hombre vivo, detrás de una puerta, deformaba algo que ella llevaba cuarenta años considerando inamovible.

—¿Y ustedes se lo creen? —preguntó uno de los vecinos.

Breogán cerró la libreta con más fuerza de la necesaria.

—Yo no tengo que creer nada. Tengo que identificar a dos hombres encontrados en el mar.

—Pero han dicho los nombres.

—Los nombres no bastan.

Se volvió hacia Uxía solo un instante. Ella comprendió antes de que hablara.

—Les hemos tomado las huellas y hemos recogido muestras de saliva con su consentimiento. Las enviarán a Vilanova esta misma tarde. Habrá que compararlas con los registros disponibles y con familiares directos. Hasta que tengamos resultados, para mí son dos personas sin identificar que necesitan atención médica.

La precisión profesional alivió a algunos y ofendió a otros. Uxía notó cómo el silencio cambiaba de textura: el asombro empezaba a tener formularios, muestras, protocolos. Era más fácil respirar cuando alguien convertía lo imposible en una sucesión de trámites.

Breogán levantó la voz.

—Y ahora salgan. Esto no es un espectáculo.

Nadie se movió al principio.

—He dicho que salgan. Quien no sea familia, a la calle.

—¿Familia de quién? —preguntó una mujer.

Breogán la miró hasta que bajó la cabeza.

El pasillo fue vaciándose entre protestas apagadas y pasos lentos. Algunos se quedaron cerca de la entrada, fingiendo que ya estaban fuera. Otros cruzaron la calle y se agruparon frente a las ventanas. El rumor no disminuyó; solo cambió de sitio.

Cuando por fin quedaron dentro Uxía, Puri, Breogán, la médica y dos vecinos demasiado mayores para que nadie se atreviera a echarlos por la fuerza, Puri se dejó caer en una de las sillas de plástico.

Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo. Los nudillos se le habían quedado blancos.

Uxía se sentó a su lado.

—Puri.

Su tía no respondió.

—¿Qué has visto en el muelle?

Puri seguía mirando la puerta cerrada.

—Lo has reconocido —dijo Uxía—. Antes de que nadie dijera el nombre.

Puri tragó saliva.

—Cando eu era nova…[2] —empezó.

La voz se le quebró en la primera frase. Cerró los ojos, respiró y pasó al castellano, como si la distancia entre los dos idiomas pudiera ayudarla a sostener lo que iba a decir.

—Cuando yo era joven, tu padre tenía una cicatriz aquí.

Se tocó la ceja izquierda.

—Se cayó de niño desde la vieja barca de Ramón, que la familia conservó cuando tu abuelo compró la embarcación que desaparecería con él en 1947. Se abrió con un hierro de la borda. Le dieron cuatro puntos. —Puri dibujó con el índice una línea corta sobre su propia piel—. La cicatriz se le levantaba un poco cuando fruncía el ceño. Ese hombre tiene la misma. En el mismo lugar. Con la misma forma.

Uxía miró hacia la puerta.

—Mucha gente tiene cicatrices.

—Ya lo sé.

—Y puede conocer los nombres. Puede haber investigado. Puede ser un pariente del que nadie sabía nada.

Puri volvió la cabeza despacio.

—¿Un pariente que conoce cómo me llamo y recuerda haberme visto esta mañana en el muelle hace cuarenta años?

Uxía sintió un escalofrío, aunque el pasillo estaba demasiado caliente.

—Todavía no ha dicho eso.

—Lo dirá.

La certeza de Puri la irritó porque se parecía demasiado a la certeza con la que Carme había sostenido su espera durante cuarenta años.

—No puedes saberlo.

—Yo lo vi salir, Uxía. —La voz de Puri bajó hasta casi desaparecer—. Pasó a mi lado antes del amanecer. Me dijo «hasta luego». Tenía ese jersey oscuro y la cicatriz sobre la ceja. Después bajó la niebla y no volvió. No me pidas que mire a ese hombre y finja que no sé lo que estoy viendo.

—Te estoy pidiendo que esperes a las pruebas.

—Tú necesitas las pruebas.

La frase no fue un reproche. Eso la hizo más dolorosa.

Uxía se levantó. Dio dos pasos por el pasillo y volvió. El móvil le pesaba dentro del bolsillo. Por primera vez desde que habían salido del muelle tuvo el impulso de abrir la aplicación de notas, apuntar cada detalle, ordenar lo ocurrido como habría hecho ante cualquier otra historia. No lo hizo. Aquello todavía no era una historia. Era su madre esperando en casa. Era Puri temblando en una silla. Era un desconocido utilizando el nombre de un desaparecido al que ella llevaba años dando por muerto.

La puerta de la consulta se abrió.

Una enfermera salió con dos mantas térmicas dobladas y pidió paso. Durante apenas unos segundos quedó visible el interior.

Los dos hombres estaban sentados en sendas camillas, ya sin la ropa empapada. Al más joven le habían prestado un pantalón de chándal y una sudadera que le quedaban grandes. Tenía los pies descalzos y miraba al suelo, inmóvil, con las manos abiertas sobre las rodillas. El otro llevaba una manta plateada sobre los hombros. La luz blanca del techo marcaba algunas canas en sus sienes y la cicatriz de la ceja izquierda.

No parecía un hombre cercano a los ochenta. Tampoco un anciano rejuvenecido ni una fotografía devuelta a la vida. Parecía,

sencillamente, alguien de poco más de cuarenta años agotado y fuera de lugar.

Tenía la mirada fija en la ventana.

Desde la camilla solo podía verse un fragmento de la ría, un tejado nuevo y el poste metálico de una farola que no existía en 1985. El hombre observaba aquellas cosas con una concentración dolorosa. No era la confusión de quien no reconoce un paisaje. Era la de quien lo reconoce y descubre que alguien lo ha rehecho mientras él miraba hacia otro lado.

La enfermera cerró la puerta.

Uxía permaneció de pie, con el corazón acelerado de una forma que su cabeza consideraba absurda.

—No puede ser él —dijo.

La frase salió más baja de lo que pretendía.

—Tiene que haber una explicación. Un parecido. Un engaño. Algo que todavía no estamos viendo.

—Puede ser —respondió Puri.

No había ninguna convicción en su voz.

La espera continuó. Desde fuera llegaban murmullos, el ruido de un coche aparcando y, de vez en cuando, la sirena lejana de la ambulancia que seguía abriéndose paso por las curvas desde Vilanova. Breogán entraba y salía de la consulta. La médica hablaba por teléfono con el hospital. Nadie explicaba nada nuevo.

Entonces, desde el otro lado de la puerta, una voz pronunció el nombre de Puri.

No fue fuerte. Apenas una pregunta ronca.

Puri se puso de pie tan deprisa que la silla golpeó la pared.

La puerta se abrió.

El hombre de la cicatriz estaba en el umbral, todavía envuelto en la manta plateada. Una enfermera intentaba convencerlo de que volviera a sentarse, pero él no parecía oírla. Miraba a Puri.

—¿Puri?

Su voz sonaba rota por el frío y la sed, pero no dudó en el nombre.

Puri se llevó una mano a la boca.

Él dio un paso. Caminaba con cautela, como si desconfiara incluso de la consistencia del suelo.

—Es que… eres Puri. Pero…

No terminó.

La miró de arriba abajo: el pelo gris, las manchas de edad en las manos, el rostro que él guardaba cuatro décadas más joven. Algo se torció en su expresión. No miedo. No todavía. Era el esfuerzo desesperado de quien intenta resolver una cuenta utilizando números que pertenecen a problemas distintos.

—Estás… —Se detuvo y tragó saliva—. No lo entiendo.

Puri no respiraba.

—Estabas allí esta mañana —continuó él—. En el *peirao*[3]. Antes de que saliéramos.

El sonido que escapó de Puri no fue exactamente un sollozo.

—Xoán.

Él levantó un poco la cabeza al oír su nombre en aquella voz envejecida.

—Meu Deus, Xoán.[4]

La enfermera miró a Breogán. El sargento no intervino. Por primera vez desde que Uxía lo había visto, su expresión había perdido toda apariencia de procedimiento.

El hombre —Xoán, si era Xoán, si la palabra podía aplicarse a aquel cuerpo sin romper todo lo que Uxía sabía sobre el tiempo— desvió entonces la mirada.

La encontró a ella.

Uxía se quedó inmóvil.

Durante toda su infancia había imaginado de muchas maneras el regreso de su padre. Lo había imaginado entrando por la puerta de Casa Freire, llamándola por su nombre en el puerto, apareciendo detrás de su madre en una fotografía. Incluso después de dejar de creer que seguía vivo, alguna parte infantil de ella había conservado una escena preparada: él la reconocería de inmediato. Sabría quién era pese a los años. La miraría como solo podía mirar un padre que hubiera pasado toda una vida intentando regresar.

Aquel hombre no la reconoció.

No hubo luz repentina en sus ojos ni una emoción que atravesara la confusión. La observó como se observa a una desconocida dentro de una habitación llena de desconocidos.

Y, sin embargo, tardó en apartar la mirada.

Sus ojos recorrieron la cara de Uxía con una atención que no había dedicado a nadie más. Se detuvieron en la frente, en la nariz, en la forma de la boca. Algo parecía incomodarlo, una semejanza sin origen, la sensación de haber olvidado una palabra que estaba a punto de recordar.

Frunció el ceño. La cicatriz se levantó ligeramente sobre la ceja izquierda, tal como Puri había descrito.

—Perdona —dijo—. ¿Nos conocemos?

Uxía abrió la boca.

No le salió nada.

1. El jefe.

2. Cuando yo era joven.

3. Muelle.

4. Dios mío, Xoán.

CAPÍTULO 5

Corvoeira, 2025

—No —dijo Uxía al fin—. No nos conocemos.

Dio un paso atrás al pronunciarlo, como si la distancia pudiera convertir la mentira en algo menos evidente.

Fue lo único que consiguió decir. Todo lo demás —*soy Uxía, tenías una hija, esa hija soy yo, llevas cuarenta años desaparecido*— se le quedó detenido en algún punto entre el pecho y la garganta. No podía entregarle de golpe una vida entera a un hombre que acababa de mirarla buscando apenas un parecido sin nombre.

Xoán sostuvo su mirada durante un instante más.

—Perdona —murmuró.

Parecía avergonzado por no reconocerla, aunque no supiera todavía que había algo que reconocer.

La enfermera aprovechó su vacilación para apoyarle una mano en el hombro y conducirlo de nuevo hacia la consulta. Le habló despacio, pidiéndole que se sentara hasta que llegara la ambulancia. Xoán obedeció sin dejar de mirar atrás. La puerta se cerró entre los dos.

Uxía permaneció inmóvil en el pasillo.

Puri pronunció su nombre, pero ella fingió no oírla. Si su tía la tocaba o intentaba explicarle algo en ese momento, temía deshacerse allí mismo, delante de Breogán, de la médica y de aquellos vecinos que seguían pegados a la entrada para poder contar después hasta la forma exacta en que respiraba.

Salió del centro de salud sin despedirse.

El aire de la calle le golpeó la cara. Había empezado a oscurecer y las primeras luces se encendían detrás de las ventanas. Desde la plaza llegaban conversaciones rápidas, puertas que se abrían, teléfonos sonando. La noticia ya había dejado de pertenecer a quienes estaban en el muelle. Corría de una casa a otra, creciendo en cada recorrido.

Uxía bajó sin rumbo por la calle principal.

Al pasar frente al bar de Sabela vio a varias personas junto a la barra. Todas hablaban a la vez. Una mujer aseguraba que los dos hombres llevaban ropa propia de hacía cuarenta años. Otro decía que habían aparecido abrazados a una boya. Alguien más juraba que Xoán había preguntado por un marinero muerto desde los noventa.

Ninguno de ellos había estado dentro de la consulta.

Uxía siguió andando.

Llegó a O Peirao Vello cuando el puerto era ya una extensión de sombras azuladas. En las losas permanecían las manchas oscuras dejadas por la ropa empapada de los dos hombres. Un trozo de manta térmica se había enganchado en una argolla y temblaba con el aire, devolviendo destellos plateados bajo la farola.

Se sentó en el murete de piedra.

Era el mismo lugar donde había esperado de niña mientras Carme preguntaba a los pescadores que regresaban si habían visto a su padre o algún rastro de él. Entonces Uxía no comprendía por qué su madre se acercaba a cada barco ni por qué Puri acababa llevándosela a casa con una mano firme sobre el hombro. Con el tiempo había dejado de recordar las escenas completas. Solo conservaba fragmentos: unas botas mojadas, el olor de una red, la mano de su madre apretando la suya demasiado fuerte.

Se abrazó el cuerpo y permitió que le temblaran las manos.

No era solo el frío.

Durante buena parte de su vida había construido una explicación simple porque necesitaba que lo fuera: su padre había muerto en el mar. No había cuerpo, pero había un barco vacío, una niebla repentina y cuarenta años sin regreso. Las personas no desaparecían del mundo para reaparecer cuarenta años después casi con la misma edad que tenían al marcharse. Los muertos no pronunciaban el nombre de Puri como si la hubieran visto aquella misma mañana.

Había crecido viendo lo que una pregunta sin respuesta podía hacerle a una persona. Uxía había crecido viendo las huellas de la espera de Carme: las horas junto a la ventana, la alianza nunca retirada, la negativa a celebrar un funeral. Uxía se había hecho periodista, en parte, para no volver a sentirse como aquella niña a la que todos protegían ocultándole información. Ante una historia incompleta, buscaba documentos, testigos, fechas. Convertía el desconcierto en preguntas que pudieran responderse.

Pero aquel hombre no era una historia.

Era alguien que tenía la cicatriz de su padre y no sabía quién era ella.

Aquello era lo que más dolía, comprendió. No que Xoán hubiese regresado joven. No que hubiese pronunciado el nombre de Puri. Ni siquiera que su existencia deshiciera todo lo que Uxía creía saber sobre el tiempo.

Lo que dolía era que la hubiera mirado como a una desconocida.

Se llevó una mano a la cara y notó que estaba llorando solo cuando los dedos se le mojaron. Se secó con rabia, mirando el agua para que nadie que pasara por detrás pudiera verla.

Entonces sacó el móvil.

El gesto fue automático. Abrió una nota nueva antes de decidir si tenía derecho a hacerlo y escribió:

Cicatriz en la ceja izquierda. Puri la identifica antes de oír el nombre.

Afirma ser Xoán Freire Rial. Dice haber salido esta mañana en el Santa Bárbara.

Reconoce a Puri como era en 1985. No comprende su edad.

Segundo hombre: Manuel Rial Bugallo. Averiguar quién es y por qué iban juntos.

Se detuvo.

La pantalla blanca iluminaba sus manos. Aquello se parecía demasiado al inicio de cualquier investigación: separar hechos de interpretaciones, anotar lo que sabía, dejar huecos para lo que faltaba. Sintió culpa, como si al escribir estuviera robando algo que todavía pertenecía únicamente a su familia.

Añadió una última línea:

La frase vuelve: «El mar estaba demasiado quieto». ¿De dónde la recuerdo?

La leyó dos veces.

No sabía si se la había oído a Carme, a Puri o a alguna de las mujeres que hablaban en voz baja durante su infancia. Tal vez no era un recuerdo concreto. Tal vez llevaba tanto tiempo circulando por Corvoeira que había acabado formando parte del lenguaje del pueblo, como el nombre de una calle o la manera de predecir lluvia observando las gaviotas.

Bloqueó el teléfono.

—Sabía que ibas a acabar haciendo eso.

Sabela estaba detrás de ella, con dos vasos de cartón entre las manos. Uxía no la había oído acercarse.

—¿Espiarme?

—Traerte algo caliente. —Sabela se sentó a su lado y le tendió uno de los vasos—. Y verte apuntar cosas.

El caldo olía a pescado, laurel y patata. Uxía lo sostuvo entre las manos sin beber.

—No estoy investigando.

—No he dicho que lo estés.

—Lo has pensado.

Sabela sopló sobre su vaso.

—De pequeña, cuando pasaba algo raro, los demás corríamos a mirarlo. Tú corrías a preguntar por qué había pasado. No es lo mismo.

Uxía observó el móvil apagado sobre su rodilla.

—No he venido a Corvoeira por una historia.

—Ya lo sé. Has venido por Carme.

—Entonces no debería estar escribiendo sobre esto.

—Todavía no estás escribiendo *sobre* nada. Estás intentando no ahogarte dentro de tu propia cabeza.

Uxía volvió la cara hacia ella.

Sabela seguía mirando la ría. Había dicho la frase sin solemnidad, como quien comenta que va a llover, y quizá por eso acertó de una forma que incomodó a Uxía.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. A sus espaldas, el rumor del pueblo continuaba creciendo. Cada vez que se abría la puerta del bar escapaba una ráfaga de voces. En alguna casa cercana sonó un teléfono y una mujer respondió gritando que sí, que era verdad, que los había visto con sus propios ojos.

A lo lejos apareció la luz azul de una ambulancia.

El vehículo descendió hacia el centro de salud y desapareció detrás de las casas. Minutos más tarde volvió a verse en la carretera que

salía hacia Vilanova, esta vez sin sirena. Uxía siguió las luces hasta que se perdieron en la primera curva.

Xoán y Manuel abandonaban el pueblo apenas unas horas después de regresar.

La idea le produjo un alivio inmediato y, detrás, una punzada de abandono tan absurda que tuvo que bajar la mirada.

—¿Tú viste al otro hombre? —preguntó—. ¿A Manuel?

Sabela tardó demasiado en responder.

—No de cerca.

—¿Sabes quién es?

—Sé quién era.

Uxía esperó.

—Los Rial Bugallo vivían al final de la Rúa do Cristal —continuó Sabela—. Eran canteros. Manuel era el pequeño. Mi padre lo conocía porque Manuel se había hecho aprendiz de pescador con Xoán.

—En cuanto Puri vio a mi padre, tú miraste como si ya entendieras lo que estaba pasando.

Sabela apretó el vaso con ambas manos.

—Yo no entendía nada.

—Pero tu padre sí sabe algo.

El nombre de Bieito quedó entre las dos.

Sabela observó A Illa dos Corvos, apenas visible en la oscuridad.

—Mi padre… —empezó.

Se detuvo. La decisión de callarse fue visible: cerró la boca, inspiró despacio y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Nada que pueda contarte yo.

—Sabela.

—Lleva cuarenta años creyendo que podría haber impedido que salieran. Verlos volver no va a borrar eso de golpe.

Era una respuesta, pero no la respuesta completa. Uxía lo supo por la forma en que Sabela evitó mirarla.

—Hablaré con él.

—Cuando quiera hablar contigo.

—No necesito su permiso para hacerle una pregunta.

—No. Pero quizá lo necesites para obtener una respuesta.

Sabela terminó el caldo y se puso de pie.

—La vecina sigue con Carme, pero Puri ya ha vuelto a casa. Deberías ir.

Uxía miró hacia la ría.

—No sé qué voy a decirle a mi madre.

—Esta noche, nada. —Sabela recogió el vaso vacío de Uxía—. No hasta que sepáis algo que no sea un rumor.

Caminaron juntas hasta la primera bifurcación. Allí Sabela regresó al bar y Uxía subió hacia Casa Freire.

Puri estaba en la cocina cuando llegó, sentada frente a una taza de tila que no había tocado. Le informó de que la ambulancia había trasladado a los dos hombres al hospital de Vilanova y que Breogán llamaría en cuanto tuviera noticias. No hablaron del nombre que Xoán había pronunciado ni de la pregunta que le había hecho a Uxía. Carme dormía en el piso de arriba y las dos parecieron acordar, sin

decirlo, que mientras siguiera dormida podían aplazar lo imposible unas horas más.

Ya en la cama, Uxía abrió de nuevo las notas del móvil.

Leyó la lista completa. Después añadió una sola palabra junto al nombre de Bieito:

Preguntar.

Apagó la pantalla.

No fue hasta mucho más tarde, mientras escuchaba los pasos de Puri cruzando el pasillo, cuando recordó la frase que Sabela había dejado sin terminar en el muelle.

Mi padre…

Y comprendió que no era solo Bieito quien llevaba cuarenta años callando.

Sabela también protegía algo.

CAPÍTULO 6

Corvoeira, 2025

Uxía no podía dormir.

Permaneció tendida boca arriba, mirando un techo que la oscuridad había borrado casi por completo, mientras las frases del día volvían una detrás de otra: *Estabas allí esta mañana. ¿Nos conocemos? Es el pescador.*

Cada vez que cerraba los ojos veía la cicatriz levantándose sobre la ceja de Xoán.

Oyó crujir una tabla al otro lado de la puerta.

Después otra.

Se incorporó. Los pasos avanzaron por el pasillo hasta la habitación de Carme y se detuvieron allí. Una puerta se abrió con cuidado. Durante unos segundos no se oyó nada; luego llegó la voz baja de Puri, pronunciando el nombre de su hermana, y la respuesta adormilada de Carme.

Uxía esperó hasta que los pasos regresaron hacia la escalera.

Encontró a Puri en la cocina, sentada frente a una taza de tila que no estaba bebiendo. La radio permanecía apagada. La única luz encendida era la que colgaba sobre la mesa, dejando las esquinas de la estancia en penumbra y la ventana convertida en un rectángulo negro.

—Tampoco tú puedes dormir —dijo Puri.

No pareció sorprendida al verla. Parecía llevar horas esperándola.

Uxía se preparó otra infusión, más por tener algo que hacer con las manos que por sed. Mientras el agua se calentaba, miró el reflejo de las dos en el cristal: Puri menuda e inclinada sobre la mesa; ella de pie detrás, todavía con la bata de su adolescencia, que había encontrado en el armario y que apenas conseguía cerrarse.

Se sentó frente a su tía.

—Cuéntamelo.

Puri no preguntó qué.

—Todo —continuó Uxía—. Desde el principio. Ya no soy una niña a la que haya que proteger de esto.

Puri envolvió la taza con las dos manos. Tenía una pequeña quemadura junto al pulgar, reciente, y las uñas cortadas casi al ras. Uxía pensó en todas las tareas que aquellas manos habían asumido desde que Carme empezó a necesitar ayuda y en todas las que debían de haber sostenido antes, cuando ella todavía vivía en la casa y no sabía mirar.

—Nunca te lo contamos porque tu madre no quería —dijo al fin—. Pensaba que, si conocías cada detalle, ibas a acabar esperando tú también. Que ibas a pasar la vida mirando la ría igual que ella.

—Me dejasteis crecer pensando que se había ahogado.

—Te dejamos crecer con una respuesta que te permitía seguir creciendo.

Uxía sintió la frase como una defensa y como una acusación.

—Era mentira.

—Era la única explicación que podíamos darte.

La tetera soltó un pequeño chasquido al enfriarse. Fuera, el agua golpeaba muy abajo contra las piedras, con un ritmo regular que no lograba entrar del todo en la cocina.

—¿Qué es la brétema? —preguntó Uxía.

Puri levantó la vista.

—Niebla.

—No me refiero a la palabra.

Su tía tardó en responder.

—En Corvoeira, esa palabra siempre ha significado dos cosas. Está la niebla de invierno, la que te moja el pelo y hace que los barcos toquen la sirena. Y está la otra. La que baja cuando el mar se queda quieto de una forma que no es normal.

—Eso no explica nada.

—Porque nadie puede explicarlo.

—Pero habláis de ella como si tuviera reglas.

—No reglas. Avisos. Cosas que se repiten lo suficiente para que la gente aprenda a tenerles miedo.

Puri le habló de Amaro Cebreiro.

No como una leyenda contada para asustar a los niños, sino como el primer nombre que el pueblo había conservado unido a una desaparición imposible. Le habló de aquella mañana de 1901, de la barca que nunca apareció y de Manuela Pardo, la mujer de A Punta Meiga que se atrevió a decir que no había sido el mar quien se lo llevó.

—Mi madre me contó esa historia cuando yo tendría ocho o nueve años —dijo Puri—. Me hizo prometer que nunca saldría hacia la isla si el agua estaba demasiado calma. Yo pensé que era una de esas cosas que cuentan las madres para que una niña no se acerque al puerto sola.

—Hasta 1985.

Puri bajó los ojos.

—Hasta 1985.

Le habló entonces de Ramón Freire Otero, el padre de Xoán. Desapareció en febrero de 1947, cuando su hijo tenía apenas un año. Celso Rey Nogueira había salido aquella mañana en otra barca y vio la niebla cerrarse alrededor de A Illa dos Corvos. Buscaron a Ramón durante días. No encontraron el cuerpo ni la embarcación.

—Tu abuela Xosefa no quiso que lo llamaran muerto —explicó Puri —. Esperó a su manera. No como Carme. Xosefa no esperaba de la misma forma que Carme. Criaba a tu padre, trabajaba y seguía adelante sin vivir pendiente de cada barco. Pero nunca permitió que nadie hablara de ella como de una viuda.

Uxía pensó en la alianza gastada alrededor del dedo de Carme.

—Y después le ocurrió lo mismo a su hijo.

—Sí.

Puri no necesitó contarle otra vez la escena completa. Uxía ya conocía la salida del *Santa Bárbara*, el saludo en el muelle y las tres horas de niebla. Pero aquella noche añadió detalles que nadie le había dado nunca: Carme recorriendo la costa con las botas de Xoán bajo el brazo por si regresaba descalzo; Bieito negándose a abandonar el muelle; Celso sentado en una caja, repitiendo que la niebla había bajado igual que en 1947.

—¿Manuel sabía algo de estas historias? —preguntó Uxía.

—No lo sé. En su casa no se hablaba de la brétema. Los Rial Bugallo eran gente de piedra, no de mar. Manuel llevaba poco tiempo faenando como aprendiz con tu padre.

—Su familia hizo un funeral.

—Necesitaban hacerlo.

Puri alisó con el pulgar una grieta de la taza.

—Tu madre no. Esa fue la diferencia entre las dos casas. Los Rial Bugallo decidieron que Manuel había muerto porque necesitaban un lugar donde dejar el dolor. Carme se negó a dar por muerto a Xoán

porque no había un cuerpo ni una explicación que le permitieran hacerlo. Durante años, ninguna familia terminó de comprender que la otra hubiera elegido una forma distinta de sobrevivir.

Uxía dejó que las palabras se asentaran.

—¿Cuántas veces ha ocurrido?

—Desapariciones que conozcamos, tres: Amaro en 1901, Ramón en 1947 y tu padre con Manuel en 1985. Cuatro personas. —Puri miró hacia la ventana—. Lo de hoy es la primera vez que el pueblo ve regresar a alguien.

La precisión hizo que todo resultara más real, no menos.

—La niebla no detiene el tiempo —dijo Uxía—. No puede conservar a dos personas durante cuarenta años. Eso no existe.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿cómo puedes creerlo?

—Porque no estoy creyendo una historia. Estoy creyendo lo que vi.

Puri levantó la cabeza. Tenía los ojos cansados, pero no había superstición en ellos.

—Vi salir a Xoán con treinta y nueve años. Vi bajar una niebla que no se parecía a ninguna otra. Vi aparecer el barco sin él y pasé cuarenta años viendo cómo tu madre lo esperaba. Esta mañana he visto a un hombre con su cara, su voz y su cicatriz decirme que me había saludado unas horas antes. No sé cómo se llama lo que ha ocurrido, Uxía. Pero fingir que no ha ocurrido no lo vuelve más razonable.

Uxía se pasó las manos por el rostro.

Había interrogado a personas que confundían recuerdos, a testigos que llenaban huecos sin saberlo, a familias que convertían la esperanza en certeza. Conocía todas las formas en que una verdad podía deformarse cuando demasiada gente necesitaba creerla. Pero también sabía reconocer cuándo varios hechos independientes empezaban a señalar en la misma dirección.

Los resultados de la prueba de ADN aún no habían llegado.

Se aferró a eso.

—¿Por qué no me lo contasteis nunca? —preguntó—. Aunque no pudierais demostrarlo. ¿Por qué no me disteis la posibilidad de decidir qué creer?

Puri abrió la boca y la cerró.

Cuando respondió, su voz había perdido toda firmeza.

—Porque contarte la verdad no iba a traerlo de vuelta y sí podía hacerte esperar. Yo vi lo que la espera le hacía a tu madre incluso antes de que enfermara. Vi cómo cada barco que entraba en la ría le cambiaba la cara durante un segundo. No quería que aprendieras a vivir así.

—Me fui igualmente.

—Por eso mismo. —Puri la miró—. Porque todavía pudiste irte.

Uxía apartó la vista.

Había pasado años pensando que se había marchado a pesar de su madre. Nunca se le había ocurrido que Puri y Carme hubieran construido sus silencios para que pudiera hacerlo.

—Pues ha vuelto sin que yo esperara —dijo—. Y ahora no sé si alegrarme o tener miedo.

—Las dos cosas.

Puri alargó una mano sobre la mesa y cubrió la de Uxía.

—Se pueden sentir las dos cosas a la vez, hija. Yo llevo cuarenta años haciéndolo.

Permanecieron así, sin hablar. Las infusiones se enfriaron. En el piso de arriba, Carme tosió una vez y después volvió el silencio.

Uxía miró la ventana. No distinguía la ría, solo su propio reflejo y el de Puri.

—¿Y Ramón?

Su tía retiró la mano.

—¿Qué pasa con él?

—Si todo esto es verdad, si mi padre y Manuel han estado en algún lugar donde el tiempo no pasó igual que aquí… ¿por qué Ramón no regresó con ellos?

Puri negó muy despacio.

No fingió una explicación. No habló de voluntad, castigo ni milagros. El desconocimiento apareció en su rostro como algo antiguo, heredado junto con la historia.

—Eso —dijo— es lo que nadie en Corvoeira ha sabido responder nunca.

INTERLUDIO

A Illa dos Corvos, 1947

Xosefa tenía veintiocho años y un hijo de un año dormido en brazos cuando dejó de contar las horas que Ramón llevaba fuera.

Al principio había seguido la mañana como cualquier otra. Encendió la lumbre, puso agua a calentar y remendó una camisa junto a la ventana mientras Xoán dormía en la cuna. Cada cierto tiempo levantaba la vista hacia el camino que descendía al puerto, esperando ver aparecer la figura de su marido con el paso desigual que le había dejado una caída de juventud.

A mediodía, el agua de la olla se había evaporado.

Al caer la tarde, media Corvoeira sabía que Ramón Freire Otero no había regresado.

No había amanecido todavía cuando se levantó aquella mañana de febrero. Antes de salir, apoyó una mano en el hombro de Xosefa durante un segundo, el gesto con el que siempre decía *vuelvo* sin pronunciar la palabra. Llevaban ocho años casados y habían aprendido a reservar las frases para aquello que no podía expresarse de otra manera.

Xosefa oyó cerrarse la puerta. Volvió a dormirse con el niño pegado al pecho.

Nunca volvería a escuchar a Ramón entrar por aquella puerta.

Celso Rey Nogueira había salido en otra embarcación y fue el último en ver la barca de Ramón. La distinguió cerca de A Illa dos Corvos poco antes de que la brétema borrara el islote.

—Non baixou coma sempre —repetiría después, primero ante los hombres que organizaron la búsqueda y más tarde ante cualquiera que todavía quisiera escucharlo—. Baixou de golpe. Coma un puño.[1]

La niebla cubrió la boca de la ría durante horas. Cuando levantó, no quedaba rastro de Ramón.

Tampoco de su barca.

Buscaron durante dos días. Los hombres recorrieron las calas, las rocas exteriores y los arenales donde la corriente solía devolver lo que se llevaba. Celso salió en cada batida. Regresaba con sal seca en la cara y la misma respuesta antes de que Xosefa pudiera preguntarle.

Nada.

Don Amador Castro acompañó a los pescadores el primer día, con el breviario guardado en el bolsillo interior del abrigo. No llegó a sacarlo. No encontraron un cuerpo sobre el que rezar, ni una tabla rota, ni un remo, ni una nasa flotando que permitiera construir un naufragio.

Las vecinas entraban y salían de Casa Freire llevando caldo, pan y mantas que nadie había pedido. Hablaban en voz baja incluso cuando Xosefa no estaba en la habitación. Ninguna utilizaba la palabra *viuda*.

Al tercer día, don Amador regresó con el libro parroquial bajo el brazo.

Xosefa lo recibió en la cocina. Xoán dormía en la cuna de madera que Ramón había terminado el invierno anterior, cuando aún no sabían si el niño sería varón y el futuro parecía una cosa extensa, casi garantizada.

—Hai que anotalo, Xosefa —dijo el cura—. Hai que poñer algo.[2]

Ella miró el libro cerrado.

—¿Qué va a poner?

Don Amador no respondió de inmediato. Había enterrado a hombres que el mar devolvió hinchados y sin rostro, y a otros cuyos restos nunca aparecieron pero cuya muerte nadie discutía. Aquello era distinto. Todo Corvoeira lo sabía, aunque solo Celso se atreviera a repetir cómo había bajado la niebla.

—Desaparecido en el mar —dijo al fin—. Mientras no haya otra certeza.

Xosefa volvió la cabeza hacia la cuna.

El niño dormía con un puño cerrado junto a la mejilla. Tenía la nariz de Ramón, aunque nadie se lo decía porque cualquier semejanza parecía entonces una forma de crueldad.

—Pon o que queiras —respondió—. Eu non vou dicir que morreu, porque eu non o vin morrer.[3]

Don Amador abrió el libro.

Escribió *desaparecido*, no *finado*.

La palabra quedó allí, entre una boda y un bautizo, demasiado pequeña para contener lo que acababa de ocurrir.

Xosefa esperó, aunque nunca llamó espera a lo que hacía. Criaba a Xoán, remendaba redes para otras familias y mantenía la casa. No iba cada día al muelle ni preguntaba a todos los barcos. Simplemente se negaba a cerrar la posibilidad de que Ramón siguiera en algún lugar al que nadie sabía llegar.

Cuando alguien hablaba de «tu difunto marido», ella corregía la frase sin alzar la voz.

—Mi marido desapareció.

Con los años, la gente dejó de equivocarse delante de ella.

Xoán creció dentro de aquel silencio. No recordaría la cara de su padre, ni su voz, ni el peso de aquella mano sobre el hombro de Xosefa. En la casa no quedó ninguna fotografía a la vista, y Xosefa,

que apenas hablaba de Ramón, solo le repitió una cosa a lo largo de los años: que había heredado su nariz.

Treinta y ocho años después, cuando la brétema se cerrara también sobre él, volverían fragmentos sin dueño que nadie le había descrito nunca: una figura avanzando con una pierna más lenta que la otra, una barba densa recortada contra la blancura y una nariz prominente que se parecía demasiado a la suya.

Xoán no sabría quién era aquel hombre.

No tendría ningún recuerdo con el que reconocerlo.

Solo la certeza, enterrada en algún lugar del cuerpo, de haberlo visto dentro de la niebla.

---

1. No bajó como siempre. Bajó de golpe. Como un puño.

2. Hay que anotarlo, Xosefa. Hay que poner algo.

3. Pon lo que quieras. Yo no voy a decir que murió, porque yo no lo vi morir.

CAPÍTULO 7

Corvoeira, 2025

Pasaron cinco días antes de que llegara la llamada definitiva.

Cinco días de conversaciones interrumpidas con el hospital de Vilanova, muestras enviadas al laboratorio y preguntas para las que ningún médico parecía tener una casilla adecuada. Uxía había entregado una muestra de saliva la misma tarde del hallazgo. Una de las hermanas de Manuel, avisada con discreción por Breogán, se prestó también a la comparación sin contarle todavía nada a Amparo.

Durante esos días, Corvoeira dejó de hablar de otra cosa.

Aparecieron periodistas de dos emisoras locales y un fotógrafo que pasó una mañana entera frente a Casa Freire antes de que Breogán lo convenciera de marcharse. Uxía no respondió a ninguna llamada profesional. Tampoco contó a sus antiguos compañeros lo que estaba ocurriendo. Cada vez que veía un número desconocido en la pantalla, lo dejaba sonar hasta que se apagaba.

El quinto día, la médica de Vilanova llamó poco después del desayuno.

—Las pruebas confirman la identidad de los dos —dijo, sin preámbulos—. La comparación contigo establece que Xoán Freire Rial es tu padre. En el caso de Manuel, el parentesco con su hermana también coincide. No hay ninguna duda razonable.

Uxía se sentó en la primera silla que encontró.

Había esperado aquella confirmación desde el centro de salud, pero oírla no produjo certeza. Produjo vértigo.

—¿Y ahora qué ocurre?

—En lo médico, poco más que podamos resolver ingresándolos. La hipotermia y la deshidratación han remitido. Las pruebas neurológicas no muestran una lesión aguda y ambos conservan recuerdos coherentes hasta la mañana de su desaparición. No presentan una pérdida de memoria convencional. Están desorientados respecto al tiempo transcurrido, pero no existe un diagnóstico que explique el resto.

—¿Los vais a dar de alta?

—Los dos pueden decidir por sí mismos. Xoán ha pedido volver a su casa. Manuel también quiere regresar a Corvoeira mientras su familia organiza cómo hablar con su madre.

Uxía apretó el teléfono.

—¿A su casa?

—La dirección que da Xoán sigue siendo Casa Freire. Breogán ha comprobado que nunca se tramitó una declaración legal de fallecimiento y que continúa constando como marido de Carme, aunque toda su documentación esté caducada. Nada de eso decide dónde debe vivir, pero confirma que el vínculo legal con Carme continúa vigente. —La médica hizo una pausa—. La pregunta es si vosotros podéis recibirlo ahora, aunque sea de forma provisional. Él ha dicho que no quiere entrar en esa casa si Carme o tú no lo queréis allí.

La consideración la desarmó más que cualquier exigencia.

—¿Y si mi madre no entiende quién es?

—Eso no podemos preverlo. Sabemos que tiene Alzheimer y hemos hablado con su médica. Conviene evitar una presentación brusca, mantener el ambiente tranquilo y no obligarla a aceptar una explicación que quizá no pueda procesar. Pero no existe un protocolo para reencontrarse con un marido desaparecido cuarenta años.

Uxía cerró los ojos.

—Hablaré con Puri.

—No tienes que decidir sola. Xoán tampoco espera que lo hagas.

Después de colgar, permaneció sentada frente a la mesa de la cocina. Carme desmenuzaba una rebanada de pan sobre el plato, concentrada en separar la corteza de la miga. Puri fregaba una cazuela en el fregadero.

—Era el hospital —dijo Uxía.

Puri cerró el grifo.

Carme levantó la cabeza.

—¿Quién está enfermo?

—Nadie, mamá. Una llamada de trabajo.

La mentira volvió a salir con demasiada facilidad.

Esperaron hasta que Carme terminó el desayuno y subió a descansar. Entonces Uxía le contó a Puri lo que había dicho la médica.

—Xoán quiere venir aquí.

Puri se secó las manos en el delantal.

—Es su casa.

—También es la casa de mamá. Y ella no está en condiciones de decidir si puede soportarlo.

—Tampoco está en condiciones de decidir que no.

—Eso no significa que podamos ponerlo delante y esperar un milagro.

Puri apoyó las manos sobre la mesa.

—No espero ningún milagro. Espero que vea a su marido.

—A un marido que tiene casi la misma edad que yo.

—A Xoán.

La respuesta fue inmediata, pero no dura.

Uxía se levantó y caminó hasta la ventana. En el patio, una sábana se movía lentamente en el tendal.

—Podría asustarse. Podría no reconocerlo. Podría reconocerlo y olvidarlo cinco minutos después.

—Sí.

—¿Y eso no te preocupa?

—Me preocupa todo. —Puri se sentó—. Pero también me preocupa que pase lo que le quede de vida esperando a un hombre que ya está a cuarenta minutos de aquí porque nosotras decidimos que la verdad era demasiado difícil para ella.

La frase cayó entre las dos.

No era la primera vez que Puri tomaba una decisión para proteger a Uxía o a Carme. Aquella vez, sin embargo, no estaba dispuesta a confundir protección con ocultamiento.

—Manuel también vuelve —dijo Uxía—. Su hermana necesita tiempo para preparar a Amparo. Se quedará aquí un par de noches, si podemos hacerle sitio.

—El sofá se abre.

—Físicamente tiene veintiséis años y una madre de ochenta y siete.

—Ya lo sé.

Puri miró hacia el techo, hacia la habitación donde dormía Carme.

—Ninguna de estas cuentas va a salir bien, hija.

Pasaron la tarde preparando la casa para recibir a dos hombres que habían salido de Corvoeira cuatro décadas antes.

Puri vació una habitación del fondo que se había convertido en almacén. Uxía retiró cajas de ropa, una máquina de coser rota y dos sillas sin asiento. Encontraron detrás de un armario una marca de lápiz en la pared con el nombre de Uxía y la fecha de su tercer cumpleaños. Aquello retrasó el trabajo varios minutos: ninguna quiso borrarla y tuvieron que mover el mueble de otra manera.

Extendieron el sofá para Manuel. Buscaron ropa que pudiera servirles. Puri llamó a Sabela, que llegó con dos bolsas de prendas prestadas y dejó también un neceser sin hacer preguntas.

Carme observó el movimiento desde la puerta.

—¿Viene gente?

—Dos invitados —respondió Puri.

—¿Quedan a cear?[1]

—Sí.

Carme pareció satisfecha con aquella explicación.

El coche de Breogán se detuvo frente a Casa Freire al anochecer.

Uxía oyó el motor desde el pasillo y sintió que el cuerpo se le quedaba inmóvil antes de que pudiera ordenar a las piernas que avanzaran. Puri abrió la puerta.

Manuel bajó primero. Vestía unos vaqueros y una chaqueta prestados. En cinco días había perdido parte del aspecto de náufrago, pero no la manera de mirar cada cosa como si necesitara comprobar que seguía allí. Saludó a Puri con una inclinación de cabeza y entró sin levantar la vista.

Xoán permaneció junto al coche.

Llevaba una bolsa del hospital en una mano. Dentro estaban la ropa con la que había aparecido, varios informes y un neceser nuevo. Todo lo que llevaba consigo en 2025 cabía en aquella bolsa de plástico.

Breogán habló con él en voz baja. Xoán asintió. Después se acercó a la casa.

Se detuvo antes del peldaño roto.

—Sigue igual —dijo.

Uxía no supo si se refería al escalón o a la fachada entera.

—Nadie lo arregló.

Xoán rozó con la punta de la bota la grieta de la piedra. Una sonrisa mínima, dolorosa, apareció y desapareció en su rostro.

—Llevaba meses diciendo que iba a hacerlo.

Para él seguían siendo meses. Para la casa habían sido cuarenta años de lluvia entrando en la misma fisura.

Subió el peldaño.

—Esta es mi casa —dijo.

No era una pregunta, pero tampoco una afirmación completa. Parecía pedir permiso para que ambas cosas —el recuerdo y el presente— pudieran ser ciertas al mismo tiempo.

—Sí —respondió Uxía—. Sigue siendo tu casa.

Xoán la miró antes de entrar.

—¿Carme sabe que vengo?

—Sabe que hay invitados.

Él bajó los ojos.

—Puedo irme si esto le hace daño.

—No sabemos qué le hará.

—Entonces entramos despacio.

Manuel se quedó en la cocina con Puri y Breogán. Uxía condujo a Xoán por el pasillo.

Avanzaba casi de puntillas. Se detuvo frente al perchero, ante una fotografía reciente de Carme y delante de una puerta que en su recuerdo debía de abrirse hacia otro cuarto. Recorría las paredes con la mirada, comparándolas con una versión antigua de la casa: muebles desaparecidos, pintura distinta, interruptores donde antes habría cables de tela. Cada cambio le producía un tropiezo pequeño en la respiración.

—La cocina era azul —murmuró.

—La reformaron en los noventa.

Xoán volvió la cara hacia ella.

La frase contenía una década entera que para él no existía.

Carme estaba en la sala, sentada junto a la ventana.

La luz del atardecer le daba de lado y volvía casi transparente el pelo blanco. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y miraba la ría con la concentración de siempre.

Uxía se adelantó.

Durante la tarde había imaginado decenas de maneras de preparar aquel encuentro. Ninguna servía ahora.

—Mamá. Ha venido alguien a verte.

Carme volvió la cabeza.

Sus ojos se posaron primero en Uxía y después en Xoán, inmóvil en el marco de la puerta con la bolsa de plástico colgando de la mano.

El silencio se prolongó.

Uxía observó el rostro de su madre buscando una señal de miedo, confusión o reconocimiento. Carme recorrió la figura de Xoán despacio, desde las botas prestadas hasta la cicatriz sobre la ceja.

Entonces sonrió.

—Chegaches cedo[2] —dijo—. Pensei que ías pescar ata a noite.[3]

Uxía sintió que el suelo cambiaba de inclinación.

Carme no estaba comprendiendo que su marido hubiera regresado después de cuarenta años. Para ella, los cuarenta años no existían en aquel instante. Veía al hombre que había salido por la mañana y que, contra la costumbre, volvía antes de cenar.

Xoán se quedó paralizado.

Durante los días del hospital le habían explicado la fecha, la enfermedad de Carme y la edad de Uxía. Había leído informes y visto calendarios. Nada de aquello lo había preparado para encontrar a su mujer envejecida mientras ella lo miraba desde 1985.

—Carme —dijo.

La voz se le quebró en el nombre.

—Ven, senta.[4]

Carme dio unas palmadas sobre el asiento vacío junto a ella.

—Estás moi guapo hoxe. Máis novo que nunca.[5]

Desde el pasillo llegó un sonido extraño. Puri se había acercado sin que Uxía la oyera y se cubría la boca con ambas manos. Era una risa rota o un sollozo sin terminar.

Xoán dejó la bolsa en el suelo y se sentó.

No supo qué hacer con las manos hasta que Carme tomó una de ellas.

—Estás… —empezó.

Miró las arrugas, el pelo blanco y la alianza demasiado holgada. La mujer que él recordaba tenía treinta y cinco años y una hija de cuatro

durmiendo en el piso de arriba. Aquella mujer tenía setenta y cinco, y aun así lo tocaba con la naturalidad de la víspera.

—Has cambiado mucho.

Carme frunció ligeramente el ceño, no ofendida, sino desconcertada por una observación que no comprendía.

—Ti non[6] —respondió—. Ti sigues igual.[7]

Xoán cerró los ojos.

Carme le acarició los nudillos con el pulgar, distraída, como debía de haber hecho cientos de veces antes de que Uxía pudiera recordarlo.

Uxía permaneció en el umbral contemplando a sus padres juntos por primera vez en su vida adulta. Había imaginado que aquel momento cerraría una herida. En cambio, la abrió de otra manera: Carme había recuperado al hombre que esperaba, pero solo podía encontrarlo desde un tiempo que la enfermedad desordenaba; Xoán había regresado a su mujer y debía conocerla ya anciana.

No había nada limpio en aquel regreso.

Más tarde cenaron los cinco en la cocina. Carme preguntó dos veces quién era Manuel y aceptó las dos respuestas diferentes que Puri improvisó. Xoán apenas comió. Observaba a Uxía cuando creía que ella no lo veía, buscando en su rostro a la niña de cuatro años que le habían dicho que era su hija.

Breogán se marchó después de dejar varios números de teléfono y prometer que volvería por la mañana. Manuel se acomodó en el sofá sin protestar. Puri acompañó a Carme a su habitación.

Uxía mostró a Xoán el cuarto que habían despejado.

—No tienes que quedarte si no puedes dormir aquí.

Él apoyó la bolsa del hospital sobre la cama.

—No sé dónde podría dormir mejor.

Uxía asintió y cerró la puerta a medias.

Permaneció unos segundos en el pasillo. Desde la sala llegaba la respiración irregular de Manuel. En la habitación de Xoán no se oía ningún movimiento.

Entonces escuchó la voz de Carme al fondo de la casa, baja y casi cantada.

—O mar hoxe está moi tranquilo[8] —dijo en la oscuridad—. Moi tranquilo.[9]

Uxía no supo si hablaba para sí misma, para Puri o para el hombre que acababa de regresar.

Detrás de la puerta entreabierta, Xoán tampoco dormía.

---

1. ¿Se quedan a cenar?

2. Has llegado pronto.

3. Pensé que ibas a pescar hasta la noche.

4. Ven, siéntate.

5. Estás muy guapo hoy. Más joven que nunca.

6. Tú no.

7. Tú sigues igual.

8. Hoy el mar está muy tranquilo.

9. Muy tranquilo.

CAPÍTULO 8

Corvoeira, 1985

El ataúd pesaba menos de lo que debería, y todos los hombres que lo cargaron aquella mañana lo notaron sin decirlo.

No era solo que estuviera vacío. Era la manera en que respondía a cada movimiento: demasiado ligero al levantarlo, demasiado hueco cuando una esquina rozaba el suelo de piedra. Un cuerpo habría dado a la caja una gravedad distinta. Habría obligado a los portadores a acompasar mejor los pasos, a respirar juntos, a sentir en los hombros la certeza de aquello que llevaban.

Dentro no había nada.

Xesús Rial Doval había insistido en que fuera de roble. El carpintero de Vilanova le explicó que no hacía falta, que para un féretro sin cuerpo bastaba una madera más sencilla, pero Xesús no quiso escuchar razones de precio ni de peso. Eligió las tablas una por una y pasó cuatro días en el taller mientras lo construían, observando cada ensamble con la misma concentración que ponía ante un bloque de granito.

No sabía trabajar la madera. Sabía hacer durar la memoria de otra manera.

En casa talló una pequeña placa de piedra con el nombre completo de su hijo y las fechas que podía grabar: el nacimiento y, en lugar de una muerte que nadie había visto, el día de la desaparición. La pulió hasta dejarla lisa y la colocó sobre la tapa. Era su forma de participar en la construcción de aquel lugar de despedida que la familia había decidido construir para Manuel.

Amparo había querido meter dentro la chaqueta buena del muchacho, la que se ponía los domingos y en las fiestas. La sacó del armario, la dobló sobre la cama y permaneció horas mirándola. Al final llegó a la iglesia con la prenda apretada contra el pecho.

No fue capaz de soltarla.

—Isto queda comigo —dijo cuando una de sus hijas intentó cogerla—. Isto non vai para ningunha caixa.[1]

La misa se celebró una semana después de que apareciera el *Santa Bárbara* vacío.

Carme no asistió.

No por desprecio hacia los Rial Bugallo, aunque algunos lo interpretaron así, sino porque entrar en una iglesia donde se despedía a Manuel como muerto habría significado acercarse demasiado a una palabra que ella se negaba a pronunciar para Xoán. Permaneció en Casa Freire con Uxía, mientras Puri acudía al funeral en representación de las dos.

Bieito se quedó cerca de la última columna, lejos de la familia. Desde allí veía la caja, las cinco cabezas inclinadas de los hermanos mayores de Manuel y la nuca rígida de Xesús. No se acercó a ayudar cuando sacaron el ataúd. Tenía la impresión de que, si apoyaba una mano en aquella madera, la culpa que llevaba desde la mañana de la niebla adquiriría por fin un peso que no podría volver a soltar.

Fue el propio Xesús quien había propuesto el nombre del barco un año antes.

Santa Bárbara.

La patrona de los canteros. La santa a la que los hombres de piedra pedían protección contra los rayos, los desprendimientos y las muertes repentinas. Lo sugirió medio en broma cuando Manuel anunció que no quería entrar en la cantera con sus hermanos y que prefería aprender el oficio del mar junto a Xoán.

—Xa que vas abandonar a pedra, polo menos leva a santa contigo[2] —le había dicho.

Manuel se rio. Xoán mandó pintar el nombre en el casco.

Aquella mañana, al ver el ataúd avanzar por la nave de la iglesia, Bieito recordó la conversación con una claridad insoportable. La santa había regresado a la familia convertida en el nombre de un barco vacío.

Después de la misa, llevaron la caja hasta O Peirao Vello para el responso frente al mar. Xesús caminó detrás con sus otros cinco hijos. Todos eran mayores que Manuel. Algunos tenían ya familia propia y uno sostenía en brazos a un bebé que no dejaba de tirar del cuello de su camisa, ajeno a la razón por la que los adultos hablaban en susurros.

El cielo estaba despejado. Había viento. Las gaviotas gritaban sobre A Lonxa.

Bieito odió aquella normalidad.

Celso Rey Nogueira se situó a su lado. Habían pasado los días de búsqueda juntos y, sin embargo, era la primera vez que se acercaba a él desde que habían encontrado el barco.

—Ti non tiveches culpa ningunha[3] —dijo.

Bieito mantuvo los ojos en el ataúd.

—Aviseino, e non me fixo caso. Se cadra debín insistir máis, quizais… [4]

—Quizais nada.[5]

Celso le puso una mano en el hombro. Era la misma mano que treinta y ocho años antes había recogido las redes de Ramón al comprender que su dueño no regresaría a por ellas.

—Iso xa o vivín eu, Bieito. E dígoche unha cousa: a culpa non trae a ninguén de volta. Só te afunde a ti tamén.[6]

—Ti avisáchelo?[7]

Celso tardó un momento en responder.

—Non. E pasei media vida inventando as palabras que lle tería dito se soubese o que ía pasar.[8]

Bieito miró por fin al anciano.

—Serviuche de algo?[9]

—Non.[10]

La sinceridad de la respuesta fue más dura que cualquier consuelo.

Amparo no lloró durante la misa ni mientras el cura pronunciaba las oraciones frente al agua. Sostenía la chaqueta de Manuel doblada entre los brazos, con una manga colgando como si dentro quedara aún la forma del codo.

Se derrumbó después.

Puri se acercó para darle el pésame y apenas llegó a rozarle el brazo cuando Amparo dejó escapar un sonido que parecía llevar una semana retenido. Apoyó la frente en el hombro de Puri y se aferró a ella con una fuerza que no correspondía a su cuerpo menudo.

—Tiña vinte e dous anos —dijo, aunque nadie le había preguntado la edad—. Vinte e dous anos, e o único que quería era demostrarme que podía facer outra cousa distinta da pedra.[11]

—Xa o sei[12] —murmuró Puri.

—Eu dixen que volvería. Díxenlle que o mar acabaría devolvéndoo á casa coa cabeza baixa. —Amparo apretó la chaqueta—. Non pensei que ía volver así.[13]

Puri no le dijo que no había vuelto nada. Para Amparo, aquel ataúd era la forma que había adoptado el regreso.

Xesús permaneció apartado con los otros hijos. No lloraba. Tenía las manos llenas de polvo gris porque esa misma mañana había vuelto a repasar la placa de piedra, aunque ya no quedara nada que pulir. Miraba el mar sin parpadear, con el rostro endurecido de un hombre al que nadie había enseñado a hacer otra cosa con el dolor.

Cuando el responso terminó, dos hombres dejaron la caja sobre el carro que la llevaría al cementerio. Alguien, tratando de llenar el silencio, comentó que Carme Freire no había querido celebrar funeral alguno y que seguía negándose a aceptar la muerte de su marido.

No lo dijo con malicia. Quizá por eso la respuesta de Xesús sonó más definitiva.

—Ela ten o luxo de poder crer iso —dijo sin alzar la voz—. Nós non.[14]

Todos miraron al suelo.

Puri estuvo a punto de responder que la esperanza de Carme no se parecía a ningún lujo. Vio la chaqueta en brazos de Amparo, la placa que Xesús había tallado y a los cinco hermanos rodeando una ausencia, y decidió callar.

Con los años, aquella frase se convertiría en la explicación silenciosa de por qué las dos familias dejaron de hablarse con naturalidad.

No hubo una pelea. No se pronunciaron acusaciones abiertas. Los Rial Bugallo habían enterrado un ataúd vacío porque necesitaban dar forma al duelo. Carme se había negado a celebrar un funeral porque no tenía un cuerpo ni una certeza con los que hacerlo. Cada decisión convertía la de la otra casa en algo difícil de soportar.

Cuando echaron la primera palada de tierra sobre el roble, el sonido fue demasiado limpio.

Hueco.

Amparo apretó la chaqueta contra la cara. Xesús no se movió.

Bieito cerró los ojos y volvió a escuchar el motor del *Santa Bárbara* alejándose hacia la isla.

Cuarenta años después, el mar devolvería a Manuel con un cuerpo de veintiséis años y la misma necesidad de demostrar que podía elegir una vida distinta de la piedra.

Xesús llevaría entonces dieciséis años enterrado, sin haber llegado a saber que la caja de roble que eligió para despedir a su hijo siempre había estado vacía por una razón que nadie en Corvoeira habría podido imaginar.

---

1. Esto se queda conmigo. Esto no va a ninguna caja.

2. Ya que vas a abandonar la piedra, por lo menos lleva a la santa contigo.

3. Tú no tuviste ninguna culpa.

4. Le avisé, y no me hizo caso. A lo mejor debí insistir más, quizás…

5. Quizás nada.

6. Eso ya lo viví yo, Bieito. Y te digo una cosa: la culpa no trae a nadie de vuelta. Solo te hunde a ti también.

7. ¿Tú le avisaste?

8. No. Y pasé media vida inventando las palabras que le habría dicho si hubiese sabido lo que iba a ocurrir.

9. ¿Te sirvió de algo?

10. No.

11. Tenía veintidós años. Veintidós años, y lo único que quería era demostrarme que podía dedicarse a algo distinto del trabajo de la piedra.

12. Ya lo sé.

13. Yo dije que volvería. Le dije que el mar acabaría devolviéndolo a casa con la cabeza baja. No pensé que volvería así.

14. Ella tiene el lujo de poder creer eso. Nosotros no.

CAPÍTULO 9

Corvoeira, 2025

Amparo Bugallo Reboiro llevaba casi setenta años viviendo en la misma casa de piedra al final de la Rúa do Cristal.

Había entrado en ella siendo poco más que una muchacha, cuando se casó con Xesús y todavía compartían el piso de arriba con los padres de él. Allí había criado a seis hijos, velado a un marido y aprendido, durante cuarenta años, a no mirar hacia el mar cuando tendía la ropa.

Aquella mañana estaba en el huerto, palpando las hojas de las acelgas para distinguir las buenas de las comidas por los caracoles, sin saber que Manuel se encontraba a menos de un kilómetro.

Después del alta, él había pasado dos noches en Casa Freire. La familia necesitaba preparar el encuentro y, sobre todo, evitar que la noticia llegara a Amparo deformada por un rumor. Una de sus hijas —la misma que había entregado la muestra de ADN— pidió que nadie le dijera nada hasta que existiera una confirmación absoluta.

—Mi madre enterró a Manuel una vez —había dicho—. No voy a permitir que le hagamos desenterrarlo para descubrir después que nos equivocamos.

La prueba no dejaba lugar a dudas.

Aun así, nadie sabía cómo pronunciar la verdad.

Manuel apenas habló durante aquellas dos noches. Dormía en el sofá de Casa Freire y se levantaba antes que todos, no porque hubiera descansado, sino porque el cuerpo seguía obedeciendo a la hora de salida de los barcos. Se quedaba sentado en la cocina, mirando los

electrodomésticos, el teléfono móvil de Uxía y la luz digital del horno como si fueran piezas de un mundo construido mientras él parpadeaba.

Fue Uxía quien se ofreció a acompañarlo hasta la casa de Amparo.

—No hace falta —dijo Manuel.

Lo dijo sin mirarla, como si aceptar compañía le costara más que necesitarla.

—Ya lo sé.

Uxía cogió el abrigo.

—Pero yo también podía hacer sola algunas cosas y agradecí que alguien no me dejara.

Manuel no volvió a negarse.

Fueron andando. La casa estaba lo bastante cerca para llegar en diez minutos, pero Manuel tardó casi media hora.

Se detenía ante fachadas que reconocía bajo capas nuevas de pintura, miraba escaparates donde antes había talleres y buscaba nombres en personas que se cruzaban con ellos. Algunos vecinos se apartaban para dejarlo pasar. Otros lo observaban desde las puertas con una mezcla de curiosidad y miedo, como si temieran que su regreso pudiera volver contagiosa la ausencia.

—Aquí estaba la zapatería de Moncho —dijo frente a un local vacío.

—Cerró hace más de veinte años.

Manuel asintió, pero no reanudó el paso de inmediato.

Cada respuesta de Uxía le mostraba una parte de lo que había perdido.

La casa de los Rial Bugallo conservaba las contraventanas azules y el muro bajo de granito que Xesús había levantado cuando nacieron los primeros hijos. En el huerto crecían coles, acelgas y un limonero

inclinado hacia la tapia. Manuel apoyó la mano en una de las piedras del muro.

Sus dedos encontraron una marca grabada cerca de la esquina: seis líneas verticales, desiguales, una por cada hermano. La última era más corta que las demás.

—La hice yo —dijo.

No parecía preguntar.

En la puerta esperaba una mujer de más de setenta años. Uxía la había conocido el día de las pruebas, pero Manuel solo había hablado con ella unos minutos en el hospital, después de que le explicaran que aquella anciana era una de sus hermanas.

Él la miró tratando de recuperar a la joven que recordaba.

—Mamá está dentro —dijo ella. Tenía los ojos enrojecidos—. Le hemos dicho que venía alguien a verla. No quién.

Manuel tragó saliva.

—¿Estás segura?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Pero entra igual.

Amparo estaba sentada en una silla de enea junto a la ventana de la cocina. Sujetaba un rosario entre las manos, aunque no movía los labios. Sobre el respaldo de otra silla había una chaqueta de hombre cuidadosamente doblada.

La buena.

La que no había conseguido meter en el ataúd.

Amparo levantó la cabeza al oír la puerta.

Sus ojos estaban nublados por las cataratas, pero conservaban visión suficiente para distinguir la figura que entraba detrás de Uxía. Lo

observó durante un largo rato. No reaccionó como Carme, plegando las décadas hasta devolverlo a la mañana de 1985. Amparo hizo las cuentas. Uxía pudo ver cada una pasarle por el rostro: la edad del hombre, la forma de los hombros, la cicatriz pequeña bajo la barbilla que Manuel se había hecho de niño, el modo de colocar el peso sobre la pierna derecha.

El rosario dejó de moverse entre sus dedos.

—Non[1] —dijo al fin—. Non pode ser.[2]

Manuel dio un paso.

—Nai.[3]

La voz se le quebró en la palabra.

—Son eu.[4]

Amparo dejó caer el rosario.

Durante un instante Uxía temió que Amparo no soportara físicamente lo que acababa de comprender. La anciana se llevó ambas manos a la boca, respiró una vez sin conseguir llenar los pulmones y se apoyó en los brazos de la silla.

Después se levantó.

Lo hizo despacio, pero sin aceptar ayuda. Cruzó la cocina con una firmeza nacida en algún lugar anterior a la edad y se detuvo a un palmo de Manuel.

Le tocó la cara.

Primero la mejilla. Después la oreja izquierda, cuya parte superior se doblaba ligeramente hacia fuera. Por último, deslizó el pulgar bajo su barbilla hasta encontrar la cicatriz.

—Caíches contra o banco da cociña —susurró—. Tiñas sete anos e non parabas de berrar porque pensabas que che ían coser a boca.[5]

Manuel soltó una risa rota que se convirtió en llanto antes de terminar.

—Nai.[6]

Amparo apoyó las dos manos sobre su rostro.

—Enterreite —dijo—. Enterreite hai corenta anos, meu fillo. Cun caixón baleiro.[7]

Miró la chaqueta doblada en la silla.

—Non fun quen de meter dentro nin sequera a túa chaqueta boa. Non puiden.[8]

—Xa o sei. Uxía mo contou.[9]

Manuel cerró los ojos bajo las manos de su madre.

—Sinto moito o que che fixen pasar.[10]

—Ti non me fixeches nada.[11]

Amparo negó con una violencia que parecía impropia de su fragilidad.

—Ti non tiveches culpa ningunha.[12] Fun eu quen tivo que aprender a vivir pensando que estabas morto. Era iso ou quedar mirando a porta para sempre.[13]

Lo abrazó.

Amparo apenas le llegaba al pecho. A ojos de un desconocido podían parecer una abuela y su nieto: sus cuerpos parecían separados por sesenta y un años, aunque Amparo solo tenía veinticinco cuando Manuel nació. Manuel la rodeó con los brazos sin saber cuánta fuerza podía usar, como si también ella fuera una prueba que el tiempo podía romper.

Uxía bajó la mirada. Aquello era demasiado íntimo para una testigo.

Dio un paso hacia la puerta.

Manuel alargó una mano detrás de la espalda de su madre y le hizo un gesto pequeño para que no se marchara.

Uxía se quedó.

La hermana de Manuel entró también. Se situó a un lado, llorando en silencio. Él la observó sobre el hombro de Amparo y por primera vez pareció comprender que el regreso no terminaba en recuperar a su madre. Cinco hermanos habían envejecido sin él. Su padre podía estar en otra habitación, enfermo o dormido. Había sobrinos, muertes, bodas y décadas que todavía no conocía.

Cuando Amparo lo soltó, Manuel miró hacia el pasillo.

—¿E papá?[14]

Nadie respondió enseguida.

La ausencia adquirió forma en el silencio.

Amparo cerró los ojos.

—Morreu hai dezaseis anos —dijo su hija—. Foi rápido. O corazón.[15]

Manuel retrocedió hasta chocar con la mesa.

—No hospital non mo dixeron.[16]

—Pedimos que esperasen —explicó la hermana—. Non sabiamos canto podías soportar de golpe.[17]

Él miró a Amparo.

—El pensou que eu morrera.[18]

No era una pregunta.

Amparo tomó la chaqueta del respaldo y se la entregó.

—Morreu pensando que te enterrara. Pero gardou todas as túas ferramentas. Nunca deixou que ninguén usase o teu martelo pequeno.[19]

Manuel recibió la prenda con ambas manos.

La acercó a la cara. La tela conservaba olor a armario, jabón y humedad, no a la persona que la había llevado cuarenta años antes. Aun así, la apretó contra el pecho del mismo modo en que Amparo lo había hecho durante el funeral.

Lloró por su padre allí, en la cocina donde lo había visto por última vez, sostenido por una madre anciana y una hermana que había cruzado cuatro décadas sin él.

No hubo forma de consolarlo. Nadie lo intentó.

Más tarde, Amparo los sentó a la mesa y preparó café. Puso tres tazas, olvidó la de su hija y tuvo que volver al armario. Las manos le temblaban tanto que derramó parte del líquido sobre el mantel. Manuel se levantó por reflejo para ayudarla y abrió a la primera el cajón donde se guardaban los paños.

Los tres se quedaron mirando su mano dentro del mueble.

La cocina había cambiado, pero no todo estaba en un lugar distinto.

Amparo se sentó frente a él.

—Carme sempre dixo que estabades vivos —dijo—. Sempre.[20]

Manuel bajó la vista hacia el café.

—E ti?[21]

—Eu deixei de crelo porque necesitaba seguir levantándome cada mañá. —Amparo acarició con dos dedos el borde de la taza—. Pensaba que Carme non podía aceptar o que pasara. Compadecíaa.[22]

Miró a Uxía.

—Pero Carme non estaba tola. E resulta que eu estaba equivocada.[23]

No lo dijo con alivio. Tener razón habría significado que su hijo estaba muerto. Descubrir que estaba equivocada significaba recuperarlo, pero también la obligaba a contemplar cuarenta años de duelo construidos alrededor de una certeza que ahora se deshacía.

Uxía comprendió entonces que ninguna de las dos familias había elegido bien ni mal.

Carme se había negado a dar por muerto a Xoán, pero la enfermedad empezaba a llevarse el momento de su regreso. Amparo había enterrado a su hijo para poder seguir viviendo y ahora debía aprender a convivir con un hombre más joven que algunos de sus nietos.

La brétema no devolvía lo que se llevaba.

Lo colocaba de nuevo en el mundo cuando el lugar que había dejado ya no existía.

Antes de marcharse, Uxía vio a Manuel sentado junto a Amparo, con la chaqueta buena sobre las rodillas y la mano de su madre apoyada encima de la suya.

En el pasillo, su hermana sacaba de un armario una caja con las herramientas que Xesús había conservado.

Manuel no regresaría a Casa Freire aquella noche.

Por primera vez desde que salió de la niebla, tenía una casa en la que el dolor sabía su nombre.

---

1. No.

2. No puede ser.

3. Madre.

4. Soy yo.

5. Te caíste contra el banco de la cocina. Tenías siete años y no parabas de gritar porque pensabas que te iban a coser la boca.

6. Madre.

7. Te enterré. Te enterré hace cuarenta años, hijo mío. Con un ataúd vacío.

8. No fui capaz de meter dentro ni siquiera tu chaqueta buena. No pude.

9. Ya lo sé. Uxía me lo contó.

10. Siento mucho lo que te hice pasar.

11. Tú no me hiciste nada.

12. Tú no tuviste ninguna culpa.

13. Fui yo quien tuvo que aprender a vivir pensando que estabas muerto. Era eso o quedarme mirando la puerta para siempre.

14. ¿Y papá?

15. Murió hace dieciséis años. Fue rápido. El corazón.

16. En el hospital no me lo dijeron.

17. Pedimos que esperasen. No sabíamos cuánto podías soportar de golpe.

18. Él pensó que yo había muerto.

19. Murió pensando que te había enterrado. Pero guardó todas tus herramientas. Nunca dejó que nadie utilizara tu martillo pequeño.

20. Carme siempre dijo que estabais vivos. Siempre.

21. ¿Y tú?

22. Yo dejé de creerlo porque necesitaba seguir levantándome cada mañana. Pensaba que Carme no podía aceptar lo que había ocurrido. La compadecía.

23. Pero Carme no estaba loca. Y resulta que yo estaba equivocada.

CAPÍTULO 10

Corvoeira, 2025

Durante los dos días siguientes, Casa Freire intentó recuperar una rutina que ya no existía.

Las pastillas de Carme continuaron a las nueve. Puri abrió y cerró la ventana a las horas de siempre. Xoán ocupaba las mañanas arreglando pequeñas cosas que no necesitaban arreglo: apretó el tornillo de una silla, cambió de sitio una maceta y pasó casi una hora limpiando una navaja que Breogán le había conseguido. Parecía necesitar tareas que comenzaran y terminaran bajo sus manos, problemas capaces de resolverse sin discutir con el tiempo.

Manuel permanecía en casa de Amparo. Llamó una vez desde el teléfono de su hermana. Habló poco, pero su voz sonaba distinta: no menos perdida, solo perdida en un lugar que conocía su nombre.

Xoán pasaba las tardes en el patio trasero.

Se sentaba en un banco de piedra y observaba las gallinas de la vecina con una atención que a Uxía le resultaba casi dolorosa. Seguía cada movimiento: la pata que escarbaba la tierra, el giro brusco de una cabeza, una pluma que el viento arrastraba hasta el muro. Cualquier criatura viva y sometida al paso normal de los minutos parecía servirle de ancla.

La tercera tarde, Uxía salió con una cafetera y dos tazas.

Xoán aceptó una sin mirarla. Llevaba varios minutos frotándose los dedos de la mano derecha, como si intentara desprender de ellos una sensación.

—Hay una barba —dijo.

Uxía dejó de servir el café.

—¿Qué?

—Cuando cierro los ojos. A veces está ahí.

No hablaba como quien empieza a recordar una escena. Hablaba con cautela, casi con vergüenza, como si temiera que las palabras convirtieran en mentira algo que hasta entonces solo había sentido.

—Es oscura. Muy cerrada. —Se pasó la mano por la mandíbula—. Y hay un hombre que arrastra una pierna. La izquierda, creo.

Uxía se sentó frente a él.

—¿Lo ves entero?

—No. Nunca entero.

Xoán miró sus dedos.

—Son trozos. Una red mojada rozándome la mano. No era de las nuestras; los nudos eran más gruesos. El frío. Esa barba. Una nariz grande.

Se tocó la suya sin darse cuenta.

Uxía reconoció el gesto antes que el parecido. La nariz de Xoán era también la suya, aunque en él resultara más marcada.

—¿Manuel recuerda a ese hombre?

—No se lo he preguntado.

—¿Y tú sabes quién puede ser?

Xoán negó.

—No sé ni siquiera si lo vi de verdad. Es como despertarse de una anestesia y creer que alguien habló mientras estabas dormido. Sabes que hubo una voz, pero no puedes repetir las palabras.

La comparación dejó a Uxía inmóvil.

No había días ni noches en los fragmentos que Xoán describía. No hablaba de hambre, conversaciones o lugares recorridos. Solo de sensaciones aisladas, instantes sueltos en una oscuridad sin duración.

—¿Desde cuándo te ocurre?

—Desde el hospital. Pero allí pensé que eran sueños.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Xoán sostuvo la taza entre ambas manos.

—Porque cada vez que aparece esa cara siento que debería saber algo y no lo sé. Y porque tú apuntas las cosas que nadie entiende.

Uxía sintió el impulso de buscar el móvil. No lo hizo.

—Voy a comprobar algo.

—¿Qué?

—Todavía no lo sé.

El desván de Casa Freire olía a polvo, madera mojada y tela guardada demasiado tiempo.

Uxía subió por la escalera plegable con una linterna en una mano. Puri le había dicho que las fotografías antiguas estaban en alguna de las cajas del fondo, mezcladas con documentos de Xosefa y objetos que Carme nunca permitió tirar. No buscaba una persona concreta. Buscaba rostros del pueblo, hombres de la familia, cualquier imagen que le permitiera comprobar si los rasgos descritos por Xoán coincidían con los de alguien real y anterior a 1985.

Abrió primero una caja de ropa infantil. Encontró un vestido azul que no recordaba haber llevado y unos zapatos tan pequeños que le costó aceptar que hubieran sido suyos.

En la segunda caja había recibos, estampas religiosas y cartas sin sobre.

La tercera contenía una lata rectangular, oxidada en los bordes. Dentro, envueltas en hojas de periódico amarillentas, aparecieron fotografías de bodas, bautizos y grupos de hombres frente a barcas cuyos nombres ya no podían leerse. Algunas tenían fechas al dorso. Otras solo apellidos.

Uxía las fue extendiendo sobre el suelo.

No encontró muchas imágenes de la generación de Xosefa. Las cámaras no formaban parte de la vida cotidiana de aquellas casas; cada fotografía parecía corresponder a una ocasión que alguien consideró lo bastante importante para pagarla.

Al fondo de la lata había una imagen más pequeña, con los bordes blancos y ondulados.

Un hombre joven posaba junto a una barca.

Tenía una barba densa y oscura, la nariz prominente y una forma extraña de apoyar el cuerpo: la pierna izquierda ligeramente retrasada, el hombro inclinado para compensar el peso. No podía saberse por la fotografía si cojeaba, pero la postura hizo que Uxía recordara de inmediato las palabras de Xoán.

Le dio la vuelta.

Ramón, verán do 46.[1]

Se quedó sentada sobre los talones.

El hombre de la fotografía era su abuelo.

Ramón Freire Otero había desaparecido al año siguiente, cuando Xoán era todavía un bebé. Xoán no podía recordar aquella cara. No podía haber aprendido a reconocer aquella cojera ni conservar un recuerdo consciente de aquella barba.

Uxía volvió a mirar la imagen.

Había algo de Xoán en la frente. Algo de ella misma en la nariz y la separación entre los ojos. No era una semejanza espectacular, de esas

que se anuncian a primera vista. Era peor: estaba formada por pequeños rasgos que parecían haber atravesado tres generaciones sin pedir permiso.

No bajó enseguida.

Fotografió el anverso y el reverso por si el papel terminaba deshaciéndose entre sus manos. Después guardó el resto exactamente como lo había encontrado y llevó la fotografía al piso inferior.

Xoán seguía en el patio.

Había dejado enfriar el café. Uxía se sentó a su lado sin decirle qué había encontrado.

—Quiero que mires esto.

Le tendió la fotografía por el lado de la imagen, ocultando la inscripción.

—No voy a decirte quién es ni de cuándo es. Tampoco quiero que intentes adivinar lo que espero que respondas.

Xoán la cogió con las dos manos.

Al principio no ocurrió nada. Observó la barca, la ropa y el rostro del hombre con la misma atención que dedicaba a todos los objetos antiguos que aparecían en la casa.

Después frunció el ceño.

La cicatriz se marcó sobre la ceja izquierda.

—Esa pierna.

Uxía no se movió.

—¿Qué ocurre con ella?

Xoán señaló la figura.

—La arrastraba.

—Eso no puede verse en una fotografía.

—Ya lo sé.

Su respiración se volvió más rápida.

—Apoyaba primero el talón derecho. La otra bota rozaba el suelo antes de avanzar. Hacía un ruido… —Cerró los ojos—. No un golpe. Un arrastre corto.

Volvió a mirar la imagen.

—Y la barba.

La mano que sostenía la fotografía empezó a temblar.

—Es él.

—¿Quién?

—No lo sé.

La respuesta salió casi como un grito.

Xoán se puso de pie, dio dos pasos y regresó al banco, incapaz de alejarse del papel.

—No sé quién es. No sé dónde lo vi. Pero es la cara de la que te hablé. La nariz, la barba… —Se tocó los dedos—. Y llevaba una red con nudos gruesos. La cuerda me rozó aquí.

Uxía esperó.

El descubrimiento tenía que pertenecerle a él antes de que ella le diera un nombre.

—Dale la vuelta —dijo finalmente.

Xoán obedeció.

Leyó la inscripción una vez. Después otra.

—Ramón.

El nombre apenas tuvo voz.

—Era tu padre —explicó Uxía—. La fotografía es del verano de 1946. Ramón desapareció en febrero del año siguiente. Tú tenías un año.

Xoán dejó de mirar el papel y levantó los ojos hacia ella.

—Yo no me acuerdo de él.

—No puedes acordarte.

—Entonces, ¿cómo…?

No terminó la pregunta.

Uxía no quiso llenarla con una explicación que todavía no poseían.

—Sabemos que desapareció cerca de A Illa dos Corvos durante una niebla parecida. Sabemos que tú has regresado cuarenta años después con recuerdos fragmentados de un hombre al que nunca conociste. Nada más.

—No es poca cosa.

Xoán volvió a sentarse.

Contempló la fotografía como si esperara que el hombre cambiara de postura.

—Mi madre decía que yo tenía su nariz.

—Puri me lo contó.

—Xosefa murió pensando que él no había vuelto.

Uxía asintió.

—Y después murió pensando que yo tampoco volvería.

No había conocido conscientemente a Ramón y, sin embargo, la pena encontró un lugar donde asentarse. No era el duelo por un padre

recordado. Era el de un hijo que descubría demasiado tarde que quizá había estado cerca de aquel hombre en el único lugar donde ninguno de los dos podía reconocerse.

—¿Crees que estaba allí cuando entramos Manuel y yo? —preguntó.

—Es posible.

Uxía eligió cada palabra.

—Si la brétema altera el paso del tiempo, cuarenta años fuera no tienen por qué significar cuarenta dentro. Pero aún no sabemos cuánto ha pasado para ti ni qué significa exactamente «estar allí». Solo sabemos que tu cuerpo ha envejecido unos pocos años y que tú lo percibes casi como un salto.

Xoán apretó la fotografía.

—¿Sigue dentro?

La pregunta llegó sin preparación, desnuda y urgente.

Uxía pensó en Puri negando con la cabeza en la cocina. Pensó en las tres desapariciones y en el regreso incompleto de solo dos hombres.

—No lo sabemos.

—Pero puede.

—Puede.

Era lo único honesto. No podía prometer un regreso ni declarar una muerte. No podía convertir una posibilidad en esperanza después de haber visto lo que la esperanza había hecho en Casa Freire.

Xoán permaneció en el patio hasta que empezó a oscurecer.

Se llevó la fotografía consigo. Antes de entrar preguntó si podía guardarla aquella noche.

—Es de la familia —respondió Uxía—. También es tuya.

La palabra pareció pesarle.

Esa noche, Uxía sacó una libreta nueva.

No utilizó el móvil. Quería páginas que pudiera ordenar, tachar y extender sobre una mesa. En la primera escribió la fecha y debajo un título provisional que no era para un artículo ni para un libro:

Preguntas sobre la desaparición y el regreso.

Anotó primero los hechos, separados de las interpretaciones:

Xoán describe antes de ver la foto: barba oscura, nariz prominente, cojera, red de nudos gruesos.

Fotografía única de Ramón, verano de 1946. Xoán reconoce los mismos rasgos sin conocer su identidad.

Ramón desaparece en 1947. Xoán desaparece en 1985. Ambos casos se producen cerca de A Illa dos Corvos durante una niebla repentina.

Debajo, separada por una línea, escribió una hipótesis:

Posible coincidencia de Ramón y Xoán dentro de la brétema.

Después añadió las líneas de investigación:

Localizar el expediente de Elixio Cortizo sobre 1985.

Obtener datos meteorológicos verificables: hora, viento, marea, temperatura, humedad.

Hablar con Bieito desde el principio, no a través de recuerdos ajenos.

Preguntar a Manuel qué fragmentos conserva y compararlos sin que Xoán lo condicione.

Determinar si existe algún patrón que permita saber cuándo puede repetirse.

Se quedó mirando la última frase.

Hasta entonces había investigado el pasado para entender qué había ocurrido.

Aquella pregunta miraba hacia el futuro.

¿Y si vuelve a abrirse?

No escribió todavía el nombre de Ramón debajo.

---

1. Ramón, verano del 46.

CAPÍTULO 11

Corvoeira, 2025

Bieito Barreiro Souto vivía solo desde que su mujer había muerto once años antes.

La casa estaba al final de una cuesta. Desde la cocina podía verse O Peirao Vello si uno se acercaba a la ventana y torcía un poco el cuello. La vista parecía diseñada para impedir que Bieito dejara de vigilar por completo el lugar donde había empezado su culpa.

Uxía llegó a media mañana.

No llegó a llamar. La puerta se abrió cuando levantaba la mano.

—Sabela me dijo que vendrías —dijo Bieito.

No parecía molesto ni sorprendido. Parecía un hombre que había pasado dos noches preparándose para una conversación que no deseaba mantener.

—¿Te importa?

—Ya estás aquí.

Se apartó para dejarla entrar.

La cocina olía a tabaco de liar, café recalentado y humedad. En una repisa había una radio antigua, un cuenco lleno de anzuelos y una fotografía de Sabela con unos diez años, sentada sobre los hombros de su padre durante una fiesta del pueblo. Uxía se preguntó cuánto sabría aquella niña de la historia que los adultos evitaban pronunciar cerca de ella.

Bieito señaló una silla.

Se sentó enfrente con las manos apoyadas sobre la mesa de fórmica. Eran grandes, deformadas por la artrosis y marcadas por cicatrices antiguas. A Uxía le costaba relacionarlas con las manos firmes del hombre que había cargado nasas junto a Xoán cuarenta años antes.

Sacó la libreta, pero no la abrió todavía.

—¿Puedo tomar notas?

Bieito observó la cubierta.

—Depende de para qué.

—Para no convertir lo que me digas en lo que yo esperaba oír.

Aquella respuesta pareció satisfacerlo lo justo.

—Toma las que quieras.

Uxía dejó el teléfono dentro del bolso. Quería que viera que no estaba grabando.

—Puri me ha contado lo que recuerda —empezó—. Pero tú estabas en el muelle desde antes de que zarparan y permaneciste allí durante toda la niebla. Necesito tu versión completa.

Bieito miró hacia la ventana.

—Mi versión lleva cuarenta años siendo la misma.

—Eso no significa que el informe recogiera todo lo que recuerdas.

La frase produjo una pausa mínima.

Uxía la notó, pero no insistió todavía.

—Les advertiste —dijo—. Cuando cuentas aquella mañana, siempre empiezas por ahí.

—No fue una advertencia de verdad.

—Les pediste que esperaran.

—Les dije que el mar estaba demasiado quieto, como una balsa. Casi en broma. Como quien comenta que va a llover y después se olvida de llevar paraguas.

Bieito frotó una mancha de la mesa con el pulgar.

—Xoán se rio. Manuel también. Yo abrí la boca para insistir y no lo hice.

—No podías saber lo que iba a ocurrir.

—Saber, no.

Levantó los ojos.

—Sentirlo, sí.

No había dramatismo en la afirmación. Eso la hizo más difícil de descartar.

—Celso me dijo durante el funeral de Manuel que la culpa no trae a nadie de vuelta —continuó Bieito—. Él llevaba desde 1947 preguntándose qué podría haber hecho de otro modo por Ramón. Dos hombres, dos desapariciones, la misma clase de culpa.

—¿Se le pasó alguna vez?

Una sonrisa breve, sin alegría, apareció en la cara de Bieito.

—Murió sin decírmelo. Supongo que esa es una respuesta.

Uxía abrió la libreta.

—Quiero preguntarte por las condiciones concretas de aquella mañana. No por cómo las interpretaste, sino por lo que viste y sentiste. Después intentaré contrastarlo con los registros.

Bieito inclinó la cabeza, sorprendido por el cambio.

—Elixio preguntó por el viento, la mar y el avance de la niebla. Buscaba las causas normales.

—Yo también. Pero quiero separar lo que recuerdas de lo que el expediente terminó recogiendo.

Anotó la fecha de la conversación.

—¿A qué hora llegó Xoán al muelle?

—Antes de las cuatro y media. Manuel poco después.

—¿Y cuándo salieron?

Bieito pensó.

—No serían todavía las cinco. Faltaba mucho para amanecer.

—¿Había viento?

—Nada.

—¿Nada significa calma o un viento muy flojo?

—Significa que las drizas no golpeaban los mástiles y que el humo de un cigarro habría subido recto. No recuerdo haber visto ni una gaviota planeando. Estaban posadas.

Uxía escribió la descripción, no la conclusión.

—¿Temperatura?

—Frío de noviembre. Pero el agua no estaba tan fría como el aire.

—¿Cómo lo sabes?

—Metí la mano.

Bieito miró sus dedos, como si aún pudiera sentirlo.

—No sé por qué. Tal vez porque todo estaba tan parado que necesitaba comprobar que el mar seguía siendo agua. Me sorprendió

que estuviera templada. No caliente. Más templada de lo que esperaba.

—¿Humedad?

—La ropa se pegaba al cuerpo antes de que bajara la niebla. Las piedras brillaban y no había llovido.

Uxía levantó la vista.

Eran percepciones, no mediciones. Podían estar deformadas por cuatro décadas de repetición. Aun así, coincidían con lo que Puri recordaba de aquella mañana y con algunos rasgos repetidos en las historias antiguas del pueblo.

—¿La marea?

—Muy viva. El agua llegaba casi al último escalón del muelle.

—¿Recuerdas la fase de la luna?

—No. Alguien dijo que las mareas de esos días eran de las más altas del mes. Puede que fuera luna llena o nueva. Eso tendrás que comprobarlo tú.

Uxía agradeció que distinguiera lo recordado de lo supuesto.

—¿Dónde apareció la niebla?

Bieito no respondió inmediatamente.

Miró hacia O Peirao Vello, visible entre dos tejados.

—Alrededor de la isla.

—En la versión que circula por el pueblo se dice que la ría entera desapareció de golpe.

—La ría quedó cubierta enseguida. Pero lo primero fue la isla. El *Santa Bárbara* estaba llegando a ella y algo blanco se cerró alrededor. Después vino hacia nosotros.

—¿Como una nube desplazándose?

—No.

Bieito buscó una comparación.

—Como tinta cayendo en agua, pero al revés. Blanco extendiéndose dentro del gris.

Uxía dejó el bolígrafo un segundo.

—¿Cuánto tardó en llegar al muelle?

—Segundos. Un minuto quizá. El tiempo no se mide bien cuando dejas de ver el suelo a dos pasos.

—¿Y duró tres horas?

—La niebla visible, sí. Si dentro ocurrió algo distinto, no lo sé.

La precisión le llamó la atención.

—¿Por qué lo dices así?

Bieito se encogió de hombros, demasiado tarde.

—Porque tres horas de niebla no explican cuarenta años.

Uxía retomó las notas.

—Celso te preguntó si el barco había alcanzado la isla.

Bieito la miró.

—¿Quién te lo contó?

—Nadie. Estaba revisando lo que ya sabemos: Ramón también desapareció allí y Celso reconoció la forma en que bajó la niebla. Es lógico que le preocupara la posición.

—Sí. Me preguntó si habían llegado. Cuando le dije que sí, contestó que teníamos que esperar.

—¿Esperar a que levantara?

—Supongo.

—¿Nunca te explicó por qué?

—Celso no explicaba muchas cosas.

El silencio se prolongó.

Uxía repasó las tres páginas. No tenía todavía un patrón demostrado. Tenía un testimonio preciso que podía contrastarse: una hora anterior al amanecer, ausencia de viento, humedad extrema, marea alta, agua más templada y la niebla naciendo alrededor de A Illa dos Corvos.

Cerró la libreta.

—Hay algo más.

Bieito no preguntó qué.

—El día que aparecieron, Sabela empezó a hablarme de ti. Se detuvo a mitad de una frase. Ayer me dijo que hay cosas que solo tú puedes contar.

La expresión de Bieito cambió.

No fue sorpresa. Fue clausura.

Las manos se retiraron de la mesa y quedaron escondidas bajo ella.

—Sabela no tenía que decirte eso.

—No me dijo nada concreto.

—Entonces déjalo así.

—¿Tiene relación con la desaparición?

—Todo lo que hice después de aquella mañana tuvo relación con la desaparición.

La respuesta era más amplia de lo que Uxía esperaba.

—¿Fuiste a algún sitio?

Bieito se levantó.

El movimiento fue lento por la edad, pero dejó claro que la conversación había terminado.

—Has venido a preguntarme por el tiempo. Ya tienes lo que recuerdo.

—Bieito.

—Hay cosas que uno cuenta porque pueden servir. Y hay otras que solo consiguen repartir el miedo entre más personas.

Uxía no guardó todavía la libreta.

—Decidir si sirve debería corresponderme también a mí. Era mi padre.

—Precisamente por eso.

La frase no sonó cruel. Sonó protectora, y Uxía sintió la misma irritación que ante todos los silencios construidos para salvarla sin pedirle permiso.

—Eso mismo dijeron Puri y mi madre durante cuarenta años.

Bieito recibió el golpe sin apartar la mirada.

—Y quizá se equivocaron.

—¿Tú no?

La pregunta quedó entre ambos.

Bieito volvió la cabeza hacia la ventana.

—Yo me equivoqué muchas veces después de que Xoán y Manuel desaparecieran del *Santa Bárbara*.

No explicó cuáles.

Uxía comprendió que insistir solo lograría que negara incluso lo que ya había dejado escapar.

Guardó el bolígrafo.

—No voy a obligar a Sabela a traicionar una promesa.

Bieito la miró de nuevo.

La reacción de Bieito confirmó que Uxía había acertado al hablar de una promesa.

—Pero volveré a preguntarte —continuó—. Cuando tenga suficiente información para que callar sea también una decisión con consecuencias.

Bieito abrió la puerta.

—Te pareces a Carme cuando ya has decidido algo.

—Eso no sé si es un elogio.

—No lo era.

Uxía salió a la calle.

Antes de cerrar, Bieito habló a su espalda.

—No vayas sola a la isla.

Uxía se volvió.

—No he dicho que pensara ir.

—No hace falta.

La puerta se cerró.

Uxía permaneció unos segundos frente a la casa, escuchando el mar detrás de los tejados.

Abrió la libreta y añadió al final de la entrevista:

Hipótesis: Bieito parece ocultar un hecho posterior a la desaparición. Sabela conoce el secreto y parece haber prometido guardarlo.

Debajo escribió:

Observación: advertencia espontánea de no ir sola a A Illa dos Corvos.

No era una respuesta.

Era la primera pregunta que Bieito le había entregado sin querer.

CAPÍTULO 12

Corvoeira, 2025

El teléfono llevaba casi una hora sobre la mesa, todavía dentro de la caja, y Xoán lo miraba como si Uxía hubiera dejado delante de él un animal pequeño al que no sabía si debía acercar la mano.

—No necesito eso —dijo por tercera vez.

Uxía se apoyó en el respaldo de la silla.

—No he dicho que lo necesites para vivir. Solo que puede servirte si sales solo, si quieres llamarnos o si ocurre algo.

—¿Si me pierdo?

La pregunta no fue agresiva, pero dejó al descubierto el tono que Uxía había intentado evitar.

—Si te desorientas —respondió.

—Sé dónde están las calles.

—Sabes dónde estaban.

Xoán bajó la vista hacia la caja.

Desde que había vuelto, apenas se había alejado solo de la casa: no había ido más allá del patio trasero ni de la esquina de la Rúa do Cristal. No era porque hubiese olvidado Corvoeira. El problema era precisamente que la recordaba. Cada trayecto le ofrecía dos pueblos superpuestos: el que llevaba dentro y el que encontraba fuera. Una casa derribada. Una tienda convertida en vivienda. Una puerta desplazada varios metros porque el edificio contiguo ya no existía.

Las calles conservaban los nombres y habían cambiado las referencias con las que un hombre aprende a orientarse.

Uxía se sentó frente a él.

—No quiero vigilarte.

Xoán levantó una ceja.

—Has comprado un aparato para localizarme.

—He comprado un teléfono para que puedas decidir cuándo llamarnos. La localización se puede desactivar.

—¿Y está desactivada?

Uxía cogió la caja, abrió la configuración y se la enseñó.

—Ahora sí.

Xoán observó la pantalla como si no entendiera del todo los símbolos pero sí la importancia del gesto.

—Gracias.

Aquella palabra hizo que Uxía advirtiera lo fácil que habría sido repetir con él la misma forma de protección que tanto había reprochado a Puri, a Carme y a Bieito: decidir por otra persona qué podía soportar y llamarlo cuidado.

Sacó el teléfono de la caja. Era un modelo sencillo que había comprado en Vilanova, con una funda resistente y el tamaño de letra ampliado.

—Podemos reducir esto —dijo antes de que Xoán lo señalara—. La dependienta me recomendó ponerlo así al principio.

—La dependienta pensó que era para un viejo.

—Le dije que era para alguien que no había usado nunca una pantalla táctil.

—Eso no mejoró la historia.

Uxía sonrió. Esta vez Xoán también, apenas un instante.

—Para contestar, deslizas aquí. Para llamarme, pulsas mi nombre.

—¿Y dónde está tu número?

—Guardado dentro.

Xoán giró el aparato, inspeccionando la carcasa.

—¿Dentro de qué?

Uxía estuvo a punto de reírse y se contuvo, no por compasión, sino porque comprendió que para él la pregunta era perfectamente lógica. Durante cuarenta años, los números habían estado escritos en papeles, agendas o discos giratorios. Un número «dentro» de una pieza lisa de cristal era una afirmación casi absurda.

—Dentro de la memoria del teléfono. No se ve hasta que abres los contactos.

Le mostró el procedimiento dos veces. A la tercera, Xoán abrió la lista sin ayuda. Solo había cuatro nombres: Uxía, Puri, Breogán y Manuel. Se detuvo en el primero y después en el último.

—¿Manuel ya sabe usarlo?

—Su hermana le está enseñando.

—Entonces no pienso dejar que aprenda antes que yo.

Probó a llamar. El móvil de Uxía vibró sobre la encimera. Xoán miró alternativamente los dos aparatos, sorprendido a pesar de sí mismo.

—Ahora cuelga aquí.

—Eso sí lo entiendo.

En la parte superior de la pantalla aparecían la hora y la fecha.

2025.

Xoán dejó de tocar el teléfono.

Uxía había visto aquel efecto otras veces: un detalle cotidiano se convertía de pronto en una prueba material de los cuarenta años. No eran las explicaciones médicas ni los documentos los que más lo golpeaban, sino los calendarios de pared, la fecha de caducidad de un yogur, una noticia pronunciada por la radio como si todo lo ocurrido entre 1985 y el presente fuera conocimiento compartido.

Pulsó el botón lateral y apagó la pantalla.

—No hace falta que el año aparezca cada vez que quiero saber la hora.

—Puedo quitar la fecha de la pantalla principal.

—Quítala.

Uxía lo hizo sin discutir.

Xoán dejó el teléfono boca abajo, pero no volvió a decir que no lo quería.

Puri entró en la cocina con una caja de zapatos apretada contra el pecho.

—He encontrado esto en el armario de Carme.

La depositó sobre la mesa con el cuidado reservado a las cosas que han dejado de valer dinero y han empezado a valer tiempo.

—Estaba detrás de las mantas. Creo que no la abría desde hacía años.

Levantó la tapa.

Dentro había una cartera de cuero cuarteado, un llavero con una boya amarilla de plástico, dos monedas de veinticinco pesetas, un reloj de pulsera detenido y varios objetos pequeños que parecían no pertenecer a nadie hasta que Xoán empezó a tocarlos.

Cogió primero el llavero.

—Era del *Santa Bárbara*.

La pintura amarilla estaba arañada. Xoán pasó una uña por una muesca lateral.

—Manuel intentó abrir una botella con esto. Le dije que iba a partirlo.

—¿La abrió? —preguntó Uxía.

—Partió la botella.

Por primera vez desde que había vuelto, el recuerdo hizo sonreír a Xoán antes de herirlo.

Dejó el llavero y tomó el reloj. Le dio cuerda con dos dedos. La corona no se movió.

—Se estropeó antes de que desaparecieras —dijo Puri—. Carme decía que lo llevaría a arreglar cuando volvieras porque tú no querías que nadie más lo abriera.

—Yo mismo no sabía arreglar relojes.

—Eso nunca te impidió desmontar cosas.

Xoán miró a Puri y durante un segundo ambos parecieron encontrarse en la misma versión del pasado.

Después abrió la cartera.

En uno de los compartimentos seguía doblado un billete de quinientas pesetas. En otro había un permiso de pesca descolorido y una fotografía de Uxía con tres o cuatro años, sentada en el suelo del patio, con un impermeable rojo y una pinza de plástico del mismo color sujetándole un mechón.

Xoán se quedó inmóvil.

Pasó el pulgar por el borde de la foto, sin tocar la cara de la niña.

—Te la quitabas siempre —murmuró.

—¿El qué?

—La pinza. Tu madre te la ponía y esperabas a que se diera la vuelta para arrancártela. Después decías que la había cogido una gaviota.

Uxía observó la fotografía.

No recordaba la pinza. No recordaba haber inventado ninguna gaviota. Tampoco recordaba a Xoán riéndose, aunque por la forma en que sostenía la imagen supo que aquella escena había ocurrido tantas veces que había quedado grabada en él.

—Yo no me acuerdo —dijo.

Xoán levantó la vista.

Durante un instante pareció más desconcertado por esa ausencia que por el teléfono, por las calles nuevas o por el año que Uxía acababa de borrar de la pantalla.

—Yo sí.

No había reproche en su voz. Eso lo hizo peor.

Uxía se sentó frente a él.

—Tenía cuatro años.

—Ya lo sé.

—Casi no tengo recuerdos tuyos. Algunos ni siquiera sé si son míos o si los fabriqué con cosas que me contaron.

Xoán volvió a mirar la foto.

—Y yo te recuerdo demasiado pequeña.

La frase resumía la injusticia con una precisión que ninguno de los dos habría podido mejorar. Xoán conservaba una hija a la que debía agacharse para abrocharle el chubasquero. Uxía tenía delante a un padre más joven que algunos de sus compañeros de trabajo y ningún recuerdo adulto con el que acercarse a él.

Carme apareció en la puerta de la cocina en camisón, con el pelo blanco aplastado de un lado.

Miró a Xoán y después la fotografía entre sus manos.

—Ponlle o chuvasqueiro á nena, que vai frío —dijo con naturalidad—. E non lle perdas outra vez a pinza.[1]

Xoán cerró los ojos.

Uxía no supo si su madre había reconocido la fotografía desde el otro lado de la mesa, si recordaba la misma tarde o si la enfermedad había construido una escena parecida con piezas sueltas. No preguntó. Convertir aquel instante en una prueba habría sido arrancárselo a Carme.

Se levantó, le colocó la bata sobre los hombros y la acompañó hasta la sala.

—La niña está bien, mamá.

—Xa o sei. Está co seu pai.[2]

Carme se dejó sentar junto a la ventana.

Cuando Uxía regresó a la cocina, Xoán había guardado la fotografía en la cartera.

—¿Puedo quedármela?

—Claro.

—Carme la guardó cuarenta años.

—Para ti.

Xoán tardó en asentir, como si la palabra *ti* hubiera dejado de señalar un lugar estable.

El teléfono nuevo vibró sobre la mesa.

Xoán dio un respingo y luego se enfadó consigo mismo por haberlo hecho.

En la pantalla aparecía el nombre de Breogán.

—Contesta tú —dijo.

Uxía deslizó el dedo.

—He localizado el expediente que instruyó mi abuelo —anunció el sargento—. Al menos la parte que quedó archivada. El caso se ha reactivado formalmente después de la identificación de Xoán y Manuel. Puedo enseñarte la documentación que afecta a tu padre, pero tendrás que verla aquí.

—Voy ahora.

El puesto de la Guardia Civil ocupaba la planta baja de un edificio gris a la salida de Corvoeira, demasiado grande para los dos agentes que trabajaban allí y demasiado pequeño para los cuatro pueblos que dependían de ellos.

Uxía llegó media hora después con la libreta en el bolso.

Breogán la esperaba en un despacho lateral. Sobre la mesa había una carpeta verdosa y varias fundas transparentes. No era el expediente original completo, explicó, sino el legajo transferido desde Vilanova, al que se habían incorporado la reaparición, las identificaciones y las nuevas declaraciones.

—Puedo permitirte consultar lo relativo a Xoán como familiar directa e interesada en el procedimiento —dijo—. Pero no sacar documentación, fotografiar datos de terceros ni difundir nada.

—No he venido a publicar el expediente.

—Eres periodista.

—Y también su hija.

Breogán sostuvo su mirada.

—Precisamente por eso quiero que los límites estén claros antes de abrirlo.

Uxía dejó el móvil apagado dentro del bolso y puso las manos sobre la mesa, vacías.

—Solo tomaré notas de hechos que afecten a mi padre. Si hay algo que no pueda copiar, me lo dices.

Breogán acercó una silla.

La portada decía:

DESAPARICIÓN DE DOS PERSONAS. EMBARCACIÓN SANTA BÁRBARA. NOVIEMBRE DE 1985.

Debajo, escrito a mano:

Instructor: sargento Elixio Cortizo.

El apellido Cortizo le resultó extraño aplicado a otra generación. Breogán tenía la misma forma de apretar los labios que el hombre de una fotografía grapada al informe: un guardia civil de poco más de treinta años, con el uniforme oscuro y una expresión cansada frente al *Santa Bárbara* recuperado.

El expediente contenía menos de lo que Uxía había imaginado y más de lo que esperaba encontrar. Había declaraciones de Bieito, Celso y otros vecinos; una relación de embarcaciones que participaron en la búsqueda; croquis de corrientes y bajos alrededor de A Illa dos Corvos; fotografías en blanco y negro del barco vacío; facturas de combustible; avisos enviados a puertos cercanos y un parte meteorológico sujeto con una grapa oxidada.

Uxía comenzó por las declaraciones.

La de Bieito coincidía, en lo esencial, con lo que acababa de contarle: calma absoluta, humedad, niebla súbita, el *Santa Bárbara* visible hasta las proximidades del islote. Celso hablaba de «aire parado» y de una brétema que se cerró con una rapidez que no había visto

desde 1947. Otros dos testigos situados cerca del muelle confirmaban la pérdida total de visibilidad.

Uxía anotó también las diferencias. Uno recordaba que la niebla duró dos horas y media; otro, casi cuatro. Bieito habló de una taza tumbada en cubierta. Celso no la mencionó. Las pequeñas contradicciones le dieron confianza: aquello no parecía un relato ensayado durante décadas, sino recuerdos humanos de una misma mañana.

Llegó al parte meteorológico.

Leyó la primera línea dos veces.

—Esto no encaja.

Breogán se apoyó en el borde del escritorio.

—Mi abuelo escribió lo mismo.

El documento procedía del puesto de señales de Punta do Corvo. A las cinco de la mañana, dentro de la franja horaria en la que Xoán y Manuel habían desaparecido, el observador había anotado:

Viento de componente este. Fuerza 3. Visibilidad cuatro millas. Sin niebla en la bocana.

Uxía volvió a las declaraciones.

Bieito: ausencia total de viento.

Celso: niebla cerrada.

Otros dos testigos: visibilidad reducida a pocos pasos.

—Cuatro personas desde el muelle dicen que no veían la ría —dijo—. Y el puesto de señales, situado sobre la bocana, registra viento y cuatro millas de visibilidad.

Breogán señaló el margen inferior. Allí, con la letra pequeña y apretada que aparecía en todo el expediente, Elixio había anotado:

No coincide con lo observado desde O Peirao Vello. Comprobar hora y aparato.

Debajo se distinguían tres líneas a lápiz, casi borradas:

Reloj revisado: correcto.

Anemómetro revisado: correcto.

Observador mantiene declaración.

Uxía notó cómo su impulso inicial buscaba una explicación que mantuviera todas las piezas en el mismo dibujo.

—El puesto está más alto —dijo—. Podría tratarse de una capa de niebla muy baja. Desde arriba quizá vieran por encima.

—Es posible —respondió Breogán—. Pero Freixas escribió «sin niebla en la bocana», no solo buena visibilidad en el puesto. Y el viento de componente este debería haber movido una masa baja, no mantenerla durante tres horas sobre aquella parte de la ría.

—¿Eres meteorólogo?

—No. Por eso digo que debería haberla movido, no que esté demostrado.

La corrección le gustó a Uxía.

—¿Quién era Freixas?

—Cabo responsable del puesto de señales. Murió hace años. Mi abuelo habló con él dos veces y mantuvo la misma versión.

—¿Podía haberse equivocado con la hora?

Breogán tocó la nota del margen.

—El reloj fue revisado. Podía haberse equivocado él, claro. Lo extraño es que mi abuelo no encontrara ninguna razón concreta para sostener que se había equivocado.

Uxía anotó el nombre, la hora y las comprobaciones. No escribió que la brétema hubiera creado dos tiempos meteorológicos distintos. Aquel pensamiento aún no era un hecho; apenas una forma inquietante de nombrar una contradicción.

Pasó la hoja y encontró el índice.

Había diecinueve documentos numerados. En la carpeta solo aparecían dieciocho.

Repasó la relación desde el principio.

El número catorce decía:

Ampliación de declaración de Bieito Barreiro Souto. 17 de noviembre de 1985.

Después del documento trece venía directamente el quince.

—Falta una declaración.

—Sí.

Breogán abrió una funda vacía que aún conservaba una etiqueta con el número catorce.

—¿Desde cuándo?

—No hay constancia. El expediente llegó incompleto cuando centralizaron parte del archivo en Vilanova y volvió así al reabrirse. Puede haberse extraviado durante un traslado, haberse separado por error o no haberse incorporado nunca a esta copia.

—¿Tu abuelo guardaba documentación en casa?

—Copias de algunas notas de trabajo. Mi abuela vació casi todo después de su muerte. Lo que conservó está en cajas de mi madre, pero nadie las ha revisado de forma sistemática.

Uxía recordó la reacción de Bieito cuando mencionó a Sabela. Recordó también su advertencia: *No vayas sola a la isla*.

La fecha del documento —17 de noviembre— le produjo una punzada de atención. Seis días después de la desaparición.

—¿Sabes por qué volvió a declarar?

—No.

—¿Lo pidió él o lo llamó Elixio?

—El índice no lo dice.

—¿Bieito te ha hablado alguna vez de esa ampliación?

Breogán negó.

—Y que falte no significa que contuviera el secreto que tú crees que oculta. Podía corregir una hora, identificar un objeto del barco o ampliar cualquier detalle de la búsqueda.

Uxía lo miró.

—No te he dicho que crea eso.

—Lo has pensado en cuanto has visto su nombre.

Tenía razón.

Uxía escribió en la libreta:

Documento 14 ausente. Ampliación de Bieito, 17-11-1985. Contenido desconocido. No vincular todavía con su secreto.

La última frase era una advertencia dirigida a sí misma.

Cerró la carpeta con cuidado.

Hasta entonces, los hallazgos habían ido estrechando el camino: la identidad confirmada, la fotografía de Ramón, los fragmentos de Xoán. El expediente hacía lo contrario. Abría dos direcciones que no podían recorrerse a la vez: una niebla vista desde el muelle y ausente desde el puesto de señales; un documento que existió y ya no estaba, sin que su desaparición demostrara nada.

Aquello no era seguir un patrón.

Era aprender a convivir con datos que se negaban entre sí.

Al salir del puesto, sacó el teléfono del bolso.

Tenía una llamada perdida del número nuevo de Xoán.

Lo llamó de inmediato.

Él respondió después de varios segundos.

—¿Uxía?

—Sí. ¿Ha pasado algo?

—No. —Hubo una pausa y el roce torpe de un dedo contra el micrófono—. Quería comprobar que sabía llamarte sin tenerte delante.

Uxía se detuvo junto a la carretera.

A lo lejos, Corvoeira descendía hacia la ría. Las casas parecían apretarse unas contra otras, y más allá de las dos puntas se distinguía la línea oscura de A Illa dos Corvos.

—Lo has hecho bien.

—He llamado antes, pero creo que colgué al empezar.

—Eso también cuenta como práctica.

Xoán guardó silencio.

—Tu madre pregunta por la niña —dijo finalmente.

Uxía cerró los ojos.

—¿Qué niña?

—Tú.

La respuesta llegó con una ternura cansada.

—Dice que ya es tarde y que tienes que volver a casa.

Uxía miró el camino que llevaba hacia Casa Freire.

—Dile que voy.

—Se lo diré.

Esta vez Xoán consiguió colgar sin ayuda.

---

1. Ponle el chubasquero a la niña, que hace frío. Y no le pierdas otra vez la pinza.

2. Ya lo sé. Está con su padre.

CAPÍTULO 13

Corvoeira, 1985

El sargento Elixio Cortizo llevaba seis noches durmiendo mal.

La séptima comenzó a anunciarse aquella mañana, cuando volvió a desplegar sobre la mesa el parte del puesto de señales de Punta do Corvo.

Había aprendido a desconfiar de los testimonios demasiado idénticos. La memoria se contagiaba. Un hombre decía *niebla cerrada* y, al día siguiente, todo el pueblo recordaba haber usado las mismas palabras. Pero las declaraciones de Corvoeira tampoco encajaban en una versión cómoda. Variaban en minutos, objetos y distancias. Uno de los testigos juraba que la brétema había durado dos horas y media; otro, casi cuatro. Bieito recordaba una taza caída en la cubierta del *Santa Bárbara*. Celso no la había visto.

En lo esencial, sin embargo, los cuatro decían lo mismo: no corría aire y la niebla había borrado la ría.

El documento de Freixas decía lo contrario.

—Léamelo otra vez —pidió Elixio.

El cabo Evaristo Freixas estaba a cargo del puesto de señales desde hacía veintitrés años. Tenía el cabello gris cortado al ras, un bigote que parecía trazado con regla y la irritación de quien lleva una semana defendiendo un trabajo que nadie había cuestionado en toda su vida.

No necesitó mirar la hoja.

—Cinco de la mañana. Viento de componente este, fuerza tres. Visibilidad cuatro millas. Sin niebla en la bocana.

—¿La hora la tomó del reloj del puesto?

—Como todos los días.

—¿Y estaba despierto?

Freixas apoyó las manos en la mesa.

—Llevo cuarenta años sin dormirme durante una guardia, sargento. No iba a empezar precisamente la madrugada en que desaparecieron dos hombres.

—No he dicho que se durmiera.

—Lo pregunta por tercera vez.

Elixio dejó el bolígrafo.

No tenía nada personal contra aquel hombre. Al contrario: cuanto más seguro parecía Freixas, más necesitaba encontrar una falla concreta. Un reloj adelantado. Una medición copiada de la hora anterior. Un anemómetro bloqueado. Cualquier error ordinario habría permitido devolver el caso al mundo para el que había sido entrenado.

—Bieito Barreiro estaba en O Peirao Vello —dijo—. Afirma que no se movía una driza y que la niebla no le dejaba ver el final del muelle. Celso Rey describe lo mismo. Otros dos vecinos confirman que la visibilidad desapareció en segundos.

Golpeó el parte con la yema del índice.

—Usted, desde Punta do Corvo, con la bocana entera delante, registra viento y cuatro millas.

—Yo registro lo que veo.

—¿Vio A Illa dos Corvos?

Freixas vaciló por primera vez.

No duró más que un segundo, pero Elixio lo anotó mentalmente.

—Vi su perfil.

—¿Completo?

—La parte alta de la roca.

—Eso no es lo mismo.

—Una niebla de superficie puede entrar por la ría sin alcanzar el puesto.

—En su parte pone «sin niebla en la bocana».

—Porque desde mi altura la visibilidad era buena.

Elixio acercó la hoja.

—Entonces escribió una conclusión sobre toda la bocana basándose en lo que veía desde arriba.

Freixas endureció la mandíbula.

—Es lo que hacemos en un puesto de señales. Informamos de la visibilidad que tienen los barcos al entrar.

—Los barcos navegan sobre el agua, no a la altura de su ventana.

El cabo se puso en pie.

—Si ha venido para convertir una medición normal en una mentira, dígalo de una vez.

—He venido porque dos hombres han desaparecido y tengo dos descripciones incompatibles del mismo lugar a la misma hora.

Freixas lo miró durante un largo momento.

Después volvió a sentarse.

—Yo no digo que Bieito mienta.

—¿Qué dice entonces?

—Que desde aquí arriba no vi lo que él dice que tenía delante.

La frase no resolvía nada. Precisamente por eso Elixio la creyó.

Subió esa misma tarde al puesto de Punta do Corvo.

El camino terminaba en una construcción baja de piedra, encajada sobre la punta norte de la ría. Desde allí se dominaba la bocana, el mar abierto y A Illa dos Corvos, situada casi en el centro, como una pieza mal colocada en la entrada del pueblo.

El viento del este golpeaba las ventanas aquel día. No era fuerte, pero bastaba para mover los matorrales y empujar hacia mar abierto el humo de las chimeneas. Freixas le enseñó el anemómetro, el reloj principal y el cuaderno donde registraba cada hora. No había tachaduras en la anotación de las cinco ni señales de que hubiese sido escrita después.

Elixio comparó el reloj con el suyo.

La diferencia no llegaba a veinte segundos.

Hizo revisar el anemómetro por un técnico del puerto. Funcionaba.

Comprobó la orientación de la ventana. Desde ella se veía la parte superior del islote y buena parte del canal de entrada. Después bajó la vista hacia el agua.

Una niebla muy baja podía ocultar una embarcación sin cubrir la altura del puesto. Aquella era la explicación más simple. La repitió en su cabeza hasta que casi consiguió creerla.

Pero no explicaba la ausencia total de viento en el muelle.

Ni que la brétema hubiera permanecido allí durante tres horas mientras el puesto registraba viento de componente este.

Ni que Bieito afirmara que la niebla alcanzó las primeras casas.

Elixio descendió desde Punta do Corvo y recorrió el camino hasta O Peirao Vello. Quiso medir con el cuerpo la distancia que los documentos reducían a líneas. Desde el muelle, el puesto apenas se distinguía sobre la roca. Desde el puesto, las personas del muelle habrían sido manchas.

Dos lugares dentro de la misma ría podían tener percepciones distintas.

Lo que no podían tener, se dijo, eran dos tiempos atmosféricos completos.

Encontró a Bieito sentado sobre una caja, mirando el amarre vacío del *Santa Bárbara*. Llevaba seis días acudiendo al puerto antes del amanecer, como si la repetición de la hora pudiera obligar al barco a regresar de otra manera.

—¿Ha recordado algo más? —preguntó Elixio.

Bieito negó.

—Todo o que lembro xa o escribiu.[1]

—El puesto de señales no registró niebla.

Bieito levantó la cabeza.

—Entón o posto de sinais mente.[2]

—El aparato funciona y el observador mantiene su versión.

—Pois minto eu.[3]

No había desafío en la respuesta. Había cansancio.

—No he dicho eso.

Bieito miró el agua.

—Pero alguén ten que estar equivocado.[4]

Elixio siguió la dirección de sus ojos hasta A Illa dos Corvos.

—Eso pensaba.

La frase hizo que Bieito se volviera hacia él, pero Elixio no añadió nada. Todavía no estaba dispuesto a pronunciar la posibilidad que empezaba a formarse: que ningún testigo estuviera equivocado y que el error perteneciera a la realidad que intentaban medir.

Aquella tarde volvió al puesto de Vilanova con barro en las botas y el expediente extendido por toda la mesa.

Revisó las horas de las llamadas. El primer aviso desde Corvoeira se recibió a las cinco y diecisiete. El puesto de señales transmitió su parte de las cinco a las cinco y cinco. No había margen suficiente para situar las dos observaciones en franjas horarias distintas.

Leyó las declaraciones en voz alta, buscando una palabra que revelara una exageración compartida.

No la encontró.

En el margen del parte escribió:

No coincide con lo observado desde O Peirao Vello. Comprobar hora y aparato.

Utilizaba aquella letra pequeña para todo lo que no estaba seguro de querer elevar a una conclusión oficial.

Había comprobado ambos instrumentos aquella misma tarde y Freixas no había cambiado una palabra. Elixio añadió, a lápiz:

Reloj revisado: correcto.

Anemómetro revisado: correcto.

Observador mantiene declaración.

Se quedó mirando las tres líneas.

Podía redactar que existían discrepancias testimoniales. Podía atribuirlas al estrés, a la posición de los observadores o a una capa localizada de niebla. Todo aquello era razonable y quizá incluso cierto.

Pero ninguna fórmula administrativa contenía lo que había sentido al situarse primero en Punta do Corvo y luego en O Peirao Vello: que ambos lugares parecían contar una mañana distinta.

Abrió el croquis de la ría.

Marcó con un círculo el puesto de señales. Con otro, el muelle. En el centro dibujó A Illa dos Corvos. Trazó líneas de visión desde ambos puntos y escribió al lado del islote una sola palabra:

¿Límite?

La tachó de inmediato.

No podía incorporar una pregunta así a un informe sobre dos desaparecidos. Un límite de qué. Entre qué cosas. No tenía respuesta ni lenguaje profesional para formularla.

Antes de cerrar el expediente, incorporó la ampliación de declaración de Bieito, tomada poco después de las cuatro, cuando lo citó en Vilanova para precisar la posición del barco, el avance de la brétema y otros detalles de su primer testimonio. El documento, fechado el 17 de noviembre, recibió el número catorce. Elixio lo firmó y lo incorporó al legajo.

En aquella ampliación no constaba ninguna aparición, ninguna forma dentro de la niebla ni ninguna visita nocturna a la isla. Elixio todavía no sabía que Bieito regresaría solo a A Illa dos Corvos la madrugada siguiente. Tampoco sabría nunca con certeza qué ocurrió con aquella hoja durante los traslados posteriores del archivo.

Cerró el expediente pasada la medianoche.

Durmió dos horas.

Volvió a Corvoeira al cabo de tres semanas. Luego, una vez al mes, cada visita traía menos preguntas nuevas y más comprobaciones repetidas. Consultó corrientes, interrogó a pescadores de otros puertos, pidió avisos sobre cuerpos o restos aparecidos a decenas de kilómetros.

No encontró a Xoán ni a Manuel.

Tampoco encontró una causa capaz de explicar cómo un barco podía quedar vacío sin daños, cómo cuatro personas podían perder de vista la ría mientras un observador situado en la misma bocana registraba condiciones normales o por qué la anomalía parecía concentrarse siempre alrededor de un islote que los mapas describían como una roca sin interés.

Con los años, Elixio aprendería a hablar del caso mediante frases correctas: desaparición sin indicios de criminalidad, búsqueda infructuosa, presunto accidente marítimo, cuerpos no recuperados.

Nunca escribió oficialmente lo que pensaba.

Que quizá Freixas tenía razón.

Que Bieito también.

Que la niebla no había engañado a ninguno de los dos.

Tal vez, durante unas horas, A Illa dos Corvos no había ocupado para todos el mismo lugar dentro del mundo.

---

1. Todo lo que recuerdo ya lo escribió.

2. Entonces el puesto de señales miente.

3. Pues miento yo.

4. Pero alguien tiene que estar equivocado.

CAPÍTULO 14

Corvoeira, 2025

El bar de Sabela estaba vacío a aquella hora de la tarde.

El servicio de comidas había terminado y todavía faltaba para que entraran los primeros pescadores de regreso de la lonja. Las sillas permanecían recogidas bajo las mesas, la cafetera apagada y una televisión sin sonido mostraba imágenes de una carretera inundada en algún lugar que parecía muy lejos de Corvoeira.

Uxía se sentó en la barra.

Sabela la observó desde el otro lado mientras secaba un vaso que ya estaba seco.

—Vienes por mi padre.

No era una pregunta.

Uxía dejó la libreta cerrada sobre la madera. Había dudado antes de llevarla. Al final decidió que ocultarla habría resultado más teatral que ponerla a la vista y no tocarla.

—He consultado el expediente del ochenta y cinco.

Sabela dejó el vaso junto a los demás.

—Breogán me dijo que lo habían encontrado.

—Casi todo. Falta un documento.

El rostro de Sabela se inmovilizó.

Fue apenas una pausa, un segundo demasiado largo antes de apartar la vista, pero Uxía la reconoció. La había visto en políticos, testigos y familiares que se debatían entre proteger una verdad y protegerse de ella.

—Una ampliación de la declaración de Bieito —continuó—. Está fechada el diecisiete de noviembre. Seis días después de la desaparición.

Sabela cogió otro vaso.

—En cuarenta años se habrán perdido muchos papeles.

—Sí.

Uxía no abrió la libreta.

—También puede que no tenga ninguna importancia.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque tu padre me pidió que no fuera sola a la isla. Y porque tú llevas varios días empezando frases sobre él que no terminas.

El trapo dejó de moverse.

Fuera, una furgoneta pasó lentamente por la calle. El ruido del motor cruzó el bar y desapareció hacia el puerto.

Sabela apoyó ambas manos en la barra.

—Prometí no contarlo.

Uxía sintió que la conversación acababa de cambiar.

—No te estoy pidiendo que rompas una promesa.

—Sí, Uxía. Eso es exactamente lo que estás haciendo, aunque tengas la delicadeza de no decirlo.

No había reproche en su voz. Había cansancio.

Uxía bajó la mirada hacia la libreta.

—Tienes razón.

La respuesta pareció sorprender a Sabela.

—Puedo marcharme —añadió—. Pero antes necesito que sepas algo: Xoán quiere volver a la isla. Ramón podría seguir allí. Bieito me ha advertido que no vaya sola y se niega a explicar por qué. Si existe un peligro que yo desconozco, callarlo también puede tener consecuencias.

Sabela cerró los ojos.

Durante un instante pareció escuchar algo que llevaba cuarenta años dentro de ella.

—No fue el día de la desaparición —dijo al fin—. Fue después.

Uxía permaneció quieta.

—¿Qué ocurrió?

Sabela se sirvió un vaso de agua. Lo dejó delante sin beber.

—Mi padre volvió a A Illa dos Corvos.

Las palabras no fueron pronunciadas en susurro, pero el bar pareció quedarse más silencioso.

—¿Cuándo?

—La madrugada del dieciocho de noviembre. Casi siete días después de que desaparecieran Xoán y Manuel.

El momento quedaba muy próximo a la ampliación ausente, aunque Uxía se obligó a no convertir esa proximidad en una explicación.

—¿Fue después de declarar ante Elixio?

—No lo sé. Yo tenía nueve años.

Sabela rodeó el vaso con los dedos.

—Recuerdo que me desperté y vi luz en la cocina. Pensé que mi padre estaba allí fumando, porque llevaba varios días sin conseguir dormir más de una hora seguida. Bajé y encontré la puerta de atrás abierta. Su chaqueta no estaba. Tampoco las botas.

—¿Y tu madre?

—Dormía. Nunca se enteró.

La última frase contenía algo más que aquella noche.

—¿Saliste a buscarlo?

Sabela asintió.

—No llegué al muelle. Bajé hasta la esquina de la Rúa do Cristal y me entró miedo. Todo estaba oscuro y yo iba en camisón, con un jersey por encima y unas zapatillas que se empaparon enseguida. Me quedé escondida detrás del muro de los Souto, esperando ver si volvía.

Tomó aire.

—Apareció por la calle del puerto. Venía empapado, aunque no llovía. Caminaba como si no notara el suelo y miraba hacia atrás cada pocos pasos. Nunca había visto a mi padre asustado. Enfadado, sí. Preocupado. Incluso llorando a escondidas durante aquellos días. Pero no asustado de aquella manera.

—¿Te vio?

—Cuando llegó a mi altura.

Sabela miró un punto por encima del hombro de Uxía, como si la niña de nueve años continuara detrás del muro.

—Me agarró tan fuerte que me hizo daño. Me preguntó qué hacía allí y después me pidió que no dijera nada a mi madre. Yo le pregunté dónde había estado. No contestó. Me llevó a casa, puso mis zapatillas junto a la cocina para que se secaran y fingimos que ninguno había salido.

—¿Cuándo te contó la verdad?

—No aquella noche. Ni aquel año.

Sabela bebió por fin un sorbo de agua.

—Yo seguí preguntando. Al principio me decía que había ido a revisar una barca. Después, que necesitaba estar solo. Cuando cumplí catorce o quince años le dije que recordaba cómo temblaba y que no iba a dejar de preguntarle. Entonces me contó una parte.

—¿Qué parte?

—Que había llegado a la isla y que volvió a bajar la niebla.

Uxía sintió que se le tensaban los hombros.

—¿Una niebla como la del día de la desaparición?

—Decía que no. Más débil. Más corta. El mar no estaba completamente quieto y hacía un frío normal para noviembre. La brétema apareció sin aviso alrededor de la cara norte de la roca más alta. Durante unos minutos no vio la barca, aunque la tenía a pocos pasos.

Sabela bajó la voz.

—Y vio algo moverse.

La televisión continuaba mostrando imágenes mudas. Una mujer con paraguas cruzaba una carretera cubierta de agua sin saber que, en el bar, alguien acababa de pronunciar una frase guardada durante cuatro décadas.

—¿Qué vio?

—Una forma.

—¿Humana?

—Eso decía. Algo del tamaño de una persona, moviéndose entre la niebla y la roca. No vio una cara. No supo si llevaba ropa ni si estaba de pie o avanzaba con dificultad. Solo juraba que no se movía como un pájaro, una ola o una sombra.

—¿Podía ser Xoán?

—Le pregunté mil veces.

—¿Y Manuel?

—También.

Sabela apretó los labios.

—Siempre contestó lo mismo: podía haber sido cualquiera de ellos. Podía haber sido Ramón. Podía no haber sido nadie.

Uxía pensó en la fotografía de 1946 dentro de la cartera de Xoán.

—¿Por qué se marchó?

—Porque tuvo miedo.

La respuesta salió con una sencillez brutal.

—Arrancó el motor y salió de allí sin esperar a que la niebla desapareciera por completo. Cuando volvió al pueblo no sabía decir si había estado envuelto dos minutos o media hora. Solo sabía que el reloj de la cocina había avanzado mucho más de lo que él podía explicar.

—¿Quedó desorientado? ¿Perdió recuerdos?

—No. Llegó a casa, se cambió la ropa y al amanecer volvió al muelle como todos los días. Nadie notó nada.

Sabela negó despacio.

—La vida siguió. Esa fue quizá la parte que más miedo me dio cuando me lo contó: que algo así pudiera ocurrir y, unas horas después, hubiera que abrir el bar, llevar a una niña al colegio y comprar pan.

Uxía abrió la libreta.

No lo hizo con rapidez ni con el gesto automático de una entrevista. La colocó entre ambas.

—¿Te importa?

Sabela miró las páginas.

—No pongas mi nombre todavía.

—No lo haré.

Uxía escribió:

18 de noviembre de 1985. Bieito vuelve solo a A Illa dos Corvos.

Niebla breve y localizada en la cara norte de la roca más alta. Condiciones previas aparentemente normales.

Ve una forma de aspecto humano. No identificada.

Sale por sus propios medios. No queda atrapado. No consta un salto temporal comprobable.

Se detuvo antes de añadir nada más.

—¿Crees que la ampliación de declaración tiene relación con aquella noche?

—No lo sé.

—Las fechas están muy próximas.

—Sí, pero mi padre siempre aseguró que no se lo contó a Elixio. Ni a mi madre. A nadie salvo a mí.

Sabela giró el vaso sobre la barra.

—Puede que declarara antes de ir. Puede que la ampliación tratara de otra cosa. Puede que mintiera también sobre eso. Ya no sé qué parte de su silencio protegía lo que vio y qué parte lo protegía a él.

Uxía escribió:

No vincular el documento 14 con la visita sin confirmación.

Cerró la libreta.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Sabela se quedó mirando la calle.

—Porque Xoán ha vuelto. Porque Manuel ha vuelto. Porque tú vas a seguir preguntando hasta llegar a la isla con o sin respuestas. Y porque mi padre tiene ochenta años y todavía mira aquella noche como si pudiera cambiarla si se castiga lo suficiente.

—Le prometiste guardar el secreto.

—Sí.

—¿Y estás segura de querer romper la promesa?

Sabela levantó la vista.

—No. Pero algunas promesas se hacen para proteger a alguien de un miedo que ya ha cambiado de forma. En 1985, contarlo solo habría servido para que llamaran loco a mi padre. Hoy puede impedir que tú repitas lo que hizo sin saber a qué te acercas.

Uxía asintió.

—No le diré que has sido tú.

—Lo sabrá.

Sabela sonrió sin humor.

—Mi madre murió sin enterarse. Solo quedamos él y yo. Si tú conoces la historia, no necesitará hacer muchas cuentas.

La culpa apareció entonces en su rostro, no por haber hablado, sino por el daño que sabía que la verdad causaría cuando regresara a su dueño.

Uxía alargó una mano sobre la barra.

—No usaré lo que me has contado para acorralarlo.

—¿Entonces qué harás?

—Preguntarle si está dispuesto a dejar de cargar con eso él solo.

Sabela miró la mano y, después de unos segundos, puso la suya encima.

—No le pidas que identifique la forma. No puede.

—No lo haré.

—Y no conviertas su miedo en una pista limpia. Salió huyendo. Lleva cuarenta años avergonzándose de eso.

Uxía apretó ligeramente sus dedos.

—Tener miedo no demuestra que hiciera algo malo.

—Díselo a él.

Antes de marcharse, Uxía abrió la libreta una última vez y escribió una pregunta:

Si no fue una apertura completa, ¿qué fue?

La tachó.

Todavía no tenía derecho a darle un nombre.

CAPÍTULO 15

Corvoeira, 2025

Bieito abrió la puerta con menos sorpresa de la que Uxía esperaba.

—Otra vez tú.

—Otra vez yo.

Uxía no llevaba la libreta en la mano. La había guardado en el bolso antes de bajar del coche, no para fingir que aquella conversación carecía de consecuencias, sino para dejar claro que no pensaba empezar escribiendo.

—¿Puedo pasar?

Bieito se apartó.

Se sentaron en la misma cocina. El cenicero estaba vacío, pero olía a tabaco reciente. Sobre la mesa había una taza con café frío y el auricular del teléfono fijo descolgado junto al aparato.

—Breogán me llamó —dijo Bieito—. Quería saber si recordaba por qué amplié la declaración el diecisiete de noviembre.

Uxía miró el auricular.

—¿Y lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Elixio me pidió que precisara desde dónde vi cómo la niebla ocultaba el barco y cuánto tardó en llegar al muelle. Declaré por la tarde.

La respuesta resolvía una parte importante.

—¿Antes de que fueras a la isla?

Bieito no se movió.

El silencio tuvo la duración exacta de una confesión.

—No sé quién te lo ha contado —dijo al fin—. Y prefiero no saberlo.

Uxía sostuvo su mirada.

—No voy a darte un nombre.

—No hace falta que lo hagas.

Bieito se pasó una mano por la cara. El gesto hundió las mejillas y lo envejeció de golpe.

—Mi mujer murió sin saberlo.

—Lo siento.

—No lo sientas por ella. —Miró hacia la ventana—. Quizá fue la única persona a la que conseguí proteger de verdad con este silencio.

Uxía pensó en Sabela, con nueve años, esperando en camisón detrás de un muro.

—¿Quieres que me marche?

Bieito tardó en contestar.

—No.

Se acomodó en la silla y escondió las manos bajo la mesa, como si temiera que el temblor pudiera decir antes que él lo que había ocurrido.

—Si ya sabes que fui, quiero contarlo con mis palabras.

Uxía dejó el bolso en el suelo.

—Te escucho.

Bieito miró durante unos segundos el café frío.

—Fui porque no podía dormir. Llevaba casi siete días viendo la cara de Carme cada vez que me cruzaba con ella. Y la de Amparo. Una esperaba que Xoán volviera; la otra necesitaba que alguien le dijera que Manuel no podía volver. Yo no tenía nada para ninguna.

Tragó saliva.

—Me repetí que iba a buscar una prueba. Un cabo enganchado, una prenda, cualquier resto que hubiera quedado en las rocas. Algo que demostrara que se habían caído al agua y que nos permitiera dejar de hablar de nieblas como viejas asustadas.

—¿Por qué fuiste de noche?

—Porque de día alguien habría intentado acompañarme o impedirlo. Y porque me daba vergüenza reconocer lo que estaba haciendo.

—¿Buscar a tus amigos?

—Buscar fantasmas.

La palabra quedó suspendida.

Bieito continuó:

—Salí poco después de las dos y media. El mar estaba normal. Había una brisa del norte y las luces del pueblo se movían sobre el agua. Nada se parecía a la mañana de la desaparición.

—¿En qué barca?

—En una pequeña que utilizaba para acercarme a las nasas. No era la que tengo ahora.

No dijo su nombre. Uxía no lo necesitaba.

—Llegué a la cara norte del islote. Allí hay una roca más alta que las demás, partida por una grieta. Si algún resto del *Santa Bárbara* había golpeado la isla, pensé que la corriente podría haberlo dejado en aquella zona.

Bieito miraba ya otro lugar.

—Amarré como pude y subí con una linterna. La marea estaba bajando. Encontré algas, dos trozos de cabo que no eran nuestros y una botella rota. Nada más.

—¿Cuánto tiempo llevabas allí cuando apareció la niebla?

—Poco. Diez minutos. Quizá quince.

—¿Cambió el mar antes?

—No.

—¿Dejó de soplar el viento?

—No al principio.

Bieito frotó los dedos contra la tela del pantalón.

—La brisa seguía moviendo mi chaqueta cuando vi el primer hilo blanco pasar por la grieta. Pensé que era espuma. Después dejó de verse la barca.

Uxía no interrumpió.

—La niebla no cayó sobre toda la ría. Se quedó alrededor de la roca. Podía ver una luz del pueblo por encima, muy débil, pero no mis propias botas. El aire se volvió más frío y el sonido cambió.

—¿De qué manera?

—El motor de una embarcación se oía a lo lejos. Dejó de oírse sin apagarse. Como si alguien hubiera cerrado una puerta entre el ruido y yo.

Era la misma forma de amortiguar los sonidos que Bieito había descrito durante la desaparición, pero limitada a un espacio menor.

—Pensé en volver a la barca. Di dos pasos hacia donde debía estar el cabo y entonces lo vi.

Bieito dejó de hablar.

Uxía esperó.

—Estaba junto a la cara norte de la roca más alta —continuó—. En el mismo sitio donde la grieta toca el agua cuando sube la marea.

—¿Qué era?

—No lo sé.

—Descríbeme solo lo que viste.

La petición parecía más sencilla que preguntar por una identidad.

—Una forma oscura dentro del blanco. Aproximadamente de la altura de un hombre. Primero inmóvil. Después se desplazó hacia un lado.

—¿Caminó?

—No pude verle las piernas.

—¿Se acercó?

—No lo sé.

Bieito respiró hondo.

—Eso es lo peor. Puede que viniera hacia mí. Puede que solo se moviera la niebla y dejara ver una parte distinta. Durante un segundo creí que levantaba un brazo.

—¿Oíste una voz?

—No.

—¿Tu nombre?

—Nada.

—¿Pudiste reconocer a Xoán o Manuel por la forma de moverse?

Bieito negó.

—No vi suficiente.

—¿Y Ramón?

La pregunta le produjo una mirada extraña.

—Ramón habría tenido casi setenta años si hubiera envejecido aquí. La forma no parecía vieja ni joven. Era una mancha.

—Dentro de la brétema el tiempo quizá no transcurra igual que fuera.

—Ahora lo sabemos.

Bieito bajó los ojos.

—Entonces no sabía ni qué pregunta hacerme.

Uxía recordó la advertencia de Sabela y no insistió.

—¿Qué hiciste?

—Huir.

No suavizó la palabra.

—Mi cuerpo decidió antes que yo. Retrocedí, resbalé y me abrí la palma con una roca. Llegué a la barca a tientas, corté el cabo porque no conseguí deshacer el nudo y arranqué el motor.

Abrió la mano derecha.

Una cicatriz pálida cruzaba la base del pulgar. Uxía la había visto sin preguntarse nunca de dónde procedía.

—La niebla terminó unos metros mar adentro. No se levantó; la atravesé. Detrás seguía la isla, despejada bajo la luna, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Miraste la hora?

—En la barca no llevaba reloj. Al volver, el de la cocina marcaba poco más de las cuatro.

—¿A qué hora habías salido?

—Pasadas las dos y media.

—Eso no demuestra que estuvieras dentro solo unos minutos.

—No.

Bieito aceptó el límite sin resistencia.

—Pude pasar allí una hora y recordarla como cinco minutos. Pude estar cinco minutos y vivirlos como una noche. Lo único que sé es que regresé antes de que amaneciera y que mi cuerpo no había cambiado.

—Tampoco quedaste atrapado.

—No.

—¿Por qué tú no?

La pregunta hizo que Bieito sonriera con amargura.

—Si supiera responder, no habría pasado cuarenta años callando.

Uxía pensó en todo lo que todavía desconocían sobre las condiciones capaces de atrapar a alguien y dejar salir a otro. No formuló teorías.

—¿La niebla tenía la misma intensidad que el día once?

—No. Aquella mañana se tragó la ría durante horas. Esto fue… un resto.

Buscó la palabra.

—Una respiración que quedaba después.

La imagen resultaba más exacta que cualquier explicación técnica disponible.

—¿Volviste a ver la forma?

—No.

—¿Regresaste alguna otra vez de noche?

—Jamás.

Bieito apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Y llevo cuarenta años odiándome por haber salido de allí.

—¿Por qué?

—Porque podía ser Xoán. O Manuel. Podía estar a unos metros de ellos después de que todo el pueblo llevara casi siete días buscándolos, y yo arranqué el motor.

—También podía no ser nadie.

—Eso no cambia lo que hice.

—Sí lo cambia.

Uxía habló con más firmeza.

—No tenías visibilidad, estabas solo y no sabías si la niebla podía llevarte también. Sentir miedo no fue abandonar a nadie. Fue reaccionar a un peligro que no comprendías.

Bieito apartó la mirada.

—Es fácil decirlo sentada en una cocina.

—Por eso te lo digo aquí y no en la isla.

La dureza de la frase lo obligó a mirarla de nuevo.

—Si hubieras desaparecido, Sabela habría perdido a su padre con nueve años. Tu mujer habría esperado a otro hombre. El pueblo habría tenido un desaparecido más y ninguna explicación adicional.

—Tal vez habría sabido quién era la forma.

—Tal vez no habrías vuelto.

Bieito cerró los ojos.

Uxía dejó que la posibilidad permaneciera entre ambos. No intentó absolverlo. La culpa sostenida durante cuatro décadas no desaparecía porque alguien construyera una frase razonable.

—¿Se lo contaste a Elixio? —preguntó después.

—No.

—¿Ni siquiera de forma indirecta?

—No. La ampliación de declaración fue aquella tarde, antes de que yo saliera. Precisamos la posición del barco, el tiempo que tardó la niebla y la taza que encontré en cubierta. Nada sobre la noche.

—Entonces el documento catorce no desapareció para ocultar esto.

—No por mi parte.

—¿Sabes qué ocurrió con él?

—No. Firmé una hoja y Elixio la metió en la carpeta. Eso es todo.

La coincidencia de la fecha dejaba de ser una respuesta y volvía a ser solo una coincidencia.

—¿Por qué se lo contaste a Sabela?

Bieito abrió los ojos.

—Ella me vio regresar.

—Podrías haber mantenido la mentira.

—Lo hice durante años.

La vergüenza apareció por primera vez no al hablar de la forma, sino de su hija.

—Cada vez que me preguntaba, le daba una versión distinta. Cuando creció, comprendió que yo no tenía una explicación porque estaba ocultando la pregunta. Me obligó a contárselo.

—Y le pediste que no dijera nada.

—Sí.

—¿Te arrepientes?

Bieito pensó antes de responder.

—Me arrepiento de haber puesto sobre una niña un secreto que no podía compartir ni con su madre.

Uxía no dijo que Sabela acababa de romper la promesa. No hacía falta. Bieito ya lo sabía.

—No la culpes.

—No la culpo.

Su respuesta fue inmediata.

—Si ha hablado, es porque cree que tú vas a meterte en la misma niebla aunque todos intentemos detenerte.

Uxía apoyó las manos sobre la mesa.

—No quiero entrar en la brétema.

—Yo tampoco quería.

—Quiero entender qué ocurrió.

—Eso es lo que decimos antes de acercarnos demasiado.

Bieito se levantó y fue hasta la ventana. Desde allí, torciendo el cuello, podía verse una parte de O Peirao Vello y, más allá, la línea gris de la ría.

—Xoán quiere volver a la isla —dijo Uxía.

Los hombros de Bieito se tensaron.

—No lo lleves.

—Es un adulto.

—Y acaba de regresar de un lugar que no recuerda.

—Precisamente por eso no puedo decidir por él qué verdad puede soportar.

Bieito se volvió.

—Entonces dile también que yo estuve allí. Dile que vi una forma y que salí huyendo. Pero no le digas que era él, porque no lo sé. No permitas que convierta mi miedo en un recuerdo suyo.

—No lo haré.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Vas a ir?

Uxía no respondió de inmediato.

Mentir habría sido inútil.

—Sí. Pero no sola y no durante una niebla. Quiero ver el lugar exacto desde tierra firme, con buena visibilidad y condiciones normales.

Bieito soltó una risa seca.

—En esa isla nada es tierra firme.

—Acompáñame.

La petición lo dejó inmóvil.

—No.

—Eres el único que puede señalar dónde viste la forma.

—He pasado cuarenta años evitando volver a ese lugar exacto.

—Lo sé.

—Entonces no me lo pidas.

Uxía recogió el bolso.

—No voy a insistir hoy.

—Ni mañana.

—Eso no puedo prometértelo.

Bieito negó con la cabeza, pero una parte de la resistencia había cambiado. Ya no cerraba una puerta; calculaba cuánto esfuerzo tendría que hacer para mantenerla cerrada.

Uxía se dirigió hacia la salida.

—Gracias por contármelo.

—No confío en ti —dijo Bieito a su espalda.

Ella se detuvo. La voz de Bieito no tenía dureza.

—No es que confíe en ti. Es que ya no me quedan años ni fuerzas para seguir cargándolo solo. Es distinto.

Uxía asintió.

—A veces eso es lo más parecido a confiar que podemos ofrecer.

Bieito abrió la puerta.

Antes de que ella saliera, miró hacia el bolso.

—¿No vas a apuntarlo?

—En el coche.

—¿Por qué no aquí?

Uxía lo miró.

—Porque quería que durante una hora fueras una persona contando algo que le ocurrió, no una fuente.

Bieito apartó la vista, incómodo ante una consideración que no esperaba.

Uxía llegó al coche y permaneció varios minutos sin encender el motor. Después abrió la libreta.

Escribió el testimonio sin añadir conclusiones:

Visita nocturna posterior a la ampliación de declaración. El documento 14 no contiene el episodio.

Lugar: cara norte de la roca más alta, junto a una grieta que alcanza el agua.

Niebla localizada, breve o percibida como breve. Viento y condiciones normales antes y después.

Forma humana no identificada. Bieito huye. Herida en la mano. Sale de la niebla por sus propios medios.

Debajo añadió:

No llamar apertura. No asumir que la forma era Xoán, Manuel o Ramón.

Y, por último:

Bieito autoriza a Uxía a contarle a Xoán lo ocurrido. Se niega, por ahora, a regresar a la isla.

Cerró la libreta.

La ría empezaba a oscurecer frente a ella. A Illa dos Corvos era una mancha negra en la bocana, demasiado pequeña para contener todo lo que el pueblo había colocado dentro.

Uxía apoyó las manos en el volante.

Por primera vez desde que comenzó a investigar, no sintió que hubiese encontrado una respuesta.

Había encontrado a un hombre que llevaba cuarenta años castigándose por haber sobrevivido a algo que no comprendía.

Y un lugar exacto al que ahora necesitaba ir.

CAPÍTULO 16

Corvoeira, 2025

Antes de volver a hablar con Bieito, Uxía abordó una de las cuestiones que llevaba varios días anotadas en su libreta: hablar con Manuel sin que Xoán estuviera delante.

Lo encontró en el patio de Amparo, sentado sobre un bloque de granito que uno de sus hermanos había dejado allí muchos años atrás. Tenía entre las manos un cincel pequeño que Antón le había prestado y lo hacía girar despacio, probando el peso y el equilibrio, como si aquel objeto pudiera devolverle un lugar dentro de una familia que había envejecido sin él. Algunos de sus hermanos ya tenían nietos de su misma edad aparente.

Detrás de él, apoyadas contra el muro, había varias piezas de piedra a medio labrar. Manuel las miraba de vez en cuando con la atención de quien reconoce un idioma que nunca llegó a aprender del todo.

—Mi hermano Antón me enseñó a sujetar uno de estos cuando yo era un crío —dijo al verla—. Cuando desaparecí, él tenía veintiocho años. Ahora tiene sesenta y ocho y sigue corrigiéndome la postura.

Sonrió apenas.

Uxía se sentó en otro bloque, dejando entre ambos la distancia suficiente para que la conversación no pareciera un interrogatorio.

—Quería preguntarte por la brétema. Por lo poco que recuerdas.

La sonrisa desapareció, pero Manuel no se cerró. Miró hacia la ventana de la cocina. Amparo se movía detrás de la cortina, ocupada en una tarea que no necesitaba hacerse con tanta lentitud.

—No recuerdo tiempo —dijo—. Ni días, ni hambre, ni haber dormido. Para mí salimos en el barco y después estaba tragando agua cerca de la isla.

—¿No hay nada entre las dos cosas?

—Fogonazos.

Manuel apoyó el cincel sobre las rodillas.

—Frío. Una respiración que no sabía si era la mía. Y una red mojada rozándome la muñeca. Los nudos eran muy gruesos, más que los de las nasas que llevábamos.

Uxía sintió que la espalda se le enderezaba.

—Xoán ha descrito una red igual.

Manuel levantó la vista.

—¿Él también?

—Sí. No te lo había contado porque quería escuchar lo que recordabas sin darte ninguna imagen antes.

Manuel bajó los ojos hacia su muñeca, como si todavía pudiera encontrar allí la marca de la cuerda.

—Entonces no me la inventé.

No sonó aliviado. Sonó más asustado.

—Que los dos recordéis algo parecido no significa que sepamos qué era —advirtió Uxía—. Solo que existe una coincidencia.

—Ya.

—¿Recuerdas a alguien más? ¿Una voz, una cara, una forma?

Manuel negó despacio.

—Recuerdo agarrar una manga. Pensé que era Xoán porque entramos juntos. Pero no vi a quién pertenecía.

Cerró la mano, atrapando una tela que ya no estaba.

—A veces sueño que el paño era demasiado áspero y viejo para ser su chaquetón. Otras veces pienso que añadí eso después, cuando me contaron lo de Ramón. Ya no sé distinguir qué estaba allí y qué puso mi cabeza al despertarme.

Uxía no abrió la libreta.

—¿Has hablado de esto con Xoán?

—Todavía no.

Manuel acarició con el pulgar el borde romo del cincel.

—Cada vez que nos vemos acabamos hablando de los muertos. De su padre, del mío, de los años de nuestras madres. Algún día tendremos que hablar de lo que nos pasó a nosotros.

—Quizá recordar juntos os ayude.

—O quizá terminemos fabricando el mismo recuerdo.

Uxía lo miró. La cautela de Manuel era más lúcida de lo que muchos testigos conservaban después de un accidente corriente.

—También puede ocurrir —admitió.

Manuel levantó el cincel y volvió a colocarlo entre los dedos.

—Antón dice que aprieto demasiado. Que la piedra no se obliga; se escucha.

—¿Te gusta?

Manuel observó las piezas apoyadas contra el muro.

—Todavía no lo sé. Pero aquí todos recuerdan quién era yo antes de que me fuera. Quizá aprender esto me ayude a descubrir quién puedo ser ahora.

Uxía se marchó con una coincidencia nueva y ninguna certeza. Xoán y Manuel recordaban la misma red; Manuel añadía una manga sin dueño. Podía pertenecer a Xoán, a Ramón o a un recuerdo construido después. Dos recuerdos coincidían sin llegar a formar una escena.

Dos días después de su segunda conversación con Bieito, fue él quien la llamó.

—Si sigues queriendo ver la isla, mañana dan buen tiempo —dijo sin saludar—. Viento del norte, visibilidad limpia y marea bajando a media mañana.

Uxía tardó un segundo en responder.

—Pensé que no querías volver.

—No quiero.

—Entonces no tenemos que ir.

—Tú irás de todos modos cuando encuentres otra barca.

La conocía mejor de lo que ambos habrían admitido.

—No pensaba hacerlo a escondidas.

—Eso mismo pensé yo en el ochenta y cinco antes de salir de noche.

El silencio dejó claro por qué había cambiado de opinión.

—A las nueve y media en O Peirao Vello —dijo Bieito—. Y si el mar no me gusta, damos la vuelta sin discutir.

—De acuerdo.

—Lleva calzado que se agarre a la roca. No esas botas de ciudad.

La llamada terminó antes de que Uxía pudiera defender sus botas.

A la mañana siguiente, la *Dolores* salió del puerto bajo un sol pálido de noviembre. Era una embarcación pequeña, con el nombre

desconchado en la proa y un motor cuyo ronroneo Bieito parecía conocer mejor que su propia respiración.

Uxía llevaba chaleco salvavidas, una mochila impermeable, el móvil protegido dentro de una funda y una bolsa con guantes, sobres limpios y cinta métrica. No esperaba encontrar nada. Precisamente por eso había decidido prepararse.

—Tu padre y yo hicimos este trayecto cientos de veces —dijo Bieito, sin apartar la vista del rumbo—. Antes de que se convirtiera en el lugar del que nadie habla.

A Illa dos Corvos creció lentamente frente a ellos.

Vista de cerca no tenía nada de extraordinario. Era una acumulación de roca gris, líquenes, hierba baja y excrementos de cormoranes. Los pájaros levantaron el vuelo cuando la embarcación se acercó a la cara norte. El agua golpeaba las piedras con un sonido corriente. El viento movía el cabello de Uxía y hacía vibrar la tela del chaleco.

Había esperado sentir algo: presión en el pecho, frío repentino, una advertencia física que justificara ciento veinticuatro años de miedo.

No sintió nada.

—¿Es esta? —preguntó, casi decepcionada de sí misma—. ¿Esta es la isla?

—Esta es.

Bieito redujo la velocidad y señaló una plataforma natural, baja y relativamente plana.

—Desembarcamos ahí. Solo con la marea como está ahora.

Amarró la *Dolores* a una argolla vieja clavada en la roca. Bajó primero, comprobó el apoyo y ayudó a Uxía a saltar. La piedra estaba húmeda aunque no la alcanzaran las olas.

—¿Has venido muchas veces desde aquella noche? —preguntó ella.

—De día, sí. A pescar alrededor, a revisar aparejos, alguna vez a subir. Durante años me obligué a hacerlo para demostrarme que seguía siendo solo una isla.

—¿Funcionó?

Bieito miró hacia la roca más alta.

—La mayoría de las veces.

Avanzaron despacio por la cara norte. Bieito señaló la grieta donde había visto la forma durante la niebla breve de 1985. Con plena luz era una hendidura estrecha que descendía hasta el agua. La marea respiraba dentro de ella, llenándola y vaciándola con un sonido hueco.

Uxía fotografió la grieta desde varios ángulos y registró la hora.

—Con niebla no podía distinguir esto —dijo Bieito—. Solo sabía que la roca estaba cerca y que algo oscuro se movía delante.

—¿Por qué crees que ocurre aquí?

—No sé si ocurre *por* la isla o si la isla es únicamente el lugar donde podemos verlo.

Se encogió de hombros.

—Mi padre se lo preguntó. El suyo también. Todos acabamos inventando respuestas porque la ignorancia pesa más cuando se hereda.

Uxía descendió con cuidado hacia una repisa protegida del oleaje. Había algas secas, conchas rotas y piedras pequeñas acumuladas en una cavidad. Una de las rocas superiores mostraba una línea limpia en la base, como si se hubiera desplazado hacía poco.

—Esto se ha movido —dijo.

Bieito se agachó.

—Los temporales de la semana pasada arrancaron media escollera del puerto. Aquí también debió de golpear fuerte.

Fue entonces cuando Uxía vio el metal.

Aparecía apenas un borde ovalado entre dos piedras, junto a un manojo de raíces secas. No tenía el color brillante de algo reciente. Era oscuro, con costras verdosas y rojizas, pero su forma regular no pertenecía al paisaje.

—No lo toques todavía —dijo.

Bieito la miró con sorpresa.

Uxía fotografió el objeto donde estaba, primero con una referencia amplia y después junto a la cinta métrica. Anotó la ubicación aproximada en el móvil. Se puso los guantes y retiró únicamente los guijarros sueltos, sin raspar la superficie.

La pieza salió con facilidad.

Era una pequeña placa ovalada, posiblemente un remache o una pieza perteneciente al mango de alguna herramienta. En una cara había letras grabadas. La corrosión las cubría en parte, pero la luz lateral permitía distinguirlas sin limpiar el metal.

Uxía inclinó la pieza.

—Hay tres iniciales.

Bieito se acercó sin tocarla.

—¿Cuáles?

Uxía amplió la fotografía en la pantalla.

R. F. O.

Sintió que el corazón le golpeaba en la garganta.

—Ramón Freire Otero.

Bieito dejó de respirar durante un instante.

—Puede haber más hombres con esas iniciales.

—Sí.

Uxía se obligó a pronunciar la objeción antes de convertir el hallazgo en una certeza.

—Y la pieza pudo llegar aquí con una corriente, una red o cualquier otra cosa. Aún no sabemos qué es ni de cuándo.

Bieito miró la grieta, el metal y después el mar.

—Pero estaba justo donde vi la forma.

La coincidencia no probaba nada.

Tampoco podía ignorarse.

Uxía colocó la pieza en un sobre limpio, anotó la fecha, la hora y el punto del hallazgo, y guardó el sobre en la bolsa impermeable.

—¿Cómo no la encontraste antes? —preguntó.

Bieito señaló la marca clara bajo la roca desplazada.

—Porque hasta el último temporal estaba enterrada.

Regresaron a la *Dolores* sin continuar buscando.

Durante la travesía de vuelta, Corvoeira se acercó poco a poco mientras la isla se hacía pequeña a su espalda. Uxía mantuvo la bolsa sobre las rodillas.

Había ido a conocer un lugar.

Regresaba con un objeto que podía haber pertenecido a un hombre desaparecido setenta y ocho años antes.

Y con la certeza más limitada de que, por primera vez, habían encontrado en la isla un objeto antiguo marcado con las mismas iniciales que Ramón Freire Otero.

CAPÍTULO 17

Corvoeira, 2025

Puri propuso vinagre en cuanto vio la costra del metal.

—Mi madre limpiaba así las piezas de cobre.

Uxía apartó el sobre antes de que pudiera buscar una botella.

—No voy a tocarla hasta que alguien que entienda de metales me diga cómo hacerlo.

—¿Desde cuándo eres tan prudente?

—Desde que esto puede ser el único indicio material relacionado con Ramón.

La frase dejó a Puri inmóvil.

Uxía extendió sobre la mesa las fotografías tomadas en la isla. En una de ellas se distinguían las iniciales bajo la corrosión; en otra, la pieza aparecía aún encajada entre las piedras, junto a la cinta métrica.

Bieito acudió aquella misma tarde.

No necesitó que limpiaran la pieza para reconocer la forma.

—Por la forma, podría ser una pequeña pieza metálica de la cacha de una navaja, quizá un remache. Las buenas llevaban a veces una pieza así con las iniciales. Mi padre tenía una. Yo también.

—¿Puedes asegurar que era de Ramón?

—No.

Bieito no permitió que el deseo sustituyera a la memoria.

—Nunca vi su navaja. Pero las letras coinciden y el modelo encaja con la época. Eso es todo lo que puedo decir.

Uxía anotó la hipótesis de identificación en el sobre.

No se lo enseñó a Xoán hasta quedarse a solas con él.

Lo encontró en el patio trasero, reparando el cierre de una caja de madera. Había colocado el teléfono nuevo a su lado y, de vez en cuando, comprobaba que la pantalla seguía mostrando únicamente la hora.

—Encontré algo en la isla —dijo Uxía.

Xoán dejó el destornillador.

No preguntó primero si ella estaba bien. Miró la bolsa impermeable con la atención inmediata que ya dedicaba a cualquier objeto capaz de contener una parte de su pasado.

Uxía se sentó junto a él.

—Antes de enseñártelo quiero ser clara. No sabemos con certeza qué es, cuánto tiempo llevaba allí ni cómo llegó. Bieito cree que puede ser una pieza del mango de una navaja antigua.

Sacó el sobre y le mostró la fotografía, no el metal desnudo.

—Tiene tres iniciales: R. F. O.

Xoán leyó las letras.

—Ramón Freire Otero.

No fue necesario que ella pronunciara el nombre.

Uxía abrió el sobre y depositó la pieza sobre un paño limpio. Xoán no la cogió enseguida. Se inclinó, observando el borde biselado y las costras de corrosión.

—¿Dónde estaba?

—En la cara norte de la roca más alta, junto a la grieta donde Bieito vio la forma. Un temporal había desplazado una piedra y dejado la pieza al descubierto.

Xoán extendió la mano, pero se detuvo antes de tocarla.

—¿Puedo?

—Por los bordes. Mejor con esto.

Le ofreció unos guantes limpios.

Xoán se los puso sin protestar. Cogió la pieza y la sostuvo bajo la luz.

—No la reconozco.

Su voz contenía decepción y alivio al mismo tiempo.

—No sería extraño que no la reconocieras —dijo Uxía—. Tu padre desapareció cuando tenías un año.

—Pero recuerdo su barba. Y cómo arrastraba la pierna.

—Recuerdas fragmentos que podrían pertenecer al tiempo dentro de la brétema. Eso no convierte todos los objetos relacionados con él en recuerdos tuyos.

Xoán giró la pieza.

—Al tocarla siento lo mismo que con la fotografía. Como si algo estuviera a punto de abrirse y no llegara.

—Una sensación no es una prueba.

—Ya lo sé.

Xoán asintió. Ambos habían empezado a aprender que la honestidad consistía muchas veces en no obligar a los huecos a llenarse.

—Si esto era suyo —dijo—, ¿qué demuestra?

—Que en la isla apareció un objeto con las mismas iniciales que Ramón. Puede que lo llevara él. Puede que apareciera en una red, en una caja o arrastrado por el mar. La ubicación lo vuelve importante, pero no demuestra que Ramón siguiera vivo en 1985.

—Tampoco demuestra que no.

—No.

Xoán dejó la pieza sobre el paño.

—Quiero ir.

Uxía había esperado la frase desde que vio las iniciales.

—Lo sé.

—No para entrar en ninguna niebla. Quiero pisar el lugar, ver dónde apareció y recordar lo que pueda recordar sin que nadie me lo cuente antes.

—No sabemos si es seguro.

—Tampoco Bieito puede saberlo.

—Precisamente.

Xoán se quitó los guantes.

—No quiero que decidas por mí, Uxía. Ya hay demasiadas personas diciéndome qué puedo soportar porque mi vida se ha vuelto imposible de explicar.

La frase encontró el punto exacto donde ella no podía defenderse.

Había reprochado a Puri, a Carme y a Bieito haberla protegido mediante silencios. No podía utilizar ahora el miedo para cerrar a su padre el camino de regreso a un lugar que pertenecía a su propia historia.

—No voy a decidir por ti —dijo—. Pero tampoco voy a fingir que no me preocupa.

—Eso sí puedes hacerlo.

Acordaron hablar con Bieito, consultar la previsión de varios días y avisar a Breogán de la ruta, la hora de salida y la de regreso. Llevarían radio, chalecos, agua, un botiquín y abandonarían la isla ante cualquier cambio de viento, visibilidad o estado del mar.

No eran garantías.

Eran únicamente las precauciones disponibles frente a algo cuyas reglas todavía desconocían.

—Manuel debería decidir si quiere venir —añadió Xoán.

Fueron juntos a preguntárselo.

Manuel escuchó la historia en la cocina de Amparo, con Antón sentado al otro extremo de la mesa y la madre dormida en la sala.

Observó la fotografía de la pieza durante mucho tiempo.

—No —dijo finalmente.

Xoán pareció sorprendido.

—¿No quieres verla?

—Sí. Pero todavía no.

Manuel se frotó la muñeca donde recordaba el roce de la red.

—Acabo de volver a esta casa. Mi madre se despierta algunas mañanas creyendo que me ha soñado. No puedo decirle ahora que voy a subir a la misma isla que me quitó cuarenta años.

—No tienes que explicárselo así —dijo Xoán.

—Yo sí.

Manuel levantó la vista.

—Si vuelvo, será cuando pueda decidirlo por algo más que por miedo a que tú vayas sin mí.

Xoán asintió despacio.

No intentó convencerlo.

Al salir, dijo:

—Siempre fue más sensato que yo.

—Tenía veintidós años y se subió a tu barco pese a la advertencia de Bieito.

—He dicho *más* sensato. No completamente sensato.

Uxía sonrió, pero la ligereza duró poco.

Esa noche, Xoán pidió guardar la pieza en la caja donde Carme había conservado su cartera y su reloj. La dejó dentro del sobre, sin limpiarla, junto a la fotografía de Ramón.

Antes de cerrar la tapa, apoyó dos dedos sobre las iniciales visibles a través del plástico.

—No sé si esto es de él —dijo—. Pero por primera vez tengo algo que puedo mirar sin tener que inventarme una cara.

Uxía no le recordó que la cara estaba en la fotografía.

Comprendió que hablaba de otra cosa: no de reconocer a Ramón, sino de aceptar que había existido fuera de las historias de los demás.

CAPÍTULO 18

Corvoeira, 2025

Bieito comprobó la previsión tres veces antes de aceptar una fecha.

—Presión estable, viento del norte, buena visibilidad y marea de poca amplitud —dijo por teléfono—. No se parece a ninguna de las mañanas que conocemos.

—Eso no significa que sea seguro.

—No. Significa que no tenemos una razón concreta para cancelar.

La diferencia importaba.

Antes de salir, Uxía comunicó a Breogán la ruta y la hora prevista de regreso. Bieito revisó la radio, el combustible y los chalecos. Xoán guardó en un bolsillo interior la fotografía de Ramón, pero dejó la pieza en Casa Freire.

—No quiero perder lo único que podría ser suyo en el mismo lugar donde apareció —explicó.

La *Dolores* abandonó O Peirao Vello a media mañana.

El sol estaba alto y el viento rizaba la superficie. El mar no tenía nada de aquella calma compacta que Bieito resumía diciendo que estaba demasiado quieto. Xoán viajó en la proa, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la vista fija en A Illa dos Corvos.

—¿Estás bien? —preguntó Uxía cuando empezaron a distinguirse las grietas de las rocas.

—No lo sé.

No podía dar una respuesta más honesta.

Bieito redujo la velocidad antes de aproximarse a la plataforma natural de la cara norte. Permaneció unos segundos escuchando el motor y observando las pequeñas crestas del agua.

—Si algo cambia, volvemos a bordo —dijo—. No esperamos a descubrir por qué.

Nadie discutió.

Desembarcaron por turnos. Xoán fue el último. Al apoyar las botas en la piedra se quedó inmóvil, no por una revelación súbita, sino por la acumulación de recuerdos ordinarios.

Miró la argolla de amarre, la pendiente hacia la roca alta y una poza donde se movían dos cangrejos diminutos.

—Aquí veníamos a calar —dijo.

—¿Lo recuerdas de la brétema? —preguntó Uxía.

—No. De antes.

Señaló el canal de agua al este.

—Las nasas se dejaban más allá de esa línea oscura. Si las acercabas demasiado, se enganchaban en el fondo. Una vez Manuel perdió dos y no se atrevió a decírmelo hasta que llegamos al puerto.

El recuerdo pertenecía al mundo normal. Tenía lugar, secuencia y una anécdota completa. Xoán sonrió al contarlo y el rostro se le endureció al comprender que aquel día estaba a cuarenta años de distancia para todos menos para él.

Avanzaron hacia la grieta donde Uxía había encontrado la pieza marcada con las iniciales R. F. O.

Xoán se agachó frente a la cavidad. No tocó nada.

—¿Estaba aquí?

Uxía le mostró la fotografía tomada antes de retirar el metal y señaló la marca clara dejada por la piedra desplazada.

—Justo ahí.

Xoán apoyó una mano sobre la roca superior.

—No recuerdo este sitio desde dentro.

—No tienes que hacerlo.

—Pero una parte de mí esperaba que, al llegar, todo apareciera.

—Quizá no haya nada que pueda aparecer como un recuerdo normal.

Xoán miró el agua respirando dentro de la grieta.

—Eso es lo que más cuesta aceptar. Que mi cuerpo haya atravesado algo que mi cabeza no vivió.

Bieito se había alejado unos pasos, vigilando el mar y el cielo con una atención que no abandonó en ningún momento.

—No os separéis —dijo.

Continuaron bordeando la roca alta.

Xoán se detuvo frente a una repisa donde la hierba había crecido entre piedras pequeñas. Miró alrededor, volvió sobre sus pasos y se agachó.

—Aquí había una hendidura más profunda.

Bieito se acercó.

—Los temporales la han llenado de grava.

—Yo me sentaba aquí a reparar los cabos.

La seguridad con la que lo dijo no procedía del trance. Había trabajado en aquella isla durante años antes de desaparecer.

Xoán apartó con cuidado una rama seca. Debajo apareció un pequeño disco de metal, casi confundido con la tierra rojiza.

Uxía levantó una mano.

—Espera.

Fotografió el objeto sin moverlo. Colocó la cinta métrica, tomó una imagen general de la repisa y anotó la ubicación. Después se puso los guantes y retiró los guijarros que lo rodeaban.

Era un botón de chaquetón, oxidado y deformado en los bordes. Una de sus caras conservaba restos de una superficie más oscura. En el reverso, bajo la costra rojiza, se distinguía una incisión en forma de cruz.

Xoán dejó escapar el aire.

—Era mío.

Uxía no levantó todavía la pieza.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Por la cruz.

Se arrodilló a su lado.

—Uno de los botones del chaquetón se aflojaba siempre. Le hice esa marca con la punta de la navaja para distinguirlo cuando lo llevaba a coser. Carme decía que era una tontería porque todos los botones eran iguales.

Bieito observó la incisión.

—Recuerdo la marca.

—¿Estás seguro? —preguntó Uxía.

—Recuerdo haberme reído de él porque arañaba el metal cada vez que se aburría en cubierta. No puedo jurar que sea el mismo botón, pero esa cruz estaba en uno de los suyos.

Uxía retiró el botón y lo colocó en un sobre distinto al de la pieza con las iniciales.

Xoán miró la corrosión.

—No parece haber estado aquí solo cuatro años.

—No podemos fecharlo mirándolo —dijo Uxía—. La sal puede destruir un metal muy deprisa o conservarlo de manera desigual. Tendrá que verlo alguien que sepa.

—Pero si el análisis confirma que lleva aquí desde 1985…

No terminó.

La pregunta se instaló entre los tres.

El cuerpo de Xoán había envejecido aproximadamente cuatro años durante cuatro décadas exteriores. Aquel botón se había separado de él en algún momento y, si llevaba en la isla desde la desaparición, había soportado el tiempo ordinario: lluvia, sal, mareas y temporales.

—Entonces una cosa que dejó de estar unida a mí volvió al tiempo de fuera —dijo Xoán.

—Sería una posibilidad —respondió Uxía—. No una explicación completa.

Xoán observó el sobre.

—El botón envejeció por mí.

La frase no era científica. Tampoco pretendía serlo.

Bieito levantó la cabeza.

Una nube fina cruzó por delante del sol. La luz se volvió gris durante unos segundos. El viento continuaba soplando, pero él ya estaba recogiendo la mochila.

—Nos vamos.

—Solo es una nube —dijo Xoán.

—Ya hemos encontrado suficiente.

Bieito no parecía creer que la nube anunciara nada extraordinario. Parecía reconocer su propio límite.

Uxía guardó el sobre en la bolsa impermeable.

Regresaron a la plataforma de amarre sin seguir buscando. Mientras Bieito soltaba el cabo, Xoán volvió la vista hacia la repisa.

—No siento nada —dijo—. Ni miedo, ni reconocimiento. Solo que este lugar me pertenece un poco y yo ya no le pertenezco a él.

Bieito arrancó el motor.

—Mejor así.

La *Dolores* se separó de la isla.

Durante la travesía, Xoán mantuvo una mano sobre la bolsa donde viajaba el botón, no para apropiarse del hallazgo, sino como quien protege una parte desprendida de sí mismo.

Al llegar al puerto, Manuel los esperaba junto a la rampa.

No preguntó si habían encontrado algo. Miró sus caras y comprendió que sí.

Xoán le mostró la fotografía del botón en el teléfono.

Manuel amplió la cruz con dos dedos, un gesto que una semana antes ninguno de los dos habría sabido realizar.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Xoán.

—No.

Manuel devolvió el aparato.

—Pero recuerdo tu chaquetón. Le faltaba un botón cuando aparecimos en el agua.

Uxía sintió un nuevo escalofrío.

—¿Estás seguro?

Manuel cerró los ojos.

—No. Solo sé que al agarrarte la ropa noté un hueco. Puede ser esto o puede ser algo que estoy fabricando ahora.

Xoán no intentó convencerlo.

—Cuando quieras ir —dijo—, iremos contigo.

Manuel miró hacia A Illa dos Corvos.

—Todavía no.

Pero aquella vez el *todavía* sonó distinto.

CAPÍTULO 19

Corvoeira, 2025

—Ya has preguntado a los papeles, a los testigos y a las piedras —dijo Puri cuando Uxía le contó lo del botón—. Ahora pregunta a quien conserva las historias.

—¿A quién?

—A Avoa Manuela.[1]

El nombre despertó en Uxía una imagen vaga: una mujer pequeña que alguna vez había visto en misa o entrando en una tienda, siempre vestida de oscuro.

—Es la bisnieta de Manuela Pardo —explicó Puri—. La mujer con la que empezó todo esto, la que dijo que no había sido el mar quien se llevó a Amaro. La historia pasó de su bisabuela a su abuela, de su abuela a su madre y después a ella.

—Eso no significa que sepa qué ocurre.

—No. Significa que sabe qué decía la gente antes de que nosotros empezáramos a buscar palabras más modernas.

Puri llamó por teléfono antes de que Uxía subiera hasta A Punta Meiga. Avoa Manuela ya no bajaba con frecuencia al pueblo y agradecía que no aparecieran desconocidos sin aviso.

La casa era más pequeña de lo que Uxía había imaginado. Estaba construida directamente sobre la roca, con muros gruesos, ventanas estrechas y un tejado que el viento había oscurecido. Desde el sendero se veía toda la bocana de la ría y A Illa dos Corvos, baja y negra en medio del agua.

Avoa Manuela abrió después del segundo golpe.

Era una mujer menuda, cercana a los ochenta años, con el pelo blanco recogido en un moño y unas gafas sujetas por una cadena. No había nada sobrenatural en ella. Llevaba un mandil manchado de harina y sostenía un paño de cocina.

—Puri me dijo que vendrías —dijo—. Pasa antes de que se enfríe la casa.

La sala olía a leña, cera y pan recién hecho. Sobre una cómoda había varias fotografías familiares y un cuaderno de tapas negras, abombado por la humedad.

Avoa Manuela señaló una silla junto a la ventana.

—Desde ahí se ve mejor la isla. No significa que se entienda.

Uxía se sentó.

—Puri dice que conservas lo que contaba tu bisabuela.

—Conservo lo que mi abuela decía que le había contado su madre. No es lo mismo que haberla oído.

La precisión le gustó a Uxía.

—Las historias familiares cambian.

—Sí. Por eso escribí las versiones que recibí, incluso cuando se contradecían.

Avoa Manuela tocó el cuaderno negro.

—No son pruebas. Son memoria.

Uxía le relató el hallazgo de la pieza con las iniciales y del botón, las circunstancias en las que los había encontrado y las precauciones que había tomado. No omitió que Xoán había envejecido unos cuatro años mientras los objetos parecían haber soportado una exposición mucho más prolongada.

La anciana escuchó sin asentir, sin dar a entender que aquellas descripciones confirmaran una verdad que ya conocía. Hizo preguntas: dónde estaba cada objeto, si alguno seguía unido a cuero, madera o tela, si la marea alcanzaba la grieta, si alguien había analizado la corrosión.

—Todavía no —respondió Uxía—. Buscaré a un especialista.

—Bien.

Avoa Manuela se levantó, tomó el cuaderno y volvió a sentarse.

—Mi bisabuela no sabía nada de metales ni de tiempos distintos. Hablaba con las palabras que tenía.

Abrió varias páginas escritas con tintas diferentes.

—Decía que la brétema no trataba igual a una persona que a las cosas que llevaba encima.

—¿De qué manera?

—Según ella, lo vivo seguía un camino y lo que se desprendía regresaba al camino del mundo.

Uxía frunció el ceño.

—Eso podría explicar que el botón envejeciera aquí mientras Xoán no lo hacía al mismo ritmo.

—Podría servirte como imagen —corrigió Avoa Manuela—. No como explicación.

Pasó un dedo por una línea del cuaderno.

—Mi abuela lo expresaba así: «A néboa garda o que aínda pode escoller. O que xa non escolle cae fóra dela».[2]

—Un botón no elige.

—Ni recuerda, ni teme, ni espera.

Avoa Manuela se encogió de hombros.

—Las mujeres de mi familia no pretendían describir una ley física. Intentaban explicar por qué a veces se encontraba una cuerda, una hebilla o un trozo de madera años después y no aparecía la persona.

—¿Se encontraron más objetos?

—Hay historias. Ninguna tan bien documentada como estos dos hallazgos.

La anciana enumeró dos relatos sin nombres completos: una hebilla hallada en una playa décadas después de una desaparición y un cabo marcado que apareció en una nasa. En ambos casos, la relación con la brétema dependía de recuerdos transmitidos y no podía comprobarse.

Uxía agradeció que no intentara convertirlos en certezas.

—¿Carme vino a verte en 1985?

Avoa Manuela cerró el cuaderno.

—Vino a ver a mi madre. Yo estaba aquí.

Miró hacia la cocina, como si pudiera reconstruir la escena.

—Preguntó si Xoán regresaría. Mi madre le dijo que no lo sabía. Carme siguió preguntando hasta que encontró una frase a la que pudiera aferrarse: mientras no hubiera cuerpo, no había final.

—Eso no era una profecía.

—No. Era una mujer intentando que otra pudiera levantarse al día siguiente.

La respuesta situaba aquella visita de Carme en un terreno humano, lejos de cualquier don o certeza sobrenatural.

Uxía sacó una fotografía de la pieza.

—Si esto perteneció a Ramón, ¿qué dice de él?

Avoa Manuela observó las iniciales.

—Dice que en esa roca encontrasteis una pieza con unas iniciales que coinciden con las suyas.

—Nada más.

—Nada demostrable.

La anciana devolvió la fotografía.

—Si quieres la respuesta de mi bisabuela, habría dicho que aquella pieza cayó del lado del tiempo corriente mientras Ramón siguió a la deriva en la brétema. Pero eso es una forma de hablar, no una noticia que yo pueda darte sobre un hombre desaparecido antes de que naciera.

—¿Podría seguir vivo?

—No lo sé.

Avoa Manuela pronunció la respuesta sin alimentar la esperanza ni negarla.

—Y no conviertas una historia heredada en una promesa para Xoán. Tu padre ya tiene bastante con haber recuperado la pregunta por su propio padre.

Uxía miró la isla a través del cristal.

—¿Qué significa «a la deriva»?

—No necesariamente flotando en el mar. Mi familia utilizaba esas palabras para alguien que ya no estaba en nuestro tiempo y tampoco encontraba el camino de vuelta.

—¿Para siempre?

La anciana tardó en responder.

—Las historias dicen que algunas desapariciones no terminan. Pero ninguna historia puede demostrar cuándo una persona dejó de estar

viva.

Aquella era la frontera exacta que Uxía necesitaba conservar.

Avoa Manuela le permitió copiar la frase del cuaderno, junto con la cadena familiar por la que había llegado hasta ella. Después hablaron de Amaro Cebreiro, de las versiones que habían cambiado y de cómo el miedo del pueblo había convertido a Manuela Pardo en meiga cuando probablemente había sido solo la primera mujer dispuesta a nombrar lo que los demás evitaban.

—¿Crees en la brétema? —preguntó Uxía antes de marcharse.

Avoa Manuela sonrió.

—Creo que dos hombres desaparecieron y regresaron cuarenta años después casi con la misma edad. La palabra que utilices para eso no cambia el hecho.

—¿Y en lo que decía tu bisabuela?

—Creo que las metáforas sirven para vivir junto a preguntas que la razón todavía no puede responder. El problema empieza cuando las confundimos con respuestas.

Uxía bajó a Corvoeira una hora después.

No llevaba datos nuevos sobre el funcionamiento de la brétema. Llevaba una tradición oral cuidadosamente delimitada y una frase capaz de acompañar el hallazgo sin explicarlo.

Cuando entró en Casa Freire, encontró a Xoán sentado junto a Carme, cosiendo un botón nuevo en una chaqueta de punto.

Lo hacía con dedos torpes pero pacientes. Carme vigilaba la aguja como si aquella escena hubiera ocurrido cientos de veces.

—Sempre coses torto[3] —dijo.

—Y tú siempre te quejas antes de que termine.

—Porque xa sei como vai quedar.[4]

Xoán sonrió.

Durante unos segundos ninguno pareció estar en el año equivocado. Carme no necesitaba recordar cuarenta años; Xoán no necesitaba comprenderlos. Solo había una aguja atravesando lana, un botón nuevo y dos personas que conocían de memoria la manera de discutir por una costura.

Uxía se quedó en la puerta.

Pensó en la frase del cuaderno: la niebla guarda lo que todavía puede elegir. No sabía si decía algo verdadero sobre la brétema. Sí sabía que Xoán seguía eligiendo: aprender a usar un teléfono, volver a la isla, coser una chaqueta, sentarse junto a una mujer que algunas tardes lo reconocía y otras no.

Esta vez no abrió la libreta.

No todo lo que importaba tenía que convertirse de inmediato en una prueba.

---

1. Abuela Manuela.

2. La niebla guarda lo que todavía puede elegir. Lo que ya no elige cae fuera de ella.

3. Siempre coses torcido.

4. Porque ya sé cómo va a quedar.

CAPÍTULO 20

Corvoeira, 2025

Fue Manuel quien propuso que se vieran a solas.

No llamó directamente a Xoán. Le pidió a Uxía que le dijera que fuera una tarde a casa de Amparo, sin ella, sin Puri y sin nadie dispuesto a interpretar por ellos lo que ninguno sabía cómo expresar.

Xoán tardó tres días en responder.

No era Manuel lo que evitaba. Era el único hombre que podía mirarlo y conocer, sin explicaciones, la violencia de haber salido una mañana de 1985 y haber aparecido en un mundo que había seguido avanzando durante cuarenta años.

Cuando por fin fue, caminó solo hasta el final de la Rúa do Cristal. Era la primera vez que recorría aquella distancia sin compañía desde su regreso. Llevaba el teléfono nuevo en el bolsillo y había comprobado dos veces que sabía cómo llamar a Uxía, pero no la llamó.

Manuel abrió antes de que golpeara por segunda vez.

—No sabía si vendrías.

—Yo tampoco.

Amparo descansaba dentro. Antón se había marchado al taller con la excusa transparente de buscar una herramienta. Los dos hombres se sentaron en el patio, sobre bloques de granito que habían pertenecido a Xesús. Entre ellos quedó el cincel pequeño que Manuel empezaba a utilizar cada mañana.

Durante un rato hablaron de cosas que no importaban: del viento, de la reparación del muro, de un barco nuevo amarrado en O Peirao Vello. Era más fácil hablar del presente cuando ninguno de los dos sabía por dónde entrar en la parte de sus vidas que faltaba.

Fue Xoán quien dejó de fingir primero.

—Uxía me contó lo de la red.

Manuel apoyó las manos sobre las rodillas.

—Nudos gruesos.

—Sí.

—No como los de nuestras nasas.

—No.

La coincidencia quedó entre ellos.

—También recuerdo una manga —continuó Manuel—. La agarré porque pensé que eras tú.

Xoán levantó la vista.

—Yo no recuerdo que me agarraras.

—Por eso no sé si eras tú.

Manuel cerró la mano en el aire.

—No veo a la persona. Solo el tejido. Oscuro, áspero y mojado. A veces creo que era tu chaquetón. Otras pienso que era demasiado viejo. Y cuanto más intento recordarlo, menos sé qué estaba allí y qué añadí después de escuchar lo de Ramón.

Xoán se frotó el rostro.

—¿Pudo ser mi padre?

La pregunta devolvió por un instante a Xoán al niño que nunca había conservado un recuerdo de Ramón.

Manuel no buscó una respuesta amable.

—Pudo ser. También pudiste ser tú, pude agarrarme a mi propia ropa o no haber sujetado a nadie. Y aunque fuera Ramón, solo significaría que coincidimos con él en algún momento. No sabemos cuánto tiempo, ni dónde quedó después, ni siquiera si lo que recordamos ocurrió como creemos.

Xoán miró hacia la casa.

Amparo se movió detrás de una ventana, apenas una sombra cruzando la cortina.

—Quiero pensar que estaba allí.

—Ya lo sé.

—Y tú no.

—Yo quiero no convertir una manga en una persona.

No fue una disputa. Fue el límite que Manuel necesitaba para protegerse.

Xoán asintió.

—Tienes razón.

—No he dicho que no fuera él.

—Eso es peor.

Manuel soltó una risa breve y sin humor.

—Casi todo lo que tenemos es peor que una respuesta.

Volvieron a callar.

El cincel reflejaba una línea de luz sobre la piedra. Manuel lo tomó y lo hizo girar entre los dedos.

—Hay otra cosa de la que tenemos que hablar.

Xoán supo cuál era antes de que continuara.

—Yo era quien mandaba en el barco —dijo—. Bieito nos pidió que esperáramos. Tú llevabas un año conmigo y yo me reí.

Manuel dejó quieto el cincel.

—Yo también me reí.

—Tenías veintidós años.

—Y sabía decir que no.

—Confiabas en mí.

—Sí.

La palabra no lo absolvió.

Xoán bajó la mirada hacia sus manos.

—Te llevé hasta la isla.

—Fuimos juntos.

—Yo elegí salir.

—Yo elegí subir al barco.

Manuel se inclinó hacia delante.

—No conviertas mi decisión en una cosa que me hiciste. Bastante nos ha quitado ya la brétema como para que ahora me quites también la parte de mí que eligió aquella mañana.

Xoán lo miró.

En el hospital, los médicos habían hablado de memoria, edad biológica y desorientación. Nadie había encontrado una forma de repartir la responsabilidad de una decisión tomada cuatro décadas antes por dos hombres que seguían sintiéndola reciente.

—Lo siento —dijo Xoán.

—Yo también.

—¿Por qué tú?

—Porque insistí en ir. Porque quería demostrar que podía aprender más rápido que nadie. Porque pensé que el miedo de Bieito era cosa de viejos.

Manuel apretó los labios.

—Pero sentir culpa no cambia quién decidió qué. Solo nos deja otra cosa que cargar.

Xoán respiró hondo.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Qué parte?

—Ser joven aquí. Tener una madre que podría ser tu abuela. Hermanos que parecen tus tíos. Un padre muerto que, para ti, estaba vivo hace unas semanas.

Manuel apoyó el cincel en el bloque.

—Mal. Unos días mejor que otros.

Miró sus manos.

—Amparo dice que un hijo sigue siendo un hijo tenga la cara que tenga. Pero yo la miro y veo todo lo que se perdió de mí. Y luego miro a mis hermanos y descubro que ellos también perdieron algo: tuvieron que crecer, cuidar a nuestros padres, enterrar a papá y aprender a hablar de mí en pasado. Yo llego ahora y parece que mi regreso debería arreglarlo todo.

—No lo arregla.

—No.

—En mi casa tampoco.

Xoán observó la ventana.

—Tengo una hija de cuarenta y cuatro años que casi no me recuerda. Yo la llevo dentro con cuatro. Mi mujer vivió cuarenta años sin darme por muerto y ahora hay días en que me reconoce como si hubiera salido esta mañana y otros en que no sabe quién soy.

—¿Cómo se vive con eso?

Xoán pensó antes de responder.

—Lo perdido no se recupera. Se vive desde donde ha quedado la vida.

Manuel asintió.

Aquella frase no ofrecía consuelo, pero tampoco prometía una reparación imposible.

—A veces me da miedo que, si empiezo a estar bien aquí, sea como aceptar la pérdida de esos cuarenta años —dijo—. Como si estuviera diciendo que no importan.

—Estar vivo no los vuelve justos.

Xoán dejó las manos abiertas sobre las rodillas.

—Solo significa que todavía tenemos tiempo para decidir qué hacemos con lo que queda.

Amparo apareció en la puerta con dos tazas de café.

—Non quería interrompervos[1] —dijo, aunque llevaba varios minutos escuchando desde dentro.

Dejó las tazas y acarició el hombro de Manuel antes de volver a la casa. Xoán siguió el gesto con la mirada.

—Mi madre murió sin verme volver —dijo.

—Ya.

—La tuya todavía puede tocarte.

Manuel rodeó la taza con ambas manos.

—Por eso me da miedo ir a la isla.

Xoán no intentó persuadirlo.

—Ve cuando quieras. O no vayas.

—¿Y tú?

—Yo ya he ido.

—No me refiero a la roca.

Manuel levantó la vista.

—Me refiero a si vas a seguir buscando a Ramón aunque no podamos saber si continúa dentro de la brétema.

Xoán tardó en responder.

—Voy a intentar saber qué ocurrió. No sé todavía si eso es lo mismo que buscarlo.

La distinción era frágil, pero necesaria.

Al despedirse no se abrazaron. Se dieron la mano, un apretón largo que no cerraba nada y, precisamente por eso, prometía que habría otra conversación.

Cuando Xoán regresó a Casa Freire, Uxía estaba en la cocina. No preguntó qué habían dicho. Había aprendido que acompañar no siempre consistía en pedir explicaciones.

Xoán se sentó frente a ella.

—Hablamos de la manga.

—¿Recordasteis algo nuevo?

—No. Y eso también es una respuesta.

Uxía esperó.

—Ninguno sabe de quién era —continuó—. Tampoco sabemos cuánto de lo que recordamos estaba realmente allí.

—¿Estás bien?

—No.

Lo dijo sin suavizarlo.

Después miró el teléfono sobre la mesa y añadió:

—Pero estoy menos solo que ayer.

Uxía asintió.

No era poco.

---

1. No quería interrumpiros.

CAPÍTULO 21

Corvoeira, 1986

Carme dejó de contar los días al acercarse el cuarto mes.

Los días se parecían demasiado unos a otros: el mismo hueco en la cama, los mismos pasos hasta la ventana, las mismas barcas regresando sin que ninguna trajera a Xoán. Los meses, en cambio, tenían la decencia de quedarse quietos en el calendario de la cocina. Cada vez que terminaba uno, Carme dibujaba una cruz pequeña junto al nombre.

No sabía qué contaba exactamente.

El tiempo que Xoán llevaba fuera.

El tiempo que ella había conseguido resistir.

O la distancia entre la mañana en que salió a pescar y cualquier posibilidad razonable de que siguiera vivo.

Uxía seguía siendo demasiado pequeña para comprender un calendario, pero entendía otras cosas. Sabía que su madre se sentaba cada noche junto a la ventana con una taza que nunca terminaba. Que las visitas bajaban la voz cuando ella entraba. Que había dejado de preguntarle cuándo volvería papá porque la cara de Carme cambiaba incluso antes de contestar.

—Mamá. ¿Por qué miras el agua?

—Por se acaso, meniña. Por se acaso.[1]

Al principio, Carme oía motores.

No durante el día, cuando podía comprobar de dónde venía cada ruido, sino en la frontera incierta entre el sueño y la vigilia. Se incorporaba convencida de haber reconocido el motor del *Santa Bárbara* y bajaba descalza al patio, sin abrigo, antes de que el pensamiento pudiera alcanzar al cuerpo.

Una noche llegó hasta la calle.

Puri la encontró junto al muro, mirando hacia un puerto oculto por la oscuridad.

—Non foi nada, Carme —le dijo, envolviéndola con una manta—. Volve á cama.[2]

—Oíches o motor?[3]

—Non oín nada.[4]

—Eu si oín algo.[5]

Puri no discutió. La acompañó de vuelta, le secó los pies y se quedó sentada en la cocina hasta el amanecer.

Aquella primavera, Puri llegó a Casa Freire con dos maletas.

Dijo que sería temporal. Que a Carme le vendría bien alguien mientras intentaba reorganizar su vida y que Uxía necesitaba una persona que la llevara algunos días a la escuela. Ninguna de las dos preguntó cuánto duraba «temporal».

Puri ocupó la habitación de invitados y aprendió a despertarse con cada tabla del pasillo. Guardó la llave de la puerta en un lugar más alto. Preparó desayunos, llevó a Uxía al médico cuando tuvo anginas y respondió a las preguntas de los vecinos para que Carme no tuviera que hacerlo.

No sustituyó a Xoán.

Ocupó todo lo que su ausencia había dejado sin manos.

Con el paso de los meses, Carme dejó de salir cada vez que creía oír un motor. No porque hubiera dejado de esperar, sino porque el cuerpo no podía sostener indefinidamente aquella alarma. Empezó a dormir algunas noches completas. Volvió a reírse en ocasiones y después se culpaba por haberlo hecho. Aprendió a atravesar un día sin pronunciar el nombre de Xoán.

Desde fuera, aquello parecía una mejoría.

Puri sabía que era otra forma de cansancio.

El pueblo continuó porque los pueblos siempre continúan, con o sin permiso de quienes se quedan atrás. La lonja abría cada mañana. Los barcos salían y regresaban. Las mujeres compraban pescado, los hombres discutían sobre mareas y los niños crecían lo suficiente para cambiar de pupitre.

Cuando empezó el curso siguiente, Carme llevó a Uxía de la mano hasta la puerta. Había peinado a la niña dos veces y le había abrochado mal un botón del abrigo. Sonrió a las otras madres, habló de cuadernos y meriendas y regresó sola a casa con el mismo rostro sereno que utilizaba en público.

Solo al cerrar la puerta se permitió apoyar la frente contra la madera.

Puri no la vio llorar. Encontró después el pañuelo húmedo en el fregadero y no dijo nada.

Meses antes, durante aquel primer invierno y antes de que Puri se instalara en Casa Freire, don Amador Castro había acudido a hablar con Carme.

Treinta y nueve años antes había escrito *desaparecido* junto al nombre de Ramón. Ahora caminaba con bastón y le temblaban las manos, pero seguía recordando la negativa de Xosefa en aquella misma cocina.

—El pueblo necesita despedirse —dijo—. No tiene que ser un funeral. Podría celebrarse una misa, dejar flores, rezar por los que están en el mar.

Carme permaneció de pie.

—Non.[6]

—Non tes que chamalo morto.[7]

—Pero todos o chamarán así cando saian da igrexa.[8]

Don Amador bajó la mirada.

—Uxía tamén necesita un lugar para o seu pai.[9]

—Uxía ten a súa casa.[10]

—Carme…

—Eu non vou facer un funeral por alguén que non morreu.[11]

La voz no se le quebró.

—Se algún día atopan o corpo, farei o funeral que faga falta. Ata entón, non.[12]

Don Amador no insistió.

Antes de marcharse observó la ventana, el mismo trozo de ría que Xosefa había evitado mirar durante años.

—Túa sogra dixo case o mesmo[13] —murmuró.

Carme no sabía que estaba repitiendo una negativa de la generación anterior. La historia de Ramón le había llegado fragmentada, reducida a un nombre y a la manera en que Xoán evitaba hablar de su padre.

—Pois alguén terá que dicilo cada vez que pase.[14]

El cura se santiguó antes de cruzar la puerta.

No apareció ningún cuerpo aquel año.

Tampoco en los siguientes.

Con el tiempo, el pueblo dejó de insistir. Aprendió a tratar la ausencia de Xoán como se trata una grieta antigua en una fachada: todos sabían que estaba allí y nadie la señalaba cada vez que pasaba por delante.

Uxía creció dentro de una regla nunca pronunciada del todo. Su padre no era un muerto al que pudiera llevar flores ni un vivo del que llegaran cartas. Era una ausencia con forma de ventana, alianza y taza fría.

A veces pedía que le contaran cómo era.

Carme respondía con detalles pequeños: cantaba mal, se dormía escuchando la radio, cortaba el pan demasiado grueso. Puri añadía otros: no sabía llegar puntual, se reía con todo el cuerpo, prometía arreglar el peldaño de la entrada y siempre encontraba algo más urgente.

Ninguna le contó todavía la historia de la brétema.

Querían que Uxía recordara a su padre como un hombre antes de convertirlo en un misterio.

La espera de Carme fue cambiando.

Dejó de levantarse cada noche. Dejó de preguntar a cada barco. Hubo años en que guardó la fotografía de Xoán dentro de un cajón porque verla le hacía daño y años en que la colocó de nuevo junto a la ventana. Trabajó, crio a su hija, cuidó a Xosefa y aprendió a vivir sin convertir cada día en una ceremonia.

Pero nunca aceptó un funeral.

No porque permaneciera cuarenta años suspendida en la misma esperanza, sino porque nunca recibió una certeza que le permitiera dar a Xoán por muerto.

1. Por si acaso, niña. Por si acaso.

2. No fue nada, Carme. Vuelve a la cama.

3. ¿Oíste el motor?

4. No oí nada.

5. Yo sí oí algo.

6. No.

7. No tienes que llamarlo muerto.

8. Pero todos lo llamarán así cuando salgan de la iglesia.

9. Uxía también necesita un lugar para su padre.

10. Uxía tiene su casa.

11. Yo no voy a hacer un funeral por alguien que no ha muerto.

12. Si algún día encuentran el cuerpo, haré el funeral que haga falta. Hasta entonces, no.

13. Tu suegra dijo casi lo mismo.

14. Pues alguien tendrá que decirlo cada vez que ocurra.

CAPÍTULO 22

Corvoeira, 2025

La médica evitó describir el empeoramiento como «otro escalón».

Antes de atribuir el cambio al Alzheimer, revisó la medicación de Carme, le tomó la temperatura, pidió una analítica y descartó una infección, deshidratación u otra causa aguda que pudiera explicarlo.

—La enfermedad fluctúa —explicó a Uxía en el pasillo—. Puede haber días mucho peores y después cierta recuperación. También puede establecerse un nivel nuevo de dependencia. No puedo decirte hoy cuál de las dos cosas está ocurriendo.

Dentro, Puri daba de merendar a Carme con el mismo plato, la misma cuchara y el mismo tono de voz de la semana anterior. Solo habían cambiado las pausas. Esperaba más entre cada bocado y repetía las indicaciones sin mostrar impaciencia.

Todo había empezado tres días antes.

Carme despertó de la siesta, entró en la cocina y encontró a Puri preparando café. Se quedó detenida en la puerta, observándola con un miedo tan auténtico que al principio su hermana no comprendió qué ocurría.

—¿Quen é vostede?[1]

Puri dejó la cafetera.

No intentó acercarse.

—Son Puri.[2]

Carme retrocedió.

—Puri é unha nena.[3]

Durante casi una hora, para Carme, su hermana fue una desconocida que conocía demasiado bien la casa. Puri habló desde el otro lado de la mesa, le explicó que estaba allí para ayudarla y aceptó que Carme no quisiera tocar el café que había preparado. No la corrigió. No le enseñó fotografías. Esperó.

Después, sin transición visible, Carme observó las manos de Puri y dijo:

—Tes que poñer crema aí. Tes a pel aberta.[4]

La había reconocido por una grieta junto al pulgar.

Desde entonces confundía también a Uxía con mayor frecuencia. Algunas mañanas la llamaba por el nombre de su abuela materna. Otras le preguntaba cuándo regresaría de la universidad, como si su hija tuviera todavía dieciocho años. Había momentos en los que comprendía que Xoán había vuelto y otros en que lo situaba dentro de una época distinta.

Él llevaba tres días sin alejarse mucho.

No permanecía pegado a Carme en todo momento. Había aprendido a dejar espacio a Puri para asearla, a salir al patio cuando su presencia la inquietaba y a regresar sin ofenderse si ella preguntaba quién era. Pero la acompañaba durante las horas tranquilas: le leía titulares del periódico, doblaba ropa junto a ella o se sentaba sin hablar mientras Carme miraba la ría.

Uxía los encontró una tarde en la sala.

Carme dormitaba en el sillón y Xoán sostenía su mano, sin apretarla, como si temiera despertarla.

—Puedes descansar un poco —dijo Uxía—. Puri y yo estamos aquí.

—Ya lo sé.

—Llevas tres días pendiente de cada movimiento.

Xoán miró a Carme.

—No sé cuánto tiempo nos queda en el mismo lugar.

—Eso no significa que tengas que agotarte.

—No.

Levantó la vista hacia Uxía.

—Pero quedarme ahora es una decisión mía. No una deuda.

La distinción importaba.

—Ella vivió cuarenta años sin darme por muerto —continuó—, pero yo no puedo compensarlos sentándome junto a esta silla. Tampoco puedo recuperar a la mujer que dejé. Solo puedo estar con la que está aquí hoy, aunque hoy no sepa quién soy.

Uxía se sentó al otro lado.

—¿Te duele cuando no te reconoce?

—Sí.

No intentó fingir lo contrario.

—Y cuando me reconoce como si ella aún tuviera treinta y cinco, también. Porque entonces soy yo quien tiene que saber todo lo que ella todavía no sabe en ese momento.

Carme se removió.

Abrió los ojos despacio y miró primero a Xoán. Después a Uxía. Durante unos segundos pareció buscar la semejanza entre ambos rostros, intentando ordenar edades que no podían convivir en el mismo recuerdo.

—Sodes os dous…[5] —empezó.

La frase se perdió.

—¿Somos los dos qué, mamá? —preguntó Uxía con suavidad.

Carme frunció el ceño. Cerró los ojos otra vez.

Uxía creyó que se había dormido cuando su madre volvió a hablar.

—Tíveno claro durante corenta anos.[6]

La voz era baja, pero cada palabra llegó completa.

Abrió los ojos y miró a Xoán.

—E agora que o teño diante, xa case non sei nin quen son eu.[7]

Ninguno respondió enseguida.

La frase no demostraba que Carme fuera plenamente consciente de todo lo ocurrido. Podía ser un instante de percepción, una emoción que había encontrado palabras o una mezcla de tiempos que, por una vez, coincidía con la verdad. Uxía no quiso interrogarla para descubrirlo.

Xoán llevó la mano de Carme hasta sus labios.

—Ti es Carme.[8]

Ella lo miró.

—E ti?[9]

El dolor le cruzó el rostro.

—Xoán.

Carme repitió el nombre sin reconocerlo del todo.

—Xoán.

Después apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Xoán mantuvo su mano entre las suyas.

Uxía observó a sus padres y comprendió que el regreso no estaba ocurriendo una sola vez. Ocurría cada mañana en que Carme lo reconocía, cada tarde en que había que presentarlo de nuevo y cada noche en que Xoán decidía quedarse sin exigirle que recordara.

La brétema había devuelto el cuerpo de Xoán una sola vez.

La enfermedad de Carme hacía que, para ella, aquel regreso tuviera que empezar de nuevo cada día.

---

1. ¿Quién es usted?

2. Soy Puri.

3. Puri es una niña.

4. Tienes que ponerte crema ahí. Tienes la piel agrietada.

5. Sois los dos…

6. Lo tuve claro durante cuarenta años.

7. Y ahora que lo tengo delante, ya casi no sé ni quién soy yo.

8. Tú eres Carme.

9. ¿Y tú?

CAPÍTULO 23

Corvoeira, 2025

Uxía llevaba tres días sin contestar el correo de Marta.

Lo abrió por quinta vez en la mesa de la cocina, mientras Carme dormía y Xoán había salido al patio con Puri.

Uxía, llevamos semanas sin saber de ti. Sé que lo de tu madre es duro. Tómate el tiempo que necesites. Si además hay algo en el pueblo que merezca un reportaje cuando estés lista, ya sabes que aquí siempre hay sitio para tu firma. —Marta

No había presión explícita en el mensaje. Marta era su editora desde hacía nueve años y sabía cuándo empujar y cuándo dejar una puerta abierta. Precisamente por eso Uxía sentía el peso de aquella última frase.

Si hay algo.

Había algo.

Tenía dos identidades confirmadas por ADN, testimonios de varias generaciones, un expediente con datos meteorológicos contradictorios, recuerdos coincidentes que no podían verificarse, una fotografía de Ramón y dos objetos encontrados en A Illa dos Corvos cuya antigüedad y procedencia aún no habían sido analizadas.

Tenía también huecos enormes.

No podía demostrar qué era la brétema, cuánto tiempo había transcurrido para Xoán y Manuel ni si Ramón había coincidido realmente con ellos. La forma vista por Bieito podía ser una persona

o una interpretación nacida del miedo. La pieza con iniciales podía haber llegado a la isla de muchas maneras. El botón todavía no había pasado por manos expertas.

Como periodista, sabía que aquello no bastaba para publicar la explicación concluyente que muchos lectores querrían encontrar.

Como hija, sabía que bastaba para destruir la intimidad de varias familias.

Cerró el portátil.

La historia no le pertenecía únicamente porque fuera capaz de escribirla.

Esa tarde habló primero con Manuel.

No le planteó un reportaje concreto. Le preguntó qué ocurriría si la reaparición dejaba de ser un asunto local y alguien difundía sus nombres, las fotografías y la relación con la isla.

Manuel miró hacia la sala donde Amparo dormía.

—Vendrían a verla.

—Probablemente.

—Le preguntarían cómo enterró a un hijo vivo.

—Sí.

—Entonces yo no quiero.

La respuesta fue inmediata.

—Al menos no ahora. Mi madre todavía se despierta creyendo que mi regreso es un sueño. No voy a permitir que tenga que demostrárselo también a desconocidos.

Uxía no tomó notas.

Después habló con Bieito.

—No pienso volver a esconder lo que vi si llega el momento de contarlo —dijo él—. Pero tampoco quiero que Sabela pague por un secreto que puse sobre sus hombros cuando ella era una niña.

—Podría mantener su nombre fuera.

—En Corvoeira todos sabrían quién es.

Tenía razón.

Puri fue todavía más directa.

—Carme no puede consentir que la reduzcan a la viuda que esperó cuarenta años. Y tú no puedes decidir que su enfermedad sea una escena pública porque quede bien escrita.

—No quiero hacerlo.

—Entonces no lo hagas.

La conversación con Xoán fue la única que Uxía aplazó hasta la noche.

Se sentaron en el patio trasero. Las gallinas estaban ya recogidas y el cielo conservaba una franja clara sobre la ría. Xoán sostenía el teléfono nuevo, practicando cómo abrir las fotografías que Uxía le había enviado.

—Podría contar esto —dijo ella—. No ahora mismo, porque aún faltan comprobaciones. Pero podría investigarlo como reportaje. Lo que os ocurrió, la brétema, la isla, lo de Ramón.

Xoán bloqueó la pantalla.

—¿Quieres hacerlo?

—No sé.

—Eso no es lo mismo que sí.

Uxía miró el muro del patio.

—He construido mi vida contando cosas que otros preferían ocultar. Si existe un fenómeno capaz de devolver a dos personas después de cuarenta años, quizá callarlo no sea solo una decisión familiar. Puede haber otras desapariciones, otros lugares, especialistas capaces de investigar aspectos que nosotros no podemos explicar.

—También puede haber gente viniendo aquí para vernos como si fuéramos una prueba.

—Sí.

—¿Qué pasaría con Carme?

—Su enfermedad se convertiría en parte del relato. Aunque no publicara una fotografía, alguien la buscaría.

—¿Y Manuel?

—No quiere que Amparo pase por eso.

Xoán asintió.

—¿Bieito?

—Acepta que quizá algún día deba hablar, pero no quiere exponer a Sabela.

—Entonces no es una historia. Son muchas.

Uxía lo miró.

—Y no puedes pedir permiso a una sola persona para contarlas todas —añadió.

No era una prohibición. Era la misma frontera ética a la que ella había llegado.

—Podría anonimizar parte.

—En un pueblo como este, cambiar un nombre no oculta a nadie.

—También es verdad.

Xoán dejó el teléfono sobre el banco.

—¿Qué ocurriría si no publicas ahora?

—Puede que otra persona llegue antes. Ya han venido periodistas. Breogán no podrá evitar que la información contenida en esos registros termine circulando. Alguien puede contar una versión peor, sin contexto y sin respetar a nadie.

—¿Y publicar tú impediría eso?

Uxía pensó.

—No necesariamente.

—Entonces quizá la pregunta no sea si la historia se contará algún día. Quizá sea quién decide cuándo y desde dónde.

El gesto con el que Xoán le tomó la mano seguía siendo algo torpe. No tenían cuarenta años de confianza entre padre e hija; llevaban semanas intentando construirla.

—No te digo que la guardes para siempre —continuó—. Tampoco quiero que un día pienses que renunciaste por mí. Solo que no utilices la urgencia de otros para tomar una decisión que después no puedas deshacer.

Uxía dejó que la oscuridad terminara de cubrir el patio.

Durante años había considerado la publicación el momento en que una investigación cumplía su propósito. Si una verdad no llegaba a los lectores, parecía incompleta. Pero aquella vez el trabajo podía consistir también en documentar, comprobar y conservar sin entregar todavía a nadie aquello que las personas afectadas no estaban preparadas para hacer público.

—No voy a publicar —dijo.

Xoán esperó.

—No ahora. Seguiré investigando, pero mantendré el archivo en privado hasta que tengamos respuestas más sólidas y todos los

implicados puedan decidir qué parte desean contar.

—Carme quizá nunca pueda decidirlo.

—Entonces su vulnerabilidad no será un permiso.

Xoán le apretó la mano.

Aquella noche Uxía respondió por fin a Marta.

Marta, no hay reportaje. Al menos no por ahora. Hay una situación personal y varias personas vulnerables implicadas. Necesito investigarla sin publicar y decidir más adelante, con ellas, si existe una forma responsable de contar algo. Te llamaré cuando pueda explicarte más. Gracias por esperar.

Leyó el mensaje dos veces antes de enviarlo.

No escribió *puede que nunca*.

Tampoco prometió una historia futura.

Pulsó el botón y cerró el portátil.

Sintió alivio, pero también pérdida. Había pasado años aprendiendo a reconocer una gran historia cuando aparecía y ahora elegía no reclamarla. Sin embargo, debajo de esa renuncia había algo que no esperaba: la certeza de que conservar el control sobre un relato también podía ser una forma de proteger la verdad.

Abrió la libreta.

En la primera página escribió:

Archivo privado de Corvoeira. No publicar sin revisión, comprobaciones y consentimiento.

Después reunió en una carpeta la copia de la fotografía de Ramón, las copias del expediente y las notas de cada entrevista.

No había cerrado la investigación.

Había decidido en manos de quién debía permanecer mientras siguiera abierta.

CAPÍTULO 24

Corvoeira, 2025

Encontrar a alguien dispuesto a examinar dos objetos metálicos sin una procedencia arqueológica oficial resultó más difícil de lo que Uxía esperaba.

No podía presentarse en un laboratorio diciendo que una pieza con las iniciales quizá había pertenecido a un hombre desaparecido en 1947 y que un botón se había desprendido de la chaqueta de otro hombre cuarenta años antes mientras su cuerpo envejecía apenas cuatro años. Pero tampoco podía ocultar el contexto físico del hallazgo sin volver inútil cualquier observación seria.

Terminó ofreciendo la única verdad que podía sostener sin pedirle a nadie que creyera todavía en la brétema: había encontrado dos objetos metálicos en puntos distintos de A Illa dos Corvos, ambos documentados antes de retirarlos, y existían motivos familiares para relacionarlos con dos desapariciones ocurridas en 1947 y 1985.

Llegó hasta Sonia Pazos a través de un antiguo compañero de universidad. Sonia trabajaba como conservadora-restauradora especializada en metales históricos y colaboraba con un laboratorio universitario de Santiago. Antes de aceptar la visita pidió las fotografías del lugar, las medidas, una descripción de cómo se habían recogido y la confirmación de que Uxía no había intentado limpiar los objetos.

—Eso último es importante —le había escrito—. La corrosión también es información.

Uxía leyó el mensaje dos veces y agradeció haberse resistido al vinagre de Puri.

La mañana de la cita salió de Corvoeira con los objetos dentro de sobres separados, colocados a su vez en una caja rígida. Xoán y Puri se quedaron con Carme. Xoán reconocía el botón como suyo; la pieza con las iniciales podía haber pertenecido a Ramón, aunque nadie tenía aún derecho a afirmarlo como certeza. Antes de marcharse, Uxía explicó a su padre exactamente adónde los llevaba.

—No van a cortar ni raspar nada —dijo—. La primera revisión será visual. Si Sonia propone otra prueba, te preguntaré antes.

Xoán miró la caja.

—¿Volverán hoy?

—Sí.

—Entonces llévalos.

La respuesta fue sencilla, pero Uxía comprendió que no lo era para alguien que acababa de recuperar una vida construida casi por completo con objetos que otros habían conservado.

El laboratorio tenía más luz artificial que ventanas y un silencio interrumpido por ventiladores, cajones metálicos y el clic ocasional de una cámara.

Sonia no tocó los objetos al principio. Fotografió los sobres, comprobó las anotaciones de Uxía y abrió en la pantalla las imágenes tomadas en la isla.

—Esto está bien documentado —dijo—. Vista general, escala, posición y fotografías previas a la extracción. No sustituye a una excavación ni crea una cadena de custodia oficial, pero permite comprobar cómo estaban y dónde fueron fotografiados antes de retirarlos.

—No estoy intentando autentificar una reliquia.

—Me alegra oírlo. Las reliquias suelen venir acompañadas de la respuesta que se espera que encuentre quien las analiza.

Se puso los guantes.

Comenzó por la pequeña pieza ovalada con las iniciales R. F. O. La observó con una lupa binocular y dirigió la luz desde varios ángulos.

—La identificación de Bieito es razonable —dijo—. Podría ser un remache o una pequeña pieza metálica de la cacha de una navaja. El formato encaja con objetos de uso cotidiano de la primera mitad del siglo veinte.

—¿Puedes fecharla?

—No por la forma con suficiente precisión. Podría ser de los años treinta, cuarenta o cincuenta. Y que se fabricara entonces no demuestra cuándo llegó a la isla.

Sonia amplió las iniciales en una pantalla.

—El grabado parece manual y anterior a la corrosión principal. Eso sí puedo decirlo. Las letras no fueron arañadas ayer sobre una pieza vieja.

Uxía sintió que el pecho se le aflojaba apenas.

No demostraba que hubiera pertenecido a Ramón. Demostraba únicamente que las iniciales formaban parte de la historia del objeto y no de una manipulación reciente.

—¿La corrosión puede decir cuánto tiempo estuvo allí?

—No como una fecha de nacimiento. Depende de la aleación, la salinidad, la ventilación, el contacto con otros minerales, los ciclos de humedad y hasta de si quedó enterrada o expuesta. Puedo describir el tipo de alteración y compararlo con escenarios posibles. No puedo decir «setenta y ocho años» mirando una costra.

Pasó al botón.

La cruz grabada en el reverso seguía visible bajo la capa rojiza. Sonia tomó nuevas fotografías, midió el diámetro y examinó la zona donde el borde estaba deformado.

—Este objeto ha estado expuesto durante mucho tiempo a un ambiente marino o costero agresivo —dijo—. Hay capas superpuestas

de corrosión y señales de ciclos repetidos de humedad y secado. No parece algo perdido hace unas semanas.

—¿Podrían ser cuatro años?

Sonia apartó los ojos de la lupa.

—Podrían existir condiciones capaces de producir un deterioro intenso en cuatro años. También podría corresponder a varias décadas. Sin conocer la composición exacta y el microambiente donde estuvo, cualquier cifra sería demasiado aventurada.

Uxía le enseñó la fotografía del botón todavía encajado en la repisa.

—La persona que lo identifica afirma que se desprendió de su chaquetón en noviembre de 1985.

No dijo aún que aquella persona parecía tener cuarenta y tres años.

Sonia volvió a mirar el metal.

—Si la identificación y la fecha son correctas, el estado exterior es compatible con una exposición prolongada desde entonces. Compatible no significa demostrado.

—Lo sé.

—¿Cómo se reconoce?

—Por la cruz. El propietario recuerda haberla hecho con una navaja. Otro testigo recuerda la marca.

Sonia anotó la información como testimonio de procedencia, separada de sus propias observaciones.

—La incisión está cubierta por productos de corrosión, así que no parece reciente. Eso respalda que la marca sea antigua. No autentifica la historia completa.

Uxía agradeció cada límite. La prudencia de Sonia no debilitaba el hallazgo; impedía que el deseo lo deformara.

—¿Puedes saber más sin dañarlo?

—Podemos estudiar la composición con fluorescencia de rayos X y observar las capas con microscopía. También comparar depósitos adheridos con muestras del entorno, aunque para eso necesitaríamos recogerlas de manera controlada en la isla. Ninguna de esas pruebas te dará una fecha exacta, pero puede descartar fraudes, reparaciones recientes o materiales incompatibles con la época.

—¿Y la pieza con las iniciales?

—Lo mismo. Para análisis que impliquen retirar una muestra, por mínima que sea, necesitaría otra autorización expresa. Yo empezaría por lo no destructivo.

Sonia preparó un formulario de depósito temporal. Incluía fotografías de cada objeto, su estado de conservación y las pruebas autorizadas. Uxía lo leyó entero.

—El botón es de Xoán —dijo—. Tengo que preguntárselo.

Salió al pasillo y lo llamó.

Xoán respondió al cuarto tono.

—¿Ha pasado algo?

—No. Sonia cree que el botón ha sufrido una exposición marina prolongada, pero no puede convertir la corrosión en una fecha. Propone dejarlo unos días para hacer pruebas no destructivas. Estaría registrado, fotografiado y bajo su responsabilidad. No cortarán ni retirarán material.

Al otro lado se oyó el roce del teléfono contra la cara.

—¿Y la pieza con las iniciales?

—Puede ser de una navaja de la primera mitad del siglo pasado. El grabado de las iniciales no parece reciente, pero eso todavía no demuestra que la pieza fuera suya. También quiere estudiarla sin dañarla.

Xoán guardó silencio.

—¿Sabrás dónde están?

—En el laboratorio de Sonia. Tendré una copia firmada del depósito y me avisará antes de cualquier otra prueba.

—Entonces déjalos.

—¿Seguro?

—He perdido demasiadas cosas sin saber dónde estaban. Estas no están perdidas si sabemos quién las guarda y para qué.

Uxía firmó únicamente las pruebas no destructivas.

Antes de cerrar la caja de conservación, Sonia colocó cada pieza en un soporte independiente y añadió una etiqueta con un código.

—La ciencia no suele entregar respuestas completas —dijo—. La mayor parte del tiempo reduce el número de explicaciones malas.

—Ahora mismo me conformaría con eso.

En el viaje de regreso, Uxía pensó en la frase de Avoa Manuela sobre los objetos que caían al tiempo corriente. La tradición familiar hablaba de caminos; Sonia, de aleaciones, humedad y depósitos.

No eran explicaciones equivalentes.

Tampoco era necesario obligarlas a competir. Una pertenecía al lenguaje con el que Corvoeira había soportado el misterio durante generaciones. La otra intentaba describir únicamente lo que el metal permitía medir.

Al llegar a Casa Freire, encontró a Xoán cortando pan mientras Carme dormía en la sala.

Le entregó la copia del depósito.

Él leyó despacio el nombre de Sonia, la dirección del laboratorio y los códigos de los dos objetos. Después dobló el papel y lo guardó en la

caja donde conservaba la fotografía de Ramón.

—¿Qué sabes ahora? —preguntó.

Uxía pensó antes de responder.

—Que la pieza con las iniciales es compatible con una pieza antigua de navaja y que las iniciales no parecen recientes. Que el botón ha estado expuesto durante mucho tiempo a un ambiente marino, pero todavía no podemos decir cuánto. Y que nadie ha encontrado una explicación que convierta eso en una prueba de la brétema.

Xoán asintió.

—Es más de lo que sabíamos ayer.

Aquella noche Uxía escribió en la libreta:

La ciencia no confirma la leyenda. La obliga a esperar fuera del laboratorio mientras se examina el metal.

Debajo añadió:

No escribir que el botón permaneció allí desde 1985 hasta disponer de resultados. Hablar solo de exposición marina prolongada; la duración exacta sigue abierta.

La segunda frase le pareció más importante que la primera.

CAPÍTULO 25

Corvoeira, 2025

El bar estaba a punto de cerrar cuando Uxía regresó, esta vez sin libreta y sin preguntas preparadas.

Solo quería sentarse en la misma barra donde, semanas atrás, había empezado a tirar de un hilo sin saber todavía cuánto acabaría deshaciendo.

Sabela la vio entrar y no preguntó qué había descubierto. Sirvió dos copas pequeñas de licor café, giró el cartel de la puerta y apagó la mitad de las luces.

—No vienes a trabajar —dijo.

—No. Vengo a verte a ti.

La frase pareció incomodarla más que una entrevista.

Sabela se apoyó en la barra. Durante unos minutos bebieron sin hablar, escuchando cómo la nevera arrancaba, se detenía y volvía a dejar el local en silencio. En las paredes permanecían fotografías del puerto, de equipos infantiles y de fiestas celebradas antes de que las mesas empezaran a quedarse vacías entre semana.

—¿Cómo estás? —preguntó Uxía—. De verdad. No te lo he preguntado desde que me contaste lo de tu padre.

Sabela observó la copa.

—Cansada.

No añadió enseguida nada más. La sinceridad parecía haber consumido la energía necesaria para adornar la respuesta.

—Llevo casi toda la vida cargando con algo que no era mío. Desde los nueve años. Y ahora que lo he soltado, en vez de sentirme ligera, me siento como si hubiera perdido un trabajo que odiaba pero que sabía hacer mejor que nadie.

—Tiene sentido.

—¿Lo tiene?

—Durante cuarenta años, parte de tu identidad consistió en no contar una cosa. Aunque fuera injusto, sabías qué se esperaba de ti. Ahora tienes que decidir quién eres sin ese encargo.

Sabela soltó una risa breve.

—Te has vuelto muy lista desde que te fuiste.

—Ya era insoportable antes.

—Eso sí lo recuerdo.

La broma aflojó algo entre las dos.

Sabela dio otro sorbo.

—A veces tenía envidia de ti.

Uxía levantó la vista.

—¿De mí?

—Tú al menos tenías una historia, aunque fuera horrible. Tu padre desapareció, tu madre se negó a darlo por muerto y todo el pueblo sabía que aquello había partido vuestra vida. Yo solo tenía un secreto que guardar. Guardar un secreto no es lo mismo que tener una historia. Es casi lo contrario.

—No cuando el secreto también te cambia.

—Pero no me pertenecía. —Sabela apoyó la copa—. Tú puedes decidir qué haces con lo que sabes. Yo pasé cuarenta años sin poder decidir nada. Solo callándolo porque se lo prometí a un padre asustado cuando tenía nueve años y no entendía lo que estaba prometiendo.

Uxía pensó en la decisión que había tomado unos días antes: no publicar, al menos todavía. Incluso renunciar había sido una elección. Sabela no había dispuesto de ninguna.

—¿Te arrepientes de habérmelo contado?

—No.

La respuesta fue inmediata.

—Me alivió. También me dio miedo. A veces miro a mi padre y recuerdo que durante años fui la única persona que sabía lo que había hecho. Era como ver una herida debajo de la ropa de alguien y fingir que no existía.

—¿Le dijiste que habías hablado conmigo?

—Esa misma noche.

Sabela sonrió de una forma frágil.

—Me llamó llorando después de que fueras a verlo. Dijo que contigo había conseguido contarlo entero, sin esconderse detrás de frases a medias.

—¿Está enfadado contigo?

—Me pidió perdón.

Sabela bajó la voz.

—Por haberme convertido en el lugar donde guardaba su miedo.

Uxía alargó una mano sobre la barra y cubrió la suya.

No hacía falta asegurar que todo estaría bien. Las promesas grandes habrían sonado falsas en un pueblo marcado por tantas vueltas

esperadas que nunca ocurrieron cuando debían.

—Gracias por contármelo —dijo—. Y por dejarme hablar con él.

—Gracias por parar cuando te lo pedí. No todo el mundo habría parado.

Uxía retiró la mano.

—Yo tampoco habría parado siempre.

La admisión sorprendió a Sabela.

—Antes habría pensado que la verdad justificaba casi cualquier insistencia. Ahora no estoy tan segura.

—¿Te arrepientes de hacerte periodista?

—No. Me arrepiento de algunas maneras de serlo.

Sabela recogió las copas y empezó a limpiar la barra. Uxía se levantó para ayudar.

—Los vasos boca abajo —recordó Sabela cuando la vio colocarlos.

—No entiendo por qué sigues dejándome colaborar.

—Porque necesito comprobar cada cierto tiempo que hay cosas que no han cambiado en diecisiete años.

La mención de los diecisiete años no sonó como reproche. Uxía secó otro vaso.

—¿Por qué te quedaste tú?

Sabela dejó de limpiar.

—Al principio por mi padre. Después por el bar. Más tarde porque ya no sabía si quedarme seguía siendo una obligación o se había convertido en mi elección.

Miró las mesas vacías.

—Aquí todo el mundo piensa que marcharse es avanzar y quedarse es no haberse atrevido. No siempre es verdad. A veces quedarse también exige elegir cada mañana un lugar que se hace un poco más pequeño.

La frase acompañó a Uxía.

—¿Y ahora?

—Ahora sigo aquí porque quiero. La mayoría de los días.

—Eso parece una respuesta suficientemente buena.

—Es la única que tengo.

Cerraron juntas. Uxía pasó el paño por la barra con la misma torpeza que cuando ayudaba de adolescente a cambio de refrescos y patatas fritas. Sabela tuvo que repasar una esquina.

—Sigues haciéndolo todo al revés.

—Y tú sigues corrigiéndome antes de que termine.

Esta vez la risa salió limpia.

Antes de separarse, Sabela la abrazó junto a la puerta. No fue el abrazo cuidadoso de su primer reencuentro, entre dos mujeres que buscaban a las niñas que habían sido. Fue un gesto presente, sin necesidad de recuperar diecisiete años de una sola vez.

Uxía volvió a Casa Freire con una certeza que no tenía relación directa con la brétema.

La investigación no solo estaba abriendo historias antiguas.

También le estaba permitiendo recuperar vínculos que había dejado en suspenso al marcharse.

CAPÍTULO 26

Corvoeira, 2025

El hombre llevaba una libreta parecida a la de Uxía.

Fue lo primero que le llamó la atención, antes incluso de que se presentara: el mismo tamaño, la misma goma negra sujetando las tapas, una herramienta que delataba el oficio antes de que apareciera la acreditación.

—Iago Cambón.

Le mostró un carné profesional y después le tendió la mano junto a la entrada de A Lonxa.

—Trabajo por cuenta propia. Estoy preparando un reportaje sobre despoblación en los pueblos costeros gallegos.

Uxía miró la acreditación el tiempo suficiente para leer el nombre y la publicación con la que colaboraba. No aceptó todavía la mano.

—¿Y por qué me buscas a mí?

—Porque en Vilanova me hablaron de un rescate extraño ocurrido aquí hace unas semanas. Dos hombres encontrados cerca de A Illa dos Corvos. Al parecer, durante las primeras horas nadie pudo confirmar oficialmente quiénes eran.

Uxía mantuvo el rostro inmóvil.

—En los pueblos se exagera.

—Mucho.

Iago guardó el carné, no la libreta.

—Por eso comprobé lo que podía antes de venir.

Sacó el teléfono y mostró la reproducción digital de una noticia de noviembre de 1985. El titular hablaba de dos pescadores desaparecidos después de que el *Santa Bárbara* apareciera vacío. Debajo figuraban los nombres de Xoán Freire Rial y Manuel Rial Bugallo.

—Cuando pregunté por el rescate reciente, dos personas utilizaron esos mismos nombres. Una persona podía haberse confundido. Que dos emplearan los mismos nombres ya merecía una consulta de hemeroteca.

No había llegado siguiendo únicamente un rumor. Había hecho lo que habría hecho Uxía: buscar una fecha, cruzar nombres y observar qué preguntas incomodaban.

—¿Quién te ha hablado de mi padre?

Iago no sonrió, pero algo en su expresión cambió.

Uxía comprendió su error antes de que él respondiera.

—No había dicho que Xoán fuera tu padre.

Era una técnica vieja: ofrecer una afirmación incompleta y esperar que el otro entregara el dato que faltaba.

Uxía se enfadó consigo misma, no con él.

—Tampoco he confirmado que el hombre rescatado sea Xoán.

—No. Has confirmado el parentesco con el desaparecido de 1985.

Iago cerró la libreta.

—No voy a fingir que eso demuestra lo demás.

Aquella precisión impidió que Uxía pudiera reducirlo a un oportunista torpe.

—¿Qué quieres?

—Saber qué ocurrió.

—Esa pregunta afecta a personas que no te han dado permiso para entrar en sus vidas.

—Lo sé.

—No, todavía no. Sabes que existe una posible historia. No sabes qué ha hecho ya esa historia con las familias.

Detrás de ellos, dentro de la lonja, una caja cayó sobre el suelo y alguien pidió hielo a gritos. La actividad continuaba con la indiferencia de los lugares de trabajo ante las conversaciones decisivas.

Iago miró hacia el interior.

—Puedo escribir sin vosotros —dijo—. No sobre una reaparición que no puedo demostrar, pero sí sobre el caso de 1985, el regreso de los nombres al pueblo, el duelo sin cuerpo y la manera en que una comunidad convierte una ausencia en leyenda. Todo eso puede sostenerse con archivos públicos y testimonios de quienes quieran hablar.

—Y construirías un reportaje alrededor del hecho central sin poder abordarlo.

—Sí.

La franqueza resultaba más peligrosa que una amenaza.

—Probablemente sería incompleta. También podría ser la única versión que llegara a existir si nadie de la familia decide contar otra.

Uxía reconoció el argumento porque se parecía demasiado a los que ella misma había utilizado durante años.

—Que una historia pueda contarse no significa que deba publicarse en cuanto alguien la descubre.

—De acuerdo. Pero que tú hayas decidido esperar tampoco obliga a todos los periodistas a hacerlo indefinidamente.

No había arrogancia en la respuesta. Había un conflicto profesional real que Uxía no podía resolver invocando únicamente su parentesco.

—¿Has hablado con Xoán o Manuel?

—No.

—¿Has ido a Casa Freire?

—Tampoco.

—¿Por qué?

Iago la miró.

—Porque supe que Carme tenía Alzheimer y no pienso presentarme en la casa de una mujer vulnerable para forzar una reacción. Y porque todavía no tengo información suficiente para justificar acercarme a los otros dos como si supiera quiénes son.

Uxía no esperaba aquella prudencia.

—Entonces mantenla.

—Puedo hacerlo durante un tiempo. No puedo prometerte que nadie más se interesará.

La posibilidad era evidente. Habían encontrado a dos hombres cerca de la isla y los habían llevado a un muelle lleno de testigos. Había personal sanitario, agentes, familiares, vecinos y rumores. El silencio absoluto ya no dependía únicamente de las familias implicadas.

—¿Qué me estás proponiendo? —preguntó Uxía.

—Nada todavía.

Iago guardó el teléfono.

—Voy a seguir con el reportaje para el que vine. Corvoeira se está vaciando y esa historia existe sin necesidad de utilizar la otra como

cebo. También consultaré archivos públicos. Dentro de un mes volveré a preguntarte si la familia quiere hablar.

—¿Y si la respuesta sigue siendo no?

—Decidiré qué puedo publicar con rigor y qué debo dejar fuera porque solo es rumor.

—Eso suena a plazo.

—Es una fecha para volver a conversar, no un ultimátum. No voy a publicar mañana ni a esconderme detrás de una cámara. Pero tampoco puedo prometerte que una historia así permanecerá quieta hasta que tú resuelvas qué hacer con ella.

Uxía pensó en la brétema y en todo lo que el pueblo había intentado mantener inmóvil durante generaciones.

Nada permanecía quieto para siempre.

—Te digo esto de periodista a periodista —dijo—. No llames a la puerta de mi madre. No la fotografíes. No uses su enfermedad como recurso emocional ni conviertas cualquier frase desorientada en confirmación de nada.

—De acuerdo.

—Tampoco persigas a Amparo. Tiene ochenta y siete años.

—De acuerdo.

—Y si alguien te pide que dejes de grabar o de preguntar, dejas de hacerlo.

Iago sostuvo su mirada.

—Eso debería darse por supuesto.

—No siempre se da.

—Entonces queda dicho.

Fue la primera forma de acuerdo entre ambos.

Iago se marchó hacia la Rúa do Cristal. Antes de alejarse, se volvió.

—Uxía.

Ella esperó.

—No he venido a quitarte una historia.

—Todavía no sabes si es mía.

—Precisamente.

Siguió andando.

Uxía permaneció frente a A Lonxa con el olor a pescado, gasoil y hielo derretido alrededor. Hasta entonces, la investigación había avanzado porque ella decidía qué puerta abrir, qué pregunta hacer y qué dato guardar.

Ahora había otra libreta en Corvoeira.

No significaba que Iago tuviera derecho a las vidas de su familia. Significaba que el mundo exterior ya había encontrado la primera grieta en el silencio.

Y Uxía no podía proteger a todos fingiendo que nadie más iba a investigar por su cuenta.

CAPÍTULO 27

Corvoeira, 2025

Uxía los reunió en Casa Freire un domingo por la tarde.

Carme había comido poco y se había quedado dormida en su habitación. Puri dejó la puerta entornada y subía a comprobarla cada cierto tiempo. No la despertaron ni intentaron convertir un momento aislado de lucidez en consentimiento para exponer su enfermedad o utilizarla como testigo. Aun así, les incomodaba tomar decisiones sobre su historia mientras dormía en el piso de arriba.

La contradicción no tenía una solución limpia.

Alrededor de la mesa de la cocina se sentaron Xoán, Manuel, Amparo, Bieito y Sabela. Esta última cerró el bar dos horas antes y apareció con un termo de café. Había pasado demasiado tiempo cargando con decisiones de adultos que ella no había tomado.

Uxía esperó a que todos tuvieran una taza delante.

—Se llama Iago Cambón —empezó—. Es periodista. Ha venido a trabajar sobre la despoblación de los pueblos costeros, pero ya relacionó el rescate reciente con las desapariciones de Xoán y Manuel en 1985.

Amparo apretó la mano de su hijo.

—¿Sabe que son ellos?

—Lo sospecha. Sabe que Xoán Freire es mi padre y que esos nombres se están pronunciando otra vez en Corvoeira. No tiene los informes de identificación, nuestras entrevistas ni acceso a los objetos encontrados en la isla.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Manuel.

—Ha dicho que volverá a hablar conmigo dentro de un mes. No es un acuerdo ni una garantía. Puede investigar archivos públicos mientras tanto y cualquier otra persona podría enterarse antes.

Bieito dejó la taza sobre la mesa.

—No hablamos con él. Si nadie confirma nada, solo tendrá rumores.

—Los rumores ya han condicionado a medio pueblo durante cuarenta años —respondió Sabela—. Callar no impide que la gente cuente. Solo impide que nosotros corrijamos lo que inventen.

—¿Y hablar impide que inventen?

—No. Pero nos devuelve alguna capacidad de decidir.

Bieito bajó la vista.

Amparo fue la siguiente.

—Yo no quiero salir en televisión ni que vengan a mirar por las ventanas. Tampoco quiero que Manuel termine convertido en una historia que se cuenta en el bar como si no tuviera madre, hermanos o una vida que empezar.

Manuel le cubrió la mano.

—Y quiero que quede claro que la espera de Carme no fue una locura —continuó Amparo—. Yo pensé que no podía aceptar la muerte de Xoán. Me equivoqué. No quiero que, al contar esto, la conviertan en una vieja supersticiosa que tuvo suerte.

Desde el piso de arriba llegó el crujido de una tabla.

Todos callaron.

Puri levantó una mano y escuchó. No hubo pasos ni voz. Carme seguía dormida.

—Mi hermana queda fuera como paciente —dijo—. Se puede contar lo que hizo antes de enfermar, las decisiones que tomó durante esos cuarenta años y lo que nosotros vimos. Pero nadie va a utilizar sus confusiones actuales para demostrar nada.

Uxía asintió.

—Ese límite no se negocia.

Xoán miraba la mesa.

—Yo no sé qué quiero —admitió—. Hay días en que pienso que deberíamos contarlo todo para que nadie vuelva a salir cuando el mar esté así. Otros días quiero cerrar la puerta y aprender a vivir sin convertirme en el hombre que regresó de la niebla cada vez que alguien me mire.

—Puedes querer las dos cosas —dijo Puri.

La idea que había ofrecido a Uxía la primera noche regresaba ahora para Xoán.

Manuel tomó aire.

—A mí me preocupa mi madre. Y mis hermanos. Durante cuarenta años tuvieron una versión de mi muerte. No sé si quiero que venga gente de fuera a preguntarles cómo se sintieron por estar equivocados.

—No estabais equivocados —dijo Xoán—. Vivisteis con la única respuesta que teníais.

—Los titulares no suelen dejar espacio para esa diferencia.

Uxía reconoció en Manuel una lucidez que debía conservar si llegaba a escribir.

Sabela miró a su padre.

—El silencio protege algunas cosas, papá. También deforma otras. Yo crecí creyendo que guardar tu secreto era cuidarte y acabamos viviendo alrededor de algo que no podíamos nombrar. No quiero

repetirlo. Tampoco quiero que Iago decida solo qué significa lo ocurrido.

Bieito pasó el pulgar por el borde desconchado de la taza.

—¿Y qué propones?

Sabela miró a Uxía.

—Que lo ordene ella.

Uxía sintió el golpe de la expectativa antes de que nadie añadiera nada.

—Yo había decidido no publicarlo.

—Decidiste que no querías publicar entonces —corrigió Puri—. Y que no querías que nadie nos arrebatara la historia. No es lo mismo que prometer que nunca la contarías.

—Tampoco significa que deba hacerlo ahora porque haya aparecido otro periodista.

—No —dijo Xoán—. Significa que deberíamos decidir qué queremos antes de que el miedo decida por nosotros.

Uxía observó las caras alrededor de la mesa.

En pocas semanas había conocido detalles íntimos de aquellas personas que no pasaban a pertenecer a los lectores solo porque ella los conociera. El hecho de que confiaran en ella no convertía la confianza en autorización.

—Puedo preparar un relato —dijo finalmente—. No para publicarlo todavía. Primero para nosotros.

Nadie habló.

—Entrevistaré a cada uno por separado. Antes de grabar, acordaremos qué puede usarse y qué queda fuera. Después os enseñaré las partes que os afecten para comprobar hechos, nombres y límites. No voy a interpretar un silencio incómodo como un sí.

—¿Y Carme? —preguntó Amparo.

—No la entrevistaré como fuente. Podemos utilizar documentos, recuerdos anteriores a la enfermedad y lo que cada uno haya presenciado. Su estado actual solo aparecerá si es necesario para entender por qué hay que protegerla, nunca como espectáculo.

Puri asintió.

—Eso sí.

—El texto no saldrá de esta casa hasta que volvamos a decidirlo juntos —continuó Uxía—. Escribirlo no nos obliga a publicarlo. Puede quedarse como archivo familiar.

—¿Y qué le dices a Iago? —preguntó Bieito.

—Que la familia está valorando cómo responder y que no se acerque a ninguno de vosotros sin vuestro consentimiento. Intentaré negociar tiempo, pero todavía no puedo prometer cuánto.

Amparo miró a Manuel.

—Yo quiero que se escriba.

—¿Aunque no se publique?

—Aunque no se publique. Pasé cuarenta años viviendo con la certeza de que Manuel había muerto. Ahora sé que no era cierto. No quiero que, cuando yo falte, mis nietos solo tengan rumores.

Manuel asintió.

—Yo también hablaré. Pero quiero poder decir «esto no» sin tener que justificarlo.

—Podrás.

Sabela levantó la taza.

—Yo quiero que conste que tenía nueve años cuando mi padre me pidió guardar el secreto. No para culparlo. Para que nadie confunda

el silencio de una niña con una elección adulta.

Bieito cerró los ojos un instante.

—Y yo quiero contar por qué se lo pedí.

Padre e hija se miraron. No había un perdón completo, y tampoco era necesario fingirlo. Había una voluntad nueva de no seguir escondiéndose el uno del otro.

Xoán fue el último.

—Hablaré. Pero no quiero que el regreso termine en el muelle. Si algún día alguien lee esto, tiene que saber que después hay papeles, familias envejecidas, una esposa que a veces te reconoce y una hija que tiene que enseñarte a vivir en un tiempo que no reconoces.

Uxía sintió que la garganta se le cerraba.

—Eso también forma parte de la verdad.

Bieito removió el café aunque no había añadido azúcar.

—Las decisiones se pueden cambiar —dijo—. Yo cambié la mía tarde. Si se escribe, prefiero que seas tú. No porque seas de la familia y vayas a suavizarlo, sino porque ya has demostrado que sabes dejar una pregunta sin inventarle respuesta.

Era el elogio más preciso que podía ofrecerle.

Uxía miró la libreta cerrada junto a su codo.

—Entonces empezaré por escuchar. Después veremos qué historia existe de verdad y qué parte de ella pertenece únicamente a cada uno.

La conversación continuó con la fijación de límites concretos.

Amparo no quería fotografías actuales. Manuel no autorizaba todavía que se hablara de ciertos familiares. Sabela permitía contar el secreto, pero no detalles de su madre. Bieito aceptaba narrar la visita a la isla sin identificar la forma. Xoán autorizaba la historia del botón

y de la fotografía de Ramón, siempre que quedara claro qué estaba documentado y qué seguía siendo una posibilidad.

Puri anotó cada decisión en una hoja.

Por primera vez, el silencio de Corvoeira no funcionaba como una orden heredada ni como una condena.

Lo estaban examinando juntos: qué parte del silencio protegía la dignidad, cuál protegía únicamente el miedo y qué palabras podían empezar a soltar sin perderse a sí mismos.

CAPÍTULO 28

Corvoeira, 2025

La grabadora llevaba varios minutos sobre la mesa cuando Xoán preguntó:

—¿Quién va a escuchar esto?

Uxía no encendió todavía el aparato.

—De momento, solo yo. Después transcribiré la conversación y te enseñaré las partes que quiera utilizar. Puedes corregir hechos, retirar algo o pedirme que no aparezca.

—¿Aunque ya lo haya dicho?

—Aunque ya lo hayas dicho.

Xoán miró la pequeña pantalla apagada con la misma desconfianza con que había observado el teléfono la primera vez. No era el objeto lo que le inquietaba, sino la posibilidad de que sus palabras permanecieran cuando él ya no estuviera allí para explicarlas.

—¿Y si quiero parar?

—Paramos.

—¿Y si hay algo que no quiero que se grabe?

—Lo dices antes o me haces una señal. También puedo apagarla cuando quieras.

Xoán asintió. Se acomodó en la silla con una seriedad que a Uxía le pareció casi conmovedora. Tuvo que recordarse que nadie lo estaba examinando. Había aceptado hablar por decisión propia.

—Hazlo bien —dijo—. Si vamos a dejar algo escrito, que no parezca más limpio de lo que fue.

Uxía colocó la libreta a un lado y encendió la grabadora.

La luz roja quedó entre ambos.

Durante unos segundos ninguno supo cómo empezar. No habían tenido una vida entera para aprender a ser padre e hija. Tenían unas pocas semanas de gestos cautelosos, silencios compartidos y preguntas que llegaban con cuarenta años de retraso. Ahora añadían una relación nueva a las anteriores: periodista y entrevistado.

—Voy a empezar por algo que sí recuerdas de forma completa —dijo Uxía—. La mañana del once de noviembre de 1985. Antes de la niebla.

Xoán apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Hacía frío. Un frío normal para noviembre. Bieito dijo que el mar estaba demasiado quieto y yo me reí de él. No porque creyera que era un cobarde, sino porque llevaba años advirtiéndonos de mareas, vientos y nubes y casi siempre volvíamos sin que ocurriera nada.

Una sonrisa breve apareció y se deshizo.

—Manuel estaba nervioso. Llevaba meses queriendo demostrar que servía para el oficio. Puri cruzó el muelle con una cesta vacía. Le dije hasta luego. Ella también.

—¿Qué recuerdas después de salir?

—El motor. El olor a gasoil. Manuel colocando mal una caja y yo diciéndole que la asegurara. Llegamos a la isla. Empezamos a preparar las nasas.

Xoán se detuvo.

Su mirada salió de la cocina y quedó fija en la ventana.

—Después no hay una historia.

Uxía dejó el bolígrafo quieto.

—Descríbelo como puedas.

—Hay frío. Una red con nudos gruesos. Una cara que no sabía a quién pertenecía. La sensación de tocar roca. Grietas. A veces una respiración que no sé si era la mía. Pero no recuerdo haber vivido allí cuatro años. No recuerdo días, noches, hambre ni conversaciones.

Se miró las manos.

—Para mí no transcurrió ese tiempo de una manera consciente. Mi cuerpo salió cuatro años más viejo. Yo salí casi del mismo instante.

Uxía anotó la distinción aunque ya la conocía. Necesitaba que quedara formulada por él.

—¿Sentías que estabas dormido?

—No exactamente. Dormir tiene un antes, sueños a veces y un despertar. Esto se parece más a un corte en una película. Una escena termina y la siguiente empieza cuarenta años después, pero quedan unos fotogramas sueltos entre las dos.

—¿Crees que esos fragmentos ocurrieron realmente?

—Algunos sí. Otros pueden haberse mezclado con lo que me habéis contado después. Ya no sé distinguirlos todos.

Uxía hizo una marca en la libreta.

—¿Quieres que se explique así?

—Sí. No quiero que nadie lea que pasamos cuatro años viviendo dentro de la brétema. No sé si *vivir* es la palabra.

La grabadora recogió unos segundos de silencio.

—¿Qué ha sido lo más difícil desde que volviste? —preguntó Uxía.

Xoán no respondió enseguida.

—Las cuentas pequeñas.

—¿Qué cuentas?

—Saber que mi hija tiene un año más que yo. Ver a mi mujer con setenta y cinco cuando la recuerdo con treinta y cinco. Descubrir que mi madre murió, que mi padre quizá estuvo cerca sin que pudiéramos reconocernos, que el barco ya no existe como yo lo dejé.

Se pasó el pulgar por una cicatriz de la mano.

—Las explicaciones grandes son tan imposibles que la cabeza las mantiene lejos. En cambio, una fecha en una pantalla o la noticia de que un vecino murió hace veinte años entran de golpe.

Uxía bajó la vista a las notas.

—¿Te sientes mi padre?

La pregunta salió antes de que pudiera decidir si era demasiado personal para una entrevista.

Xoán la recibió sin apartarse.

—Me siento el hombre que fue tu padre cuando tenías cuatro años.

—No es lo mismo.

—No.

Lo admitió con una tristeza limpia.

—Tengo recuerdos de cuidarte, de llevarte al puerto, de discutir con tu madre porque te dejaba acercarte demasiado al agua. Pero no sé quién fuiste a los diez, a los veinte o a los treinta. No estuve cuando elegiste estudiar, cuando te fuiste del pueblo ni cuando aprendiste a vivir lejos de nosotros.

—No fue culpa tuya.

—Ya lo sé.

Xoán levantó una mano.

—Y no quiero que esta entrevista se convierta en una lista de cosas por las que tienes que consolarme. Puedo saber que no fue culpa mía y sentir al mismo tiempo que he llegado a un lugar que otros sostuvieron durante cuarenta años.

—¿Sientes que no te pertenece?

—Siento que tengo que aprender a ocupar un lugar en esta familia sin reclamar el que dejé como si nada hubiera pasado.

Miró hacia la puerta de la sala, donde Carme dormía la siesta.

—Ella vivió cuarenta años sin darme por muerto. Puri cuidó de las dos. Tú creciste sin mí. No puedo volver y decir: «Soy el marido, soy el padre, devolvedme mi sitio». Ese sitio cambió mientras yo no estaba.

—Nadie te está pidiendo que lo ocupes de golpe.

—No. Pero a veces la gente me mira como si el regreso hubiera arreglado la ausencia. Y no la ha arreglado.

La frase quedó suspendida entre ambos.

Uxía sintió el reflejo profesional de formular otra pregunta, de seguir mientras Xoán estaba abierto y las palabras fluían. En lugar de hacerlo, observó sus hombros, la tensión en la mandíbula y los dedos cerrados sobre el borde de la mesa.

—¿Quieres parar?

Xoán miró la luz roja.

—Un momento.

Uxía apagó la grabadora.

La cocina recuperó un silencio diferente. Ya no había un aparato conservándolo todo.

—Lo que digas ahora no entra en el texto —dijo.

Xoán asintió.

—A veces tengo miedo de que te arrepientas de haberme dejado entrar en esta casa.

Uxía se quedó inmóvil.

—No me arrepiento.

—Todavía.

—No me arrepiento ahora, que es lo único que puedo decirte con honestidad. Habrá días malos. Habrá cosas que no sepamos hacer. Eso no significa que quiera que desaparezcas otra vez.

La última frase le quebró la voz.

Xoán bajó la cabeza.

Uxía rodeó la mesa y lo abrazó.

Al principio él mantuvo los brazos rígidos, sorprendido. Después la estrechó con una fuerza contenida, casi cuidadosa.

No era el primer abrazo entre ellos. Era el primero que no parecía provocado por una noticia, prestado por la ausencia de otra persona ni sostenido para impedir que alguien se derrumbara.

Solo les pertenecía a los dos.

—Esto es nuestro —murmuró Uxía.

Xoán apoyó la barbilla sobre su pelo.

—Eso también quiero que conste.

Uxía sonrió contra su hombro.

—Está apagada.

—Entonces tendrás que recordarlo.

Cuando volvieron a sentarse, Xoán pidió unos minutos más antes de continuar. Uxía abrió la ventana, preparó café y dejó la grabadora donde estaba, apagada.

La entrevista no tenía que terminar aquel día.

Escribir la historia de su familia no consistía en extraer de cada persona todo lo que pudiera decir antes de que cerrara la puerta.

Consistía también en saber cuándo una verdad necesitaba quedarse un rato en la cocina antes de convertirse en palabras para otros.

CAPÍTULO 29

Corvoeira, 2025

Carme tuvo una mañana clara.

No una recuperación imposible ni el regreso completo de la mujer que había sido antes de la enfermedad. Despertó sabiendo dónde estaba, reconoció a Puri y llamó a Uxía por su nombre sin confundirla con la niña del impermeable rojo.

Desayunó con ellas y con Xoán. Después pidió la grabadora.

—¿Para qué, mamá?

—Para falar eu tamén.[1]

Puri dejó de untar mantequilla sobre una tostada. Xoán miró a Carme, pero no respondió por ella.

—Habíamos decidido no entrevistarte —explicó Uxía—. Tu memoria cambia y no queremos utilizar un momento de claridad como si fuera una autorización permanente.

Carme la observó con la firmeza que Uxía recordaba de su adolescencia.

—Decidistes vós. A min non me preguntastes.[2]

La acusación era justa.

Uxía se sentó frente a ella.

—Entonces te lo pregunto ahora. ¿Quieres que guardemos tu voz en el archivo familiar?

—Sí.

—No la utilizaré como prueba de lo que ocurrió con la brétema. Será tu experiencia: lo que sentiste y lo que recuerdas hoy.

—Xa o sei.[3]

—Puedes parar cuando quieras.

Carme señaló el pasillo.

—Trae a gravadora antes de que se me esqueza para que a quero.[4]

Uxía fue a buscarla.

Cuando regresó, Xoán estaba sentado junto a Carme, sosteniéndole la mano. Puri permanecía cerca de la puerta.

—¿Quieres que se queden?

Carme miró a los dos.

—Quero que o escoitedes. Ti tamén.[5]

La última frase iba dirigida a Xoán.

Uxía encendió la grabadora.

—¿Qué quieres que quede guardado?

Carme observó la ría. El agua estaba gris y agitada. Un pesquero atravesaba la bocana dejando una estela visible.

—Quero que se saiba que non estaba tola.[6]

Uxía no la interrumpió.

—A xente pensaba que non aceptaba a morte de Xoán porque non podía. Pero non había corpo, nin unha táboa rota, nin nada que demostrase que morrera.[7]

Carme no había llorado durante las primeras horas.

Mientras pudo pensar en motores averiados, radios sin cobertura, corrientes o puertos donde podían haberse refugiado, se había mantenido ocupada. Había sostenido a Uxía, que con cuatro años preguntaba una y otra vez cuándo regresaría su padre.

—¿Onde está papá?[8]

—Non o sei, meniña. Volverá pronto.[9]

Había repetido la respuesta tantas veces que dejó de parecer una mentira piadosa y empezó a parecerse a una oración.

La primera noche puso dos platos sobre la mesa. Se quedó mirando el de Xoán y, antes de que Puri pudiera retirarlo, lo guardó ella misma en el armario.

A la mañana siguiente volvió a colocarlo.

Puri no preguntó por qué. Sirvió el caldo y dejó que una de las raciones se enfriara.

Al tercer día, Elixio confirmó que no habían encontrado cuerpos ni señales de accidente y que el *Santa Bárbara* había aparecido vacío, con las nasas y las tazas todavía a bordo.

Carme había escuchado la noticia de pie, con Uxía agarrada a la falda.

—Entonces siguen desaparecidos.

Elixio vaciló antes de asentir.

—Desaparecidos, sí.

Carme se aferró a aquella palabra. No significaba que siguieran vivos, pero tampoco permitía que nadie los enterrara.

Después llevó a Uxía a la cocina, le dio una taza de leche y esperó a que Puri empezara a contarle una historia. Entonces se encerró en el

baño, abrió el grifo y lloró con una toalla apretada contra la boca.

—No quería que me oyeras —dijo ahora.

Uxía bajó la vista hacia la grabadora.

—No lo recuerdo.

—Mellor.[10]

Cuando Carme salió del baño, Puri ya había encendido la lumbre, preparado la cama de Uxía y dejado una muda suya sobre una silla. Se había organizado para pasar otra noche allí sin que nadie se lo pidiera.

—Non tes que ser forte todo o tempo, Carme.[11]

—Si non o son eu, quen o vai ser?[12]

Puri había mirado a la niña sentada en el suelo.

—Eu, cando ti non poidas.[13]

Carme guardó silencio unos segundos.

—Puri fixo iso moitas veces.[14]

Su hermana se volvió hacia la ventana para que nadie le viera la cara.

Durante los días siguientes llegaron vecinas con comida que Carme apenas tocaba. En A Lonxa bajaban la voz cuando entraba. Algunos preguntaban si había novedades; otros evitaban mirarla porque no sabían cómo tratar a una mujer cuyo marido no podía darse por muerto ni por vivo.

Una tarde apareció Xosefa.

Tenía sesenta y seis años y llevaba treinta y ocho conviviendo con la desaparición de Ramón. Entró en la cocina, se sentó frente a Carme y le cogió la mano.

—Eu xa pasei por isto. Co pai del. En corenta e sete.[15]

—Xa o sei, Xosefa.[16]

—Sabelo non é o mesmo que vivilo.[17]

Xosefa le explicó que nadie creía que una misma familia pudiera sobrevivir dos veces a una ausencia así.

—E sobrevívese —le dijo—. Iso tamén cho podo dicir.[18]

Carme no supo si aquello era un consuelo o una condena. Sobrevivir podía significar que el dolor se volvería soportable. También podía significar que duraría lo suficiente para convertirse en la forma habitual de respirar.

—¿Ti deixaches de esperalo?[19] —le preguntó.

Xosefa miró hacia la ventana.

—Deixei de esperalo todos os días.[20]

Después añadió:

—Pero nunca dixen que morrera.[21]

Carme le apretó la mano.

—Eu tampouco o vou dicir.[22]

Xosefa no celebró aquella promesa. Sabía mejor que nadie lo que podía costar mantenerla.

Esa noche, después de acostar a Uxía, Carme se sentó junto a la ventana de la cocina. Puri apagó la luz principal y dejó encendida la pequeña lámpara de la encimera.

Ninguna dijo que era para que Xoán reconociera la casa si regresaba de madrugada.

La lámpara no podía guiar a un hombre perdido en un lugar que nadie comprendía. Pero mantener una ventana visible era lo único que, por el momento, Carme sabía hacer por él.

—¿Esperaste todos los días durante cuarenta años? —preguntó Uxía.

Carme la miró con una mezcla de sorpresa y molestia.

—Non.[23]

La respuesta fue contundente.

—Traballei. Crieite. Fun á lonxa, coidei da casa, rifamos Puri e mais eu mil veces. Houbo días en que non pensei en Xoán ata a noite. Outros en que nin sequera daquela.[24]

La imagen simplificada de la mujer eternamente sentada junto a una ventana se deshacía ante Uxía.

—Non escribas que pasei corenta anos nesta ventá. A espera non foi toda a miña vida.[25]

—No lo escribiré así.

Carme señaló la grabadora.

—Que quede.[26]

—Quedará.

—¿Por qué no quisiste celebrar un funeral?

Carme apoyó una mano sobre el pecho.

—Porque nunca me sentín viúva.[27]

Se quedó pensativa.

—Pero iso era o que eu sentía, non unha proba. Amparo sentía outra cousa e tamén tiña dereito. Cada unha fixo o que puido.[28]

Uxía miró a Xoán. Él mantenía la mano de Carme entre las suyas.

—¿Qué sentiste cuando regresó?

Carme volvió la cabeza hacia él y sonrió.

—E agora está aquí.[29]

Le acarició los nudillos con el pulgar.

—Aquel día pensei que volvía cedo de pescar. Despois souben que pasaran moitos anos. Ás veces aínda o sei. Outras non.[30]

—¿Te asusto? —preguntó Xoán.

Carme lo examinó.

—Ás veces non sei por que es tan novo. Pero recoñezo as mans.[31]

Xoán bajó la mirada hacia sus dedos entrelazados.

Carme empezaba a cansarse. Sus ojos tardaban más en regresar desde la ventana y una pequeña arruga había aparecido entre sus cejas.

—Podemos parar —dijo Uxía.

—Unha cousa máis.[32]

Carme miró directamente a su hija.

—Non poñas a enfermidade ao final de todo, coma se fose o castigo por esperar.[33]

Uxía dejó de respirar durante un instante.

—No lo haré.

—Eu enfermei porque enfermei. Xoán volveu porque volveu. Non xuntes as cousas para que pareza unha historia máis bonita.[34]

—Te lo prometo.

—E non digas para sempre.[35]

—¿Qué quieres que diga?

—Que o gardes mentres sirva para lembrar quen fun. Despois xa decidiredes.[36]

Uxía apagó la grabadora.

—Lo guardaré así.

Carme se recostó en la silla y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, observó el aparato como si acabara de descubrirlo.

—¿Iso é unha radio?[37]

Uxía sintió el cambio, pequeño y profundo.

—No, mamá. Estábamos guardando tu voz.

Carme frunció el ceño.

—¿Para quen?[38]

Uxía no intentó reconstruir la conversación ni pedirle que repitiera su consentimiento. La grabación ya había terminado.

—Para nosotros.

Carme aceptó la respuesta sin comprenderla del todo. Después miró a Xoán.

—Vas chegar tarde ao barco.[39]

Él no corrigió la fecha.

—Hoy no salgo.

—Mellor. O mar está revolto.[40]

Xoán se acomodó junto a ella.

Uxía guardó la grabadora. Habían conservado una parte de la voz de Carme sin fingir que la enfermedad desaparecía mientras hablaba.

La claridad de aquella mañana no borraba el Alzheimer.

Solo había permitido que Carme decidiera, durante unos minutos, cómo no quería ser recordada.

---

1. Para hablar yo también.

2. Decidisteis vosotros. A mí no me preguntasteis.

3. Ya lo sé.

4. Trae la grabadora antes de que se me olvide para qué la quiero.

5. Quiero que lo escuchéis. Tú también.

6. Quiero que se sepa que no estaba loca.

7. La gente pensaba que no aceptaba la muerte de Xoán porque no podía. Pero no había cuerpo, ni una tabla rota, ni nada que demostrase que hubiera muerto.

8. ¿Dónde está papá?

9. No lo sé, niña. Volverá pronto.

10. Mejor.

11. No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Carme.

12. Si no lo soy yo, ¿quién lo va a ser?

13. Yo, cuando tú no puedas.

14. Puri hizo eso muchas veces.

15. Yo ya pasé por esto. Con su padre. En el cuarenta y siete.

16. Ya lo sé, Xosefa.

17. Saberlo no es lo mismo que vivirlo.

18. Y se sobrevive. Eso también te lo puedo decir.

19. ¿Tú dejaste de esperarlo?

20. Dejé de esperarlo todos los días.

21. Pero nunca dije que hubiera muerto.

22. Yo tampoco voy a decirlo.

23. No.

24. Trabajé. Te crie. Fui a la lonja, cuidé de la casa, Puri y yo discutimos mil veces. Hubo días en que no pensé en Xoán hasta la noche. Otros en que ni siquiera entonces.

25. No escribas que pasé cuarenta años en esta ventana. La espera no fue toda mi vida.

26. Que quede.

27. Porque nunca me sentí viuda.

28. Pero eso era lo que yo sentía, no una prueba. Amparo sentía otra cosa y también tenía derecho. Cada una hizo lo que pudo.

29. Y ahora está aquí.

30. Aquel día pensé que volvía temprano de pescar. Después supe que habían pasado muchos años. A veces todavía lo sé. Otras no.

31. A veces no sé por qué eres tan joven. Pero reconozco las manos.

32. Una cosa más.

33. No pongas la enfermedad al final de todo, como si fuera el castigo por esperar.

34. Yo enfermé porque enfermé. Xoán volvió porque volvió. No juntes las cosas para que parezca una historia más bonita.

35. Y no digas para siempre.

36. Que lo guardes mientras sirva para recordar quién fui. Después ya decidiréis.

37. ¿Eso es una radio?

38. ¿Para quién?

39. Vas a llegar tarde al barco.

40. Mejor. El mar está revuelto.

CAPÍTULO 30

Vilanova y Corvoeira, 2025

Uxía encontró a Iago Cambón en el hostal donde se alojaba.

Él bajó con el portátil bajo el brazo y la condujo a una pequeña sala común del primer piso. Había una mesa redonda, dos sillones desparejados y una ventana desde la que se veía el aparcamiento bajo un cielo cargado de lluvia.

—¿Has venido a confirmarme algo o a pedirme que me marche?

—He venido a proponerte un acuerdo.

Iago dejó el portátil sobre la mesa, pero no lo abrió.

—Te escucho.

Uxía había hablado con Xoán, Manuel, Puri, Bieito, Sabela y Amparo. Nadie le había concedido autoridad para decidirlo todo en nombre de los demás. Solo habían aceptado unos límites concretos.

—La familia va a preparar un relato propio. Todavía no sabemos si algún día se publicará.

Iago esperó.

—Necesitamos tres meses. Durante ese tiempo no publicarás nada sobre la reaparición, no utilizarás el reportaje sobre despoblación para investigar a las familias y no te acercarás a Carme, Amparo, Xoán ni Manuel sin su consentimiento.

—¿Y qué recibo a cambio?

—Sabela te presentará a personas que pueden hablar sobre la pérdida de población y servicios. Cada una decidirá si quiere participar. Yo facilitaré el contacto, no las respuestas.

La precisión pareció interesarle más que una promesa grandiosa.

—¿Puedo consultar archivos públicos?

—Sí. Y escuchar a quien se acerque a ti por iniciativa propia. Pero no grabarás ni publicarás nada relacionado con las desapariciones durante esos tres meses.

—¿Qué ocurre cuando termine el plazo?

—Volvemos a hablar. El final del acuerdo no te concede acceso a la familia ni a nuestras grabaciones. Solo significa que terminará este compromiso y podrás publicar aquello que hayas podido verificar por medios legítimos.

Iago se recostó.

—Quiero la primera entrevista externa contigo si el relato llega a publicarse.

—Sobre el proceso de investigación y escritura. No sobre documentos médicos ni testimonios que alguien haya decidido excluir.

—De acuerdo.

—Y no implica que Xoán o Manuel vayan a hablar contigo.

—También de acuerdo.

Iago abrió el portátil y redactó un correo breve. Uxía leyó cada párrafo antes de responder con su aceptación.

No era un contrato formal, pero dejaba constancia de los límites.

—Hace una semana querías que nadie escribiera nada —dijo él.

—Hace una semana todavía creía que el silencio podía controlar la historia.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que solo puede decidir quién queda fuera de ella.

Iago cerró el ordenador.

Ninguno había ganado. Por eso el acuerdo resultaba creíble.

Cuando Uxía salió del hostal, empezó a llover. Se detuvo bajo el toldo y volvió a mirar el mensaje.

Tres meses.

No era una cuenta atrás hacia la publicación. Era el tiempo que habían conseguido para escuchar antes de que otra versión creciera alrededor de ellos.

Aun así, el plazo pesaba.

Por primera vez, la investigación tenía una fecha impuesta por el mundo exterior.

* * *

Bieito no permitió que Uxía encendiera la grabadora hasta comprender qué ocurriría con ella.

—¿La va a escuchar Iago?

—No.

—¿Xoán?

—Solo si tú lo autorizas.

—¿Y Sabela?

—Lo mismo.

Bieito tomó el aparato, lo giró entre las manos y lo dejó en el centro de la mesa.

—Entonces enciéndelo.

Uxía comprobó la fecha y la hora.

—Quiero aclarar algo antes de empezar. Tu declaración de 1985 no era falsa. Contaste lo que viste durante la desaparición. La visita a la isla ocurrió después.

Bieito asintió.

—Declaré ante Elixio la tarde del diecisiete. Fui a la isla durante la madrugada del dieciocho.

—Casi siete días después.

—Sí.

—¿Por qué te importa tanto distinguirlo?

—Porque callé mucho, pero no quiero que ahora parezca que mentí también en aquella declaración.

Uxía encendió la grabadora.

—Háblame de Xoán antes de la desaparición. No del hombre que el pueblo reconstruyó durante cuarenta años. De tu amigo.

Bieito sonrió.

Fue la primera sonrisa completa que Uxía le veía desde que había empezado a investigar.

—Era un cabezota. Reía demasiado para el oficio. Se acordaba del cumpleaños de todos menos del suyo. Si alguien necesitaba reparar una red, aparecía antes de que se lo pidieran. Y si había que madrugar para ayudar a sacar una barca, protestaba durante una hora y llegaba el primero.

—¿Era prudente?

—En el mar, sí. Con los avisos que no sabía explicar, no tanto.

La sonrisa desapareció.

—Yo tampoco fui lo bastante prudente para insistir.

—Le pediste que esperara.

—Pero no me puse delante del barco. No llamé a Carme. No hice nada que demostrara que de verdad creía que existía un peligro. Fue una intuición, no una prohibición.

—Nadie podía exigirte que supieras lo que iba a ocurrir.

—Después uno reconstruye la mañana con lo que sabe al final. Cada gesto parece una oportunidad perdida.

Uxía dejó que el silencio permaneciera unos segundos.

—¿Cómo es verlo ahora?

—Es él.

La respuesta fue inmediata.

—No igual, porque nadie vuelve igual ni siquiera de un viaje corriente. Pero es Xoán. Se toca la ceja cuando intenta recordar. Mira las manos de la gente mientras habla. Se ríe antes de terminar algunas frases.

—¿Qué ha cambiado?

Bieito buscó las palabras.

—Tiene algo detrás de los ojos. Como si una parte de su cabeza siguiera resolviendo una cuenta que no sale.

Rodeó la taza con las dos manos.

—A veces me habla como el hombre de cuarenta y tres años que es, como si acabara de recuperar al amigo que dejó en 1985. Después recuerdo que yo tengo ochenta y que llevo casi media vida llorándolo.

—¿Su regreso ha eliminado la culpa?

—No.

Bieito bajó la vista.

—Durante años pensé que, si volvía, todo se arreglaría. Pero él ha regresado y yo sigo siendo el hombre que no insistió. El que fue a buscarlos casi siete días después y huyó cuando vio una forma.

—¿Cómo te cambió guardar aquella noche?

—Me volví más callado. Mi mujer decía que se había casado con un hombre hablador y que yo me había ido convirtiendo en piedra.

La tristeza le atravesó el rostro.

—Nunca se lo conté. Murió pensando que yo había perdido las palabras, cuando en realidad las estaba guardando todas detrás de un solo secreto.

—¿Te arrepientes?

—Cada día.

No hubo dramatismo en la respuesta. Solo el desgaste de haberla repetido durante años sin pronunciarla.

—También entiendo por qué lo hice —continuó—. El miedo no siempre parece miedo cuando uno lo disfraza de prudencia. Me decía que protegía a mi mujer, a Sabela y al pueblo de una historia que nadie creería. En parte era cierto. En otra parte me protegía de admitir que había salido huyendo.

—Y obligaste a Sabela a guardar el secreto.

La voz de Bieito se quebró.

—Tenía nueve años. No debería haber cargado con nada por mí.

—¿Quieres que eso aparezca en el archivo?

—Sí. No para que piensen que fui un monstruo. Para que nadie diga que ella calló porque quiso.

—¿Qué quieres decirle?

Bieito miró la luz roja de la grabadora.

—Que lo siento. Que no había ninguna promesa que valiera cuarenta años de su vida. Y que, si me perdona, no quiero que lo haga para tranquilizarme.

—¿Quieres que escuche esta grabación?

—No. Lo que tenga que decirle a mi hija se lo diré mirándola a la cara.

Uxía asintió.

—¿Y a Xoán?

Bieito tardó más en responder.

—También quiero hablar con él.

—¿Qué le dirás?

—Que siento no haber contado la visita a la isla cuando quizá todavía habría servido para algo. Tal vez Elixio habría ido allí. Tal vez alguien habría comprendido antes que no fue un accidente corriente.

—O quizá no habría cambiado nada.

—Nunca podré saberlo. Eso es lo peor.

Bieito se frotó el pulgar.

—La culpa prefiere las preguntas sin respuesta. Puede alimentarse de todas las posibilidades.

Uxía dejó el bolígrafo.

—No puedes cargar con cada resultado imaginario.

—Ya.

Una sonrisa cansada apareció en su boca.

—Una cosa es saberlo y otra vivir como si fuera verdad.

—¿Quieres que tu disculpa a Xoán forme parte del texto?

Bieito observó la grabadora.

—No antes de hablar con él.

—Entonces no aparecerá.

—Aunque haya quedado grabada.

—Aunque haya quedado grabada.

Bieito extendió la mano y apagó el aparato.

El clic fue pequeño.

Permanecieron sentados sin hablar hasta que el peso de las palabras empezó a asentarse.

—Avísame antes de volver a entrevistarlo —dijo Bieito.

—¿Para qué?

—Quiero hablar con él primero. Solo, pero no a escondidas.

—De acuerdo.

Uxía guardó la grabadora.

Cuando llegó a la puerta, Bieito volvió a hablar.

—No he contado todo esto para que escribas más deprisa por culpa del periodista.

—Lo sé.

—He hablado porque estoy cansado de que el tiempo que me queda siga perteneciendo a una madrugada de 1985.

Uxía asintió.

Aquella era la diferencia entre arrancar una confesión y recibir un testimonio.

Bieito no hablaba para cumplir el plazo de tres meses.

Hablaba para decidir qué hacer con los años que todavía tenía delante.

CAPÍTULO 31

Corvoeira, 2025

Amparo insistió en que la entrevista se hiciera en la cocina.

No quería la solemnidad de la sala ni el frío del patio. Eligió la silla de enea junto a la ventana, la misma en la que había estado cuando Manuel cruzó la puerta después de cuarenta años.

Tenía el rosario entre las manos.

—Antes de empezar —dijo Uxía—, quiero que sepas que podrás retirar cualquier parte.

Amparo levantó una ceja.

—¿Aunque te parezca importante?

—Aunque me parezca lo más importante de la historia.

—Bien.

Hizo avanzar una cuenta del rosario.

—Entonces pregunta. Pero no escribas como si yo fuera solamente la madre que enterró un ataúd vacío. Fui más cosas antes y después.

Uxía encendió la grabadora.

—¿Cómo era Manuel antes de desaparecer?

Amparo sonrió.

—Inquieto. El menor de seis hermanos y el único que creía que, por haber nacido el último, tenía que inventarse una vida distinta.

—¿No quería ser cantero?

—Quería quererlo.

La respuesta salió sin vacilación.

—Admiraba a su padre. Xesús podía mirar un bloque de granito y saber por dónde iba a abrirse antes de levantar el martillo. Manuel lo seguía al taller, aprendía los nombres de las herramientas y se esforzaba hasta acabar con las manos llenas de ampollas. Pero no escuchaba la piedra como los demás.

Desde la ventana se veía una esquina del muro construido por Xesús y el bloque donde Manuel se sentaba ahora a practicar con el cincel.

—Cuando empezó a salir al mar con Xoán, volvió hablando como si acabara de descubrir una puerta. Yo pensé que se le pasaría.

—¿Te preocupaba?

—No porque el mar fuera más peligroso. Trabajando la piedra también mueren hombres. Me preocupaba que eligiera algo solo para demostrar que no era el hijo torpe de Xesús Rial.

—¿Se lo dijiste?

—Claro. Y él oyó que yo no confiaba en él.

Amparo dejó escapar una risa breve.

—Las madres decimos una cosa y los hijos escucháis la que más duele.

Uxía no corrigió el plural.

—¿Qué recuerdas del funeral?

La sonrisa desapareció.

Amparo hizo avanzar dos cuentas antes de responder.

—El olor de la madera nueva. Durante años, cualquier mueble recién hecho me devolvía a la iglesia.

Xesús había elegido las tablas de roble una por una y vigilado cada ensamble, aunque no había construido el ataúd.

—No pongas que lo hizo él —advirtió Amparo—. Xesús era cantero. Lo que hizo fue la placa.

Era una pieza pequeña de granito con el nombre de Manuel y las fechas de su nacimiento y desaparición. La había pulido tantas veces que terminó más lisa que una piedra de río.

—Creo que necesitaba que al menos una parte de aquella despedida saliera de sus manos.

—¿Por qué aceptasteis un funeral sin cuerpo?

—Porque la ausencia estaba ocupando toda la casa.

Amparo señaló el pasillo.

—Éramos siete personas alrededor de una silla vacía. Antes habíamos sido ocho. Mis otros hijos necesitaban dejar de despertarse pensando que aquel sería el día en que aparecería un cadáver en una playa. Xesús necesitaba hacer algo con principio y final. Yo necesitaba un lugar donde llorar sin mirar cada puerta.

—Carme eligió no hacerlo.

—Sí.

—¿Le guardaste rencor?

—Durante mucho tiempo.

No intentó ofrecer una versión más amable.

—Pensaba que su negativa convertía nuestro funeral en una traición. Si ella seguía diciendo que Xoán estaba vivo, parecía que nosotros habíamos abandonado a Manuel.

—Xesús dijo que Carme tenía el lujo de creer.

Amparo cerró los ojos.

—Lo dijo.

—¿Qué piensas ahora?

—Que el dolor vuelve injustas a las personas sin volverlas malas.

Abrió los ojos.

—Nosotros también podíamos creer. Lo que no podíamos era seguir viviendo si cada mañana empezaba con la posibilidad de que Manuel regresara. Carme pudo vivir sin cerrar del todo aquella posibilidad. Nosotros tuvimos que cerrarla para que la casa no se llenara de frío. Ninguna elección era un lujo.

Uxía dejó que el silencio permaneciera.

—¿Qué sentiste cuando volvió?

Amparo dejó de mover el rosario.

—Terror.

La palabra salió baja, sin vergüenza.

—Antes que alegría. Pensé que era una broma cruel, que alguien había encontrado a un muchacho parecido o que mi cabeza se estaba despidiendo de mí de la peor manera.

—¿Cuándo supiste que era él?

—Cuando vi la cicatriz bajo la barbilla.

Se tocó el mismo lugar.

—Se la hizo con siete años contra el banco de esta cocina. Gritaba porque pensaba que el médico iba a coserle la boca.

—Alguien podía habérselo contado.

—Ahora lo sé. Aquel día no razoné así. Después abrió el cajón de los paños sin preguntar. Y escuché cómo me llamó *nai*[1].

Amparo miró a Uxía.

—Hay cosas que no son una prueba para un juez, pero sí para una madre.

—¿Y después de reconocerlo?

—Alegría. Dolor. Rabia.

Enumeró las palabras con calma.

—Rabia porque Xesús no estaba. Porque mis otros hijos habían envejecido y Manuel no. Porque yo tenía que recibirlo con ochenta y siete años cuando había imaginado que, si regresaba, todavía podría ayudarlo a empezar de nuevo.

—Todavía lo regañas.

La sonrisa volvió.

—Dentro de mis posibilidades.

Comprobó que Manuel no estuviera junto a la puerta.

—A veces lo veo dormir y mi cuerpo cree que tiene seis años. Después se levanta y veo a un hombre de veintiséis que ha perdido a su padre, la juventud compartida con sus hermanos y todo lo que debía ocurrir entre una edad y la otra.

—¿Cómo estáis reconstruyendo la familia?

—Mal y bien.

La respuesta pareció satisfacerla.

—Antón lo trata unas veces como a un hermano pequeño y otras como a un hijo. Sus hermanas quieren contarle cuarenta años en una tarde. Los sobrinos no saben si llamarlo tío o mirarlo como a alguien

de su edad. Manuel se cansa, pero procura no demostrarlo para no herirnos.

—¿Qué debería saber quien lea vuestra historia?

Amparo dejó el rosario sobre la mesa.

—Que el regreso no borra el entierro.

Uxía dejó de escribir.

—Yo enterré a mi hijo. Que estuviera vivo no vuelve falsos el dolor, la tumba ni los cuarenta años durante los que tuve que aprender a decir que había muerto. No quiero que nadie nos mire como a una familia que se equivocó. Vivimos con lo que sabíamos.

—¿Y Xesús?

Amparo bajó la cabeza.

—Murió queriendo a Manuel. No esperándolo, porque no podía, pero queriéndolo todos los días.

La voz empezó a temblarle.

—Guardó sus herramientas. Nadie podía utilizar el martillo pequeño. Decía que estaba desequilibrado y que podía hacer daño en otras manos. Era mentira. Lo guardaba porque pertenecía a su hijo.

—¿Qué le dirías ahora?

Amparo miró la silla vacía al otro lado de la mesa.

Cuando habló, no lo hizo para la grabadora.

—Que ninguno tuvo razón del todo. Que Carme no era una mujer incapaz de aceptar la realidad y nosotros no éramos cobardes por enterrarlo. Éramos familias intentando sobrevivir a una cosa que no tenía nombre.

Se secó una lágrima.

—Y que Manuel ha vuelto a tocar la piedra. No porque tenga que convertirse en el cantero que su padre esperaba, sino porque ahora puede elegirlo sin competir con nadie.

En el patio sonó un golpe seco.

Después otro.

Manuel y Antón trabajaban junto al muro. Amparo escuchó el ritmo y sonrió.

—Xesús reconocería ese sonido.

—¿Te consuela?

—A veces. Otras me enfada que no pueda oírlo.

Uxía apagó la grabadora.

—Cuando lo escriba, te lo leeré.

Amparo señaló el aparato.

—Conserva también los silencios.

—¿Cómo se conserva un silencio?

—No llenándolo con palabras que yo no he dicho.

Antes de que Uxía se marchara, Manuel entró con polvo de piedra en el pelo y una marca roja en la palma. Amparo se levantó a buscar desinfectante. Él protestó que no era nada.

Durante unos segundos volvieron a ser una madre y un hijo discutiendo por una herida pequeña.

No tenían los cuarenta años perdidos.

Tenían el tiempo que quedaba.

Y aquella vez ninguno pensaba desperdiciarlo fingiendo que no dolía.

1. Madre.

CAPÍTULO 32

Corvoeira, 2025

Manuel eligió el patio para la entrevista.

Se sentó frente a un bloque de granito, con un cincel en una mano y una maceta pequeña en la otra. Uxía colocó la grabadora sobre una silla, protegida del polvo por un paño.

—Quiero añadir una condición —dijo Manuel.

—Dime.

—No quiero ser «el otro hombre».

Uxía comprendió.

—El muchacho que acompañaba a Xoán.

—Eso.

Dejó la maceta sobre la piedra.

—Todo el mundo conoce mejor la historia de Xoán: su hija, Carme, su padre desaparecido. Yo aparezco detrás. Pero mi madre enterró un ataúd vacío, mi padre murió creyéndome muerto y cinco hermanos envejecieron sin mí.

—No te presentaré como un acompañante.

—Entonces podemos empezar.

Uxía encendió la grabadora.

—¿Quién eras antes del 11 de noviembre de 1985?

Manuel sonrió.

—Un crío de veintidós años cansado de ser el sexto hijo de un hombre al que todos admiraban.

Xesús Rial podía mirar un bloque de granito y saber por dónde iba a abrirse. Los hermanos de Manuel parecían haber heredado aquella intuición. Él, en cambio, apretaba demasiado las herramientas, golpeaba antes de escuchar y estropeaba piezas que los demás habrían abierto limpiamente.

—¿Por eso elegiste el mar?

—Por eso y porque me gustaba.

En el barco no tenía que parecerse a su padre. Bastaba con aprender las mareas, calar bien una nasa y no marearse cuando cambiaba el viento.

—Xoán me trataba como a un hombre que todavía no conocía el oficio. No como al hijo torpe del mejor cantero de Corvoeira.

—¿Era buen patrón?

—Sí.

La respuesta fue inmediata.

—Y quiero que eso quede claro. Bieito nos pidió que esperáramos, pero Xoán no me obligó a subir. Yo tenía veintidós años y quise salir. Convertirme en una víctima arrastrada por él haría la historia más sencilla, pero sería mentira.

Uxía anotó la precisión.

—¿Qué recuerdas de la brétema?

Manuel miró su muñeca.

—Frío. Una red con nudos gruesos. Una manga que agarré. Una respiración que podía ser la mía o la de otra persona. Después, agua y Xoán a mi lado.

—Tu cuerpo envejeció aproximadamente cuatro años.

—Eso indican las pruebas médicas.

Se tocó la cara.

—Pero yo no viví cuatro cumpleaños. No recuerdo inviernos ni decisiones. No quiero que escribas que estuvimos cuatro años encerrados en algún lugar. No sé si estuvimos despiertos, suspendidos o si alguna de esas palabras sirve.

—¿Cómo sientes entonces tus veintiséis años?

Manuel observó sus manos.

—Como una edad que me pertenece por fuera y que todavía estoy aprendiendo por dentro.

Había cambios en su cuerpo que no recordaba haber adquirido: marcas en la piel, uñas distintas, hombros más anchos. Señales de un tiempo que había pasado por él sin convertirse en memoria.

—¿Te da miedo?

—Sobre todo de noche.

Durante el día había gente, herramientas, comidas y preguntas. Por la noche aparecía el hueco.

—No recuerdo esos años, pero tampoco puedo decir que no ocurrió nada. Algo hizo esto con nosotros.

—¿Hablas de ello con Xoán?

—Sí. Tenemos una regla: primero habla uno y el otro no completa el recuerdo.

Si coincidían en algo, lo anotaban por separado. Si sus recuerdos eran distintos, los conservaban así.

—Nuestros recuerdos de la red y del frío coinciden —dijo Manuel—. También la sensación de que había otra respiración cerca. Pero no

podemos ponerle una cara a Ramón ni asegurar que estuviera allí.

—¿Y la manga?

—Xoán no la recuerda. Podía pertenecer a Xoán, a otra persona o ser algo que mi cabeza añadió después. Prefiero perder una pista antes que inventarla.

Uxía dejó el bolígrafo unos segundos.

—¿Cómo es regresar a tu familia?

Manuel miró hacia la ventana de la cocina. Amparo limpiaba una superficie que ya había limpiado dos veces.

—Es recibir una cantidad de amor que a veces no puedo sostener.

Sus hermanas querían contarle cuarenta años en una tarde. Antón alternaba entre tratarlo como al hermano pequeño que recordaba y como a un hijo. Los sobrinos no sabían si llamarlo tío o hablarle como a alguien de su edad.

—Me abruma —reconoció—. Y me da miedo decirlo porque ellos perdieron más tiempo que yo. Para mí fue un corte. Para ellos fueron cuarenta años completos.

—Eso no elimina tu derecho a necesitar espacio.

—Estoy aprendiéndolo.

Apoyó el cincel sobre la piedra.

—También estoy aprendiendo que no tengo que convertirme otra vez en el Manuel que salió al mar. Durante días pensé que debía elegir entre el barco y la cantera, como si mi vida hubiera esperado cuarenta años en la misma bifurcación.

—¿Y qué quieres ahora?

—Aprender la piedra.

—¿Por tu padre?

—No para demostrarle nada. Ya no está y sería absurdo seguir discutiendo con él.

Miró las líneas de carbón que Antón había trazado sobre el granito.

—Quiero aprender porque el trabajo de la piedra no se puede apresurar. Antón puede indicarme dónde golpear, pero el corte ocurre cuando la veta cede. Después de que el tiempo pasara por mí sin preguntarme, trabajar con algo que obliga a esperar me calma.

Cogió la maceta.

—Además, cada pieza terminada permanece donde la dejas.

Uxía observó la piedra.

—¿Te sientes culpable por haber regresado?

—A veces.

Manuel miró a Amparo.

—He recuperado a mi madre, pero no a la mujer de cuarenta y siete años que dejé. He recuperado a mis hermanos, pero no los años en que éramos jóvenes juntos. Tengo una segunda oportunidad que llega después de todo lo que mi familia perdió.

Desde la cocina, Amparo levantó una taza y preguntó con un gesto si querían café.

Manuel asintió.

—Quiero que también aparezca esto.

—¿El qué?

—Que no todo es tragedia.

Sonrió.

—Mi madre y yo discutimos porque quiere que lleve una chaqueta. Antón se enfada cuando sujeto mal el cincel. Mis sobrinos me

enseñan música que detesto. Algunos días casi conseguimos ser una familia rara en lugar de una familia imposible.

Uxía apagó la grabadora.

—Esa puede ser una de las partes más importantes.

Manuel volvió a colocar el cincel sobre la línea marcada.

—Todavía no he terminado.

—Podemos continuar la entrevista otro día.

—No. La piedra.

Levantó la maceta y golpeó.

El sonido fue seco y limpio.

Una línea fina recorrió el granito siguiendo la marca de carbón. Manuel permaneció inmóvil. Antón apareció en la puerta del cobertizo, examinó la grieta y asintió una sola vez.

No lo felicitó.

No hacía falta.

Manuel pasó los dedos sobre el corte.

Había encontrado un lugar preciso donde su fuerza no destruía la piedra.

La ayudaba a abrirse.

CAPÍTULO 33

Vilanova, 1985 y 2025

El sargento Elixio Cortizo citó a Bieito Barreiro durante la tarde del 17 de noviembre de 1985.

Habían pasado seis días desde la desaparición de Xoán y Manuel. Elixio necesitaba precisar tres datos antes de remitir el primer bloque del expediente: la posición del *Santa Bárbara*, el tiempo que tardó la niebla en alcanzar O Peirao Vello y el lugar donde Bieito había encontrado una taza volcada.

Colocó sobre la mesa un croquis de la ría.

—Señáleme dónde estaba el barco la última vez que lo vio.

Bieito apoyó un dedo cerca de A Illa dos Corvos.

—Al norte de la roca alta. Ya estaban bajando las revoluciones.

—¿Habían empezado a calar?

—No pude verlo. La niebla cubrió primero aquella zona.

Elixio dibujó una cruz.

—¿Cuánto tardó en llegar al muelle?

—Segundos.

—En su primera declaración dijo menos de un minuto.

—Cuando una cosa así viene hacia ti, los segundos se alargan. No puedo darle una cifra mejor.

Elixio anotó la respuesta sin obligarlo a convertir el miedo en una medida exacta.

—La taza.

—Era la de Xoán. Azul, con el esmalte saltado en un lado. Estaba tumbada junto a las nasas.

—¿Por qué le llamó la atención?

—Porque todo lo demás parecía colocado. Las cajas, los cabos, los aparejos. Como si hubieran soltado lo que tenían en las manos y después ya no estuvieran.

Elixio dejó el bolígrafo.

—¿Ha recordado algo más?

Bieito negó demasiado deprisa.

El sargento esperó.

—¿Ha vuelto a la isla desde la desaparición?

—No.

La respuesta era cierta.

Todavía.

—¿Piensa volver?

Durante un instante, Elixio creyó ver la decisión antes de escuchar la mentira.

—No.

—No vaya solo.

—No voy a ir.

La ampliación quedó fechada, leída y firmada. Recibió el número catorce dentro del expediente. Recogía con veracidad lo ocurrido

hasta entonces. La única mentira se refería a lo que Bieito pensaba hacer después. La forma humana, la segunda niebla y la visita nocturna todavía no podían figurar en ella.

Al terminar, Elixio cerró la carpeta.

—La búsqueda organizada se reducirá a partir de mañana. Mantendremos los avisos, pero no podemos tener todas las embarcaciones fuera cada día.

—Carme cree que van a volver.

—No puedo decirle que no.

—Amparo necesita que alguien le diga que su hijo está muerto.

—Tampoco puedo decirle eso.

Elixio parecía tan cansado como él.

—Mi trabajo consiste en separar lo que sabemos de lo que necesitamos creer. Ahora mismo sabemos muy poco.

—¿Cree que fue un accidente?

—Es la explicación que tendría más sentido si encontráramos una causa.

—Pero no la han encontrado.

—No.

—¿Y la niebla?

—Se veía desde el muelle, pero no desde el puesto de señales, aunque por su alcance debería haberse visto desde ambos lugares. Eso es lo único que puedo escribir sin inventar.

Bieito miró la carpeta.

—Entonces no tiene nada.

—Tengo dos hombres desaparecidos, un barco intacto y testimonios incompatibles con un parte meteorológico. No es poco. Es insuficiente.

Antes de que Bieito saliera, Elixio volvió a advertirlo:

—No confunda buscar una respuesta con ponerse usted también en peligro.

Bieito no respondió.

Aquella noche cenó sin hambre. Esperó a que su mujer y Sabela se acostaran y permaneció en la cocina hasta que el reloj superó las dos de la madrugada.

Después se puso las botas.

Cogió una linterna, la chaqueta y las llaves de una embarcación.

La ampliación número catorce permaneció en el expediente, diciendo todo lo que Bieito sabía antes de salir.

El secreto que cargaría durante cuarenta años empezó cuando abrió la puerta de atrás y decidió no despertar a nadie.

* * *

Cuatro décadas después, Bieito mencionó los cuadernos de Elixio cuando ya se había puesto el abrigo.

Había ido a Casa Freire para devolver unas fotografías que Uxía le había prestado durante la entrevista. Las dejó perfectamente ordenadas dentro del sobre.

—Elixio escribía cosas aparte.

Uxía levantó la cabeza.

—¿Aparte del expediente?

—Notas de trabajo. Preguntas y dudas que no podía poner en los informes.

Bieito explicó que había coincidido con él muchos años después, cuando Elixio ya estaba jubilado. Bebieron juntos en un bar de Vilanova y el antiguo sargento le permitió leer una copia del informe final.

No contenía ninguna explicación concluyente.

Después le habló de los cuadernos.

—Dijo que había anotado que le mentí durante la ampliación.

—La ampliación ocurrió antes de tu visita a la isla.

—No se refería a que ocultara algo que ya había sucedido. Me preguntó si pensaba volver y le dije que no. Elixio no me creyó.

El sargento no había adivinado la forma humana ni podía conocer una visita que aún no había ocurrido. Había reconocido a un hombre dominado por la culpa y había intentado detenerlo.

—¿Conservaba los cuadernos?

—Entonces sí. Elixio murió hace ocho años. Su hija Mónica vive en Vilanova.

Uxía pidió a Breogán que actuara como intermediario. Dos días después, Mónica aceptó recibirla con una condición: estaría presente durante la consulta.

—Mi padre escribió sobre muchas personas —explicó—. No voy a entregar treinta años de notas privadas para que alguien busque una historia entre asuntos que no le pertenecen.

Limitaron la búsqueda al año 1985 y al caso de Corvoeira.

La caja contenía siete cuadernos negros numerados a mano. El tercero comenzaba en 1984 y terminaba en 1988.

Mónica lo dejó sobre la mesa.

—No sé qué vamos a encontrar.

—Puede que nada nuevo.

—No me preocupa únicamente encontrar algo nuevo. Me preocupa descubrir una parte de mi padre que nunca me enseñó.

Abrieron el cuaderno juntas.

Las primeras páginas contenían disputas por lindes, averías del coche patrulla y turnos mal cubiertos. Era la misma voz rigurosa de los informes, pero acompañada por dudas que no cabían en un formulario.

Después apareció la fecha.

11 de noviembre de 1985.

Elixio había anotado que el *Santa Bárbara* apareció vacío cerca de A Illa dos Corvos. Los cuatro testigos de O Peirao Vello coincidían en la calma absoluta, la niebla repentina y la pérdida completa de visibilidad.

Diferían en pequeños detalles.

Elixio no consideraba que esas diferencias debilitaran sus declaraciones. Al contrario: parecían recuerdos independientes, no un relato acordado.

Al día siguiente comparó aquellos testimonios con el parte de Punta do Corvo: viento de fuerza tres, cuatro millas de visibilidad y ausencia de niebla en la bocana.

Había añadido una frase:

Si Freixas dice la verdad y los testigos del muelle también, la diferencia no es de memoria. Es de lugar.

El 13 de noviembre describió el barco intacto, las nasas a bordo y la taza de esmalte volcada.

La ausencia parece haber ocurrido en mitad de una acción ordinaria.

Elixio nunca utilizaba la palabra imposible. Se limitaba a registrar la forma exacta en que las explicaciones normales iban perdiendo apoyo.

En las páginas siguientes investigó la desaparición de Ramón Freire Otero en 1947: el mismo lugar aproximado, niebla súbita y una embarcación que nunca apareció.

Dos generaciones de la misma familia. Puede ser coincidencia. La coincidencia necesita al menos quedar escrita.

También habló con la familia de Manuela Pardo sobre la tradición de la brétema: personas que salían del tiempo, objetos que podían quedar fuera y regresos que no obedecían a voluntad.

No incorporó aquella tradición al informe.

Había explicado por qué:

Una tradición oral no demuestra el mecanismo de una desaparición. Aun así, puede conservar una observación verdadera y explicar mal su causa.

Uxía pensó en Avoa Manuela, que cuarenta años después mantenía la misma diferencia entre contar y demostrar.

Llegaron al 17 de noviembre.

Mónica leyó en voz alta:

Bieito Barreiro amplía declaración. La información parece sincera. Al terminar le pregunto si piensa volver a la isla. Dice que no. No le creo. No porque sepa más de lo ocurrido, sino porque la culpa ya ha decidido por él. Le advierto que no vaya solo. No tengo fundamento para retenerlo.

Debajo había otra anotación:

La piedad no consiste siempre en dejar de preguntar. A veces consiste en saber que una respuesta obtenida por

presión no sirve para proteger a nadie. No sé si hoy he acertado.

La entrada del 18 de noviembre era más breve.

B. Barreiro aparece en el muelle con la mano derecha vendada. Dice que se cortó con un anzuelo. Parece más cansado que ayer. No menciona la isla. Yo tampoco.

Elixio no había conocido el secreto.

Solo había visto sus bordes: una mentira sobre el futuro, una herida nueva y un hombre todavía más silencioso.

Las últimas anotaciones de aquel año eran una conversación privada con los límites de su oficio.

22 de noviembre. Empiezo a pensar que este caso no se cerrará por falta de pistas, sino porque las pistas no caben dentro de las categorías disponibles. Accidente, delito o abandono voluntario: ninguna explica el barco intacto, la meteorología contradictoria y los antecedentes.

La realidad no tiene obligaciones con nuestros formularios. Somos nosotros quienes quizá no sabemos todavía qué medir.

El 3 de diciembre comparó las desapariciones de 1901, 1947 y 1985. Anotó los intervalos irregulares, la localización constante y las condiciones repetidas: calma anómala, humedad y niebla localizada.

Después se impuso un límite:

Tres casos no forman una ley. No existe base para predecir una repetición.

El 19 de diciembre remitió el informe sin una explicación concluyente.

Es correcto hacerlo. También es insuficiente. Conservar las notas.

Uxía dejó de leer.

El cuaderno no explicaba dónde habían estado Xoán y Manuel ni por qué habían regresado. Tampoco resolvía el destino de Ramón y Amaro.

Mostraba algo más modesto: Elixio no había descartado los testimonios por parecer imposibles ni había convertido una leyenda en una certeza.

Había mantenido separados los hechos, las hipótesis y el miedo.

—Mi padre decía que había un caso que nunca consiguió cerrar por dentro —dijo Mónica—. Yo creía que hablaba de un crimen.

—Quizá esto le resultara más difícil de cerrar. En un crimen, al menos sabes qué clase de pregunta estás haciendo.

—¿Qué ocurrió después de que Bieito mintiera?

Uxía podría haberle contado la forma humana que Bieito creyó ver dentro de la niebla. Pero aquella experiencia pertenecía primero a Bieito.

—Ocurrió algo —respondió—. Antes de contártelo tengo que pedirle permiso.

Mónica aceptó el límite.

Fotografiaron únicamente las páginas relacionadas con Corvoeira. El original permanecería en aquella casa y Mónica revisaría cualquier fragmento antes de que pudiera formar parte del manuscrito.

Antes de guardar el cuaderno, pasó los dedos sobre la cubierta negra.

—Pensaba que conservar todas estas cosas significaba que no estaba preparada para despedirme de él.

—Quizá también estabas conservando algo que todavía podía servir para otra cosa.

Mónica cerró la caja.

No habían encontrado la respuesta de Elixio.

Habían encontrado la honestidad con la que había vivido sin ella.

CAPÍTULO 34

Corvoeira, 2025–enero de 2026

La primera página llevaba tres horas en blanco.

Uxía había escrito reportajes en aeropuertos, pasillos de juzgados y habitaciones de hotel. Había entregado textos con el abrigo puesto mientras un editor le pedía quinientas palabras más y diez minutos menos.

Nada de aquello la había preparado para sentarse en la cocina de Casa Freire y decidir cómo ordenar una historia en la que cada frase podía tocar la vida de alguien a quien amaba.

Sobre la mesa tenía copias de las fotografías de la pieza con las iniciales y del botón, el informe preliminar de Sonia, las páginas autorizadas del cuaderno de Elixio y las transcripciones que cada persona había empezado a revisar.

Junto a ellas, Puri había dejado la hoja de límites familiares.

Uxía la releía cada vez que una frase le parecía demasiado eficaz.

Carme: voz personal, no prueba. No utilizar sus desorientaciones.

Bieito: no atribuir identidad a la forma.

Sabela: tenía nueve años. Excluir detalles de su madre.

Manuel: no presentarlo como acompañante pasivo.

Xoán: distinguir envejecimiento corporal de experiencia consciente.

No era una lista de obstáculos.

Era parte de la estructura del relato.

Xoán entró con dos tazas de café y dejó una junto al ordenador.

—¿Sigue ganando el papel?

—Por goleada.

Se sentó frente a ella, pero no intentó leer la pantalla.

—¿Cuál es el problema?

—Que sé convertir hechos en una historia. Pero aquí cada decisión puede hacer que alguien parezca valiente, cobarde, equivocado o incapaz de aceptar la realidad.

—¿Y si no decides quién tiene razón?

—Todo relato decide algo, aunque finja que no.

Xoán sopló el café.

—Entonces deja claro dónde terminan los hechos y dónde empieza tu manera de mirarlos.

Uxía había creado tres apartados para cada episodio:

VERIFICADO.

RECORDADO.

DESCONOCIDO.

En el primero estaban las identificaciones genéticas, las fechas, el estado del *Santa Bárbara*, los partes meteorológicos y la procedencia documentada de los objetos.

En el segundo, los recuerdos de Xoán y Manuel, la forma que Bieito creyó ver y las escenas familiares.

En el tercero estaba casi todo lo que cualquier lector querría saber de inmediato.

—No sé qué forma tendrá esto —dijo—. Puede quedarse como archivo familiar. Puede convertirse en un libro. Puede que solo sirva para que dentro de treinta años nadie tenga que reconstruirlo a partir de rumores.

Xoán señaló la hoja de límites.

—No escribas todavía para un lector desconocido. Escribe para la gente que está ahí.

—¿Y después?

—Si nos reconocemos sin sentirnos utilizados, ya decidiremos quién más puede leerlo.

Uxía abrió un documento aparte y escribió una nota de intención:

Este archivo no pretende demostrar una explicación que todavía no tenemos. Distinguirá entre documentos, recuerdos y posibilidades. Ningún testimonio pertenece al texto por el solo hecho de haber sido confiado.

Se detuvo.

Xoán esperaba sin preguntarle qué había escrito.

Uxía continuó:

La historia no termina cuando dos hombres regresan al muelle. Continúa en las familias que envejecieron, en los papeles incapaces de reconocer a quien estuvo cuarenta años ausente y en las personas que tuvieron que construir vidas distintas alrededor de la desaparición.

Leyó el párrafo en voz baja.

—Eso se parece a lo que hemos dicho —observó Xoán.

—Todavía no es el comienzo.

—Pero ya sabes qué no quieres traicionar.

Uxía volvió a la primera página.

Pensó en empezar por el regreso de Xoán, porque era la escena más inmediata. Por Carme junto a la ventana, porque era la imagen más dolorosa. Por el botón o la pieza con las iniciales R. F. O., porque prometían una investigación.

Todas aquellas entradas convertían la historia en otra cosa antes de que el lector conociera su raíz.

El verdadero comienzo estaba en 1901, en un mar inmóvil y un hombre llamado Amaro que no regresó.

Uxía apoyó los dedos sobre el teclado.

Escribió:

El mar, esa mañana, estaba demasiado quieto.

Xoán observó su rostro.

—Ya has empezado.

—¿Cómo lo sabes?

—Has dejado de mirar la página como si te debiera algo.

Durante las semanas siguientes, el lenguaje de Carme empezó a volverse más frágil.

No ocurrió de golpe ni de la misma forma todos los días. Había mañanas en que conversaba con Puri sobre una vecina fallecida veinte años antes y otras en las que no encontraba el nombre de una taza que sostenía entre las manos.

Algunas frases llegaban completas.

Otras se rompían a mitad.

—Quero… Quero…[1]

Uxía sentía el impulso de ofrecerle palabras: agua, chaqueta, ventana, baño.

A veces acertaba. Otras, la lista solo aumentaba la frustración.

—Xa non sei o que quero.[2]

La médica revisó la medicación, la hidratación y los posibles signos de infección. No encontró una causa aguda que pudiera tratarse.

—No la sometáis a un examen cada vez que intenta hablar —les explicó—. Esperad. Observad. Y aceptad que quizá la palabra no llegue.

Puri ya lo sabía sin necesidad de un manual.

Miraba el gesto de Carme, el lugar hacia el que dirigía la vista y lo que acababa de ocurrir. Si no comprendía, no fingía hacerlo. Si la palabra no aparecía, buscaba otra forma de responder sin convertir el fallo en el centro de la escena.

Xoán aprendió observándola.

No lo hizo de manera perfecta.

Una tarde completó cuatro veces una misma frase de Carme hasta que ella le apartó la mano.

—Déixame falar a min.[3]

Xoán salió al patio.

Uxía lo encontró junto al muro, respirando con rabia contenida.

—Solo intentabas ayudar.

—Ya lo sé. Y no la ayudé.

—Puedes volver cuando estés más tranquilo.

—¿Y si la próxima vez tampoco sé hacerlo?

—Entonces aprendemos otra vez.

Más tarde, Xoán se sentó junto a Carme sin pedirle que retomara la frase. Le ofreció la mano y esperó a que ella decidiera cogerla.

Con el tiempo se convirtió en uno de los que mejor sabía acompañar sus silencios, no porque la brétema y el Alzheimer fueran fenómenos semejantes —Uxía se obligaba a no establecer aquella equivalencia—, sino porque comprendía la vergüenza de sentir que una experiencia seguía existiendo dentro, aunque no aparecieran las palabras para contarla.

—Cuando me preguntáis qué ocurrió allí —le explicó una noche—, noto algo que no sé colocar en una frase. Si insistís, no aparece más claro. Solo siento que estoy fallando.

—Yo quiero arreglarlo demasiado rápido.

—Porque eres periodista.

—Porque soy su hija.

Xoán asintió.

No intentó decidir qué parte pesaba más.

A medida que Carme necesitaba más ayuda, Uxía empezó a observar también a Puri. Su tía se levantaba de noche, organizaba las medicinas, coordinaba citas y continuaba haciendo funcionar la casa con una naturalidad que ocultaba el agotamiento.

—Tienes que descansar.

—Descanso.

—Dormirte vestida en una silla no cuenta.

Puri protestó hasta que aceptó reservar dos tardes semanales para salir mientras Uxía y Xoán se ocupaban de Carme.

La primera tarde no supo adónde ir.

Terminó en el bar de Sabela, tomando café sin mirar el reloj durante casi una hora.

Aquellas dos tardes no resolvían la carga del cuidado, pero la hacían visible y compartida.

Aquella noche, Uxía escribió:

Mi madre pierde palabras mientras avanza. Mi padre regresó de un tiempo para el que casi no existen palabras. Y en medio de los dos, aprendiendo a hablar el idioma que a ninguno le queda entero, estoy yo.

La frase era hermosa.

Precisamente por eso desconfió.

Recordó la advertencia de Carme: ella había enfermado porque había enfermado; Xoán había regresado porque había regresado. No debía unir ambas cosas para que la historia pareciera más perfecta.

Uxía trasladó la frase a un archivo privado.

En el manuscrito escribió:

Carme empezó a perder con mayor frecuencia el acceso a las palabras. Xoán no comprendía su enfermedad porque se pareciera a la brétema, sino porque también él conocía la impotencia de sentir algo que no conseguía narrar. La semejanza estaba en la forma de acompañarse, no en la causa de sus pérdidas.

Era menos brillante.

Era más honesta.

El reportaje de Iago apareció en enero, un domingo, con una fotografía de O Peirao Vello al amanecer.

A Illa dos Corvos quedaba fuera del encuadre.

Aquella ausencia deliberada fue lo primero que inspiró confianza a Uxía.

Corvoeira: el pueblo que se queda, decía el titular.

Iago había hablado con pescadores, comerciantes y vecinos que se habían marchado. Presentaba la pérdida de población y de servicios sin convertir Corvoeira en un cadáver pintoresco ni a quienes permanecían allí en héroes inmóviles.

Sabela aparecía levantando la persiana del bar.

El texto no afirmaba que se hubiera quedado por falta de valor o por obligación. Decía que, la mayoría de los días, continuaba eligiendo aquella vida.

Uxía la llamó.

—Te ha entendido.

Al otro lado hubo un breve silencio.

—¿De verdad?

—No te presenta como una sacrificada. Dice que mantener abierto el bar es un trabajo, no una declaración romántica sobre el futuro del pueblo.

Sabela soltó el aire.

—Era lo que más miedo me daba.

Uxía leyó el reportaje dos veces buscando una frase ambigua, una referencia indirecta a los desaparecidos o alguna insinuación sobre secretos y nieblas.

No encontró ninguna.

Ni Xoán.

Ni Manuel.

Ni el *Santa Bárbara*.

Ni la brétema.

Iago había escrito el reportaje que había dicho que escribiría.

Uxía lo llamó aquella tarde.

—Has cumplido.

—Entiendo que lo has comprobado con cuidado.

—Dos veces.

—Me habría decepcionado que no lo hicieras.

No fingían una confianza absoluta. Tampoco la necesitaban.

—Quedan dos meses de embargo —recordó Iago—. Cuando terminen, volveremos a hablar.

—Eso no significa que vaya a entregarte el manuscrito.

—No.

—Ni que Xoán o Manuel vayan a concederte una entrevista.

—Tampoco.

—Ni que la familia haya decidido publicar.

—Exacto. Tú decidirás qué hacer con vuestro archivo. Yo decidiré qué puedo hacer con la información pública que haya verificado. Una cosa no obliga a la otra.

La claridad devolvió al plazo su tamaño real.

No era una cuenta atrás hacia la publicación.

Era el tiempo durante el cual Iago había prometido no adelantarse mientras la familia decidía qué parte de la historia podía salir de

Casa Freire.

Después de colgar, Uxía abrió el manuscrito.

Volvió a la escena de Carme junto a la ventana.

No escribió más deprisa.

Escribió con más cuidado.

---

1. Quiero… Quiero…

2. Ya no sé lo que quiero.

3. Déjame hablar a mí.

CAPÍTULO 35

Corvoeira, 2008 y 2026

—Tenemos que hablar de dinero —dijo Xoán.

Había esperado a que Carme se durmiera y Puri saliera a comprar. Uxía ordenaba las facturas del mes en la cocina cuando él se sentó frente a ella.

—Y de qué voy a hacer con mi vida. No puedo quedarme para siempre arreglando cosas que no están rotas.

Uxía cerró la carpeta.

Llevaba semanas esperando aquella conversación. No la había iniciado porque temía que cualquier sugerencia sonara a prisa por devolverlo a una normalidad que no existía.

—No tienes que decidirlo todo ahora.

—Eso me lo decís cada vez que pregunto. Pero como, duermo y gasto dinero.

Señaló las facturas.

—Carme tiene su pensión y sus gastos. Tú has dejado trabajo para venir. Puri lleva media vida sosteniendo esta casa. No quiero que mi vida dependa de que vosotros podáis pagarla.

—No eres una carga.

—No he dicho que lo sea.

La corrección fue tranquila.

—He dicho que quiero sostenerme por mí mismo.

Uxía dejó de intentar consolarlo y empezó a escucharlo.

Como nunca había sido declarado fallecido, su identidad legal seguía vigente. Eso evitaba un problema, pero no resolvía el resto: el documento llevaba décadas caducado, la vida laboral terminaba en 1985 y según su fecha de nacimiento, constaba administrativamente como un hombre de setenta y nueve años.

El cuerpo que se sentaba frente a ella tenía unos cuarenta y tres.

—No existe un procedimiento pensado para tu caso —explicó—. Habrá que renovar la documentación, reunir los informes médicos y policiales y reconstruir tu expediente.

—¿Has hablado con alguien?

—Hice una consulta general con un abogado de Vilanova.

La mandíbula de Xoán se tensó.

Uxía reconoció el error antes de que él lo señalara.

—No he iniciado ningún trámite ni entregado documentos. Quería saber por dónde empezar, pero la próxima vez iremos juntos.

—Es mi vida.

—Sí.

No añadió ninguna justificación.

—¿Y trabajar? —preguntó él.

—Podrás hacerlo cuando la documentación esté regularizada. Otra cosa es qué requisitos actuales tenga cada oficio.

—El mar.

No era una pregunta abstracta.

—Tu licencia de 1985 ya no sirve. Necesitarías formación, permisos y reconocimientos médicos vigentes.

Xoán miró hacia la ventana.

—El *Santa Bárbara* ya ni siquiera está en Corvoeira. Lo vendieron hace veinte años. Aunque volviera al mar, no sería volver al mismo barco.

—No.

—A veces echo de menos trabajar con el cuerpo y saber al final del día qué he hecho. Otras miro la isla y pienso que buscaría niebla en cada cambio de luz.

—Puedes acercarte poco a poco. Sin convertir la primera decisión en definitiva.

—¿Qué otras cosas sé hacer?

—Reparar redes y motores pequeños, trabajar la madera, manejar herramientas…

—Todo de 1985.

—Las manos no caducan al mismo ritmo que los permisos.

Xoán sonrió apenas.

Manuel entró desde el patio con polvo de granito en la chaqueta y una barra de pan bajo el brazo.

—Antón dice que todavía sujeto mal el cincel —anunció—. Lo cual demuestra que algunas cosas sobreviven perfectamente cuarenta años.

Dejó el pan sobre la mesa.

—¿Qué pasa?

—Xoán intenta decidir qué hará el resto de su vida antes de cenar —respondió Uxía.

—Mala hora.

Manuel cortó un trozo de pan.

—Yo llevo semanas con la piedra y todavía no sé si quiero que sea mi oficio o solo algo que necesito aprender ahora.

—Tú ya has elegido —dijo Xoán.

—He elegido probar. No es lo mismo.

La frase permaneció en la cocina después de que Manuel saliera.

Xoán observó las facturas.

—¿Tú supiste que querías marcharte?

Uxía levantó la cabeza.

—¿De Corvoeira?

—Sí.

La pregunta la devolvió a una habitación llena de cajas de cartón.

* * *

En 2008, Uxía tenía veintisiete años y un puesto de becaria en un periódico de Santiago.

No era la primera vez que se marchaba para estudiar o trabajar durante unos meses. Aquella vez vació el armario sin dejar ropa suficiente para fingir que regresaría durante el verano.

Carme la ayudó a doblar las camisetas.

Había pasado la mañana en A Lonxa, discutido con Puri por una factura y todavía llevaba en la muñeca la goma con la que se recogía el pelo. No era una mujer suspendida desde 1985. Había criado a su hija, cuidado de Xosefa y aprendido a vivir días completos sin pronunciar el nombre de Xoán.

La ausencia seguía dentro de su vida.

No era toda su vida.

—Podrías quedarte —dijo Carme sin levantar la vista—. También hay periódicos en Vilanova.

—Mamá, sabes que no es lo mismo.

—Sei que non.[1]

Cerró una caja.

—Só quería dicilo unha vez, antes de que marches.[2]

Uxía se sentó en el borde de la cama.

Había ensayado respuestas sobre las oportunidades, el trabajo y la distancia. Ninguna contenía el miedo verdadero.

—Tengo miedo de quedarme.

Carme dejó de doblar.

—No porque crea que tu vida es pequeña. Tengo miedo de que la desaparición de papá acabe decidiendo también la mía. Que cada trabajo, cada viaje y cada persona a la que quiera se mida por si me aleja demasiado de esta casa o de ti.

—¿Pensabas que quería eso?

—No. Pero cuando te veo cansada siento que marcharme es abandonarte. Y cuando me quedo siento que estoy viviendo una vida que no elegí.

Carme se sentó a su lado.

—Fixen o que puiden, Uxía. Coa vida que me tocou.[3]

No enumeró sacrificios ni convirtió los años en una deuda.

—Pero ti non tes que repetir a miña vida para demostrar que me queres. Vai. Fai a túa. Se algunha vez tes que esperar por algo, que

non sexa porque aprendiches que as mulleres desta casa só sabemos facer iso.[4]

Uxía sintió vergüenza por las veces que había reducido a su madre a una ventana encendida.

Carme había trabajado, discutido, reído y cuidado. Esperar a Xoán no había significado dejar de vivir.

—Voy a llamarte todas las semanas.

—Xa o sei.[5]

—Y volveré pronto.

Carme la miró con una ternura que no exigía garantías.

—Volve cando poidas facelo sen sentir que regresas a pagar unha débeda. Eu quedo aquí coa miña vida. Ti vai facer a túa, tranquila.[6]

Al día siguiente, Puri llevó a Uxía a la estación de Vilanova. Carme prefirió despedirse en casa, sin un andén que las obligara a soltarse cuando anunciaran la salida.

Durante los primeros meses, Uxía llamó todos los domingos.

Después llegaron cierres, viajes y horarios que convertían una semana en dos. Las visitas se aplazaron por trabajo, por dinero y más tarde por la vergüenza de haber dejado pasar demasiado tiempo.

No regresó durante los diecisiete años siguientes.

No porque Carme le hubiera pedido que se marchara para siempre.

Porque cada año resultaba más difícil explicar el anterior.

* * *

—No lo supe —respondió Uxía en la cocina—. Elegí marcharme. Eso no significa que supiera todo lo que vendría después.

—¿Te arrepientes?

—De marcharme, no. De algunas formas de permanecer lejos, sí.

Xoán asintió lentamente.

—Entonces puedo elegir probar algo sin prometer que será mi vida entera.

—Exacto.

La oportunidad apareció unos días después, durante una visita de la médica.

Carme llevaba casi media hora convencida de que debía ir a buscar a Uxía al colegio. Xoán no intentó corregirla. Le preguntó qué abrigo llevaba la niña y propuso esperar junto a la ventana porque aún era temprano.

Carme se calmó antes de que terminara la revisión.

—Has aprendido a acompañarla —observó la médica mientras guardaba el tensiómetro.

—He aprendido algunas cosas de Puri.

—Eso también cuenta.

La médica le habló del centro de día de Vilanova, donde aceptaban voluntarios para actividades y acompañamiento bajo supervisión. Aclaró que la paciencia no sustituía la formación, los protocolos ni saber cuándo pedir ayuda.

Xoán guardó el número durante una semana.

—No quiero utilizar la enfermedad de Carme para encontrarme una vida —dijo finalmente.

—No la estarías utilizando —respondió Uxía—. Estarías averiguando si algo que has aprendido puede servir fuera de esta casa.

—¿Y si solo sé estar con ella porque es ella?

—Entonces lo descubrirás antes de comprometerte a nada.

Llamó él mismo.

La directora del centro fue clara: el voluntariado no sustituía al personal. No podía administrar medicación, realizar cuidados personales ni intervenir solo ante una crisis. Tendría que completar una formación básica, respetar la confidencialidad y seguir las indicaciones del equipo.

Aquellos límites lo tranquilizaron.

Empezó dos tardes por semana, preparando materiales, acompañando paseos y ayudando a recoger las salas. Observaba más de lo que hablaba.

También se equivocó.

Una mujer llamada Elisa insistió en que debía volver a casa para preparar la cena de sus hijos. Xoán intentó tranquilizarla explicándole que sus hijos ya eran adultos y que no la esperaban.

Elisa se angustió más.

Una gerocultora se sentó junto a ella, le preguntó qué solía cocinar y consiguió conducir la conversación hacia una actividad en la cocina.

—Creí que ayudarla era explicarle la verdad —admitió Xoán.

—Una verdad correcta puede llegar en el momento equivocado —respondió la profesional—. A veces hay que averiguar qué necesidad existe debajo de las palabras.

Xoán regresó a Casa Freire molesto consigo mismo.

—No se me da tan bien como pensaba.

—Eso significa que estás aprendiendo —dijo Uxía—. Te equivocaste, paraste y pediste ayuda.

—Pude hacerle daño.

—Por eso existen la formación y el equipo. No para que nunca te equivoques, sino para que no conviertas un error en una certeza.

Xoán volvió al centro.

Con las semanas aprendió a distinguir cuándo su experiencia le servía y cuándo debía dejarla fuera. No comparaba la brétema con la enfermedad de las personas a las que acompañaba. No decía que supiera lo que sentían.

Solo conocía, de otra manera, la vergüenza de tener algo dentro que no encontraba una forma clara de convertirse en palabras.

Una tarde, un hombre llamado Tomás insistió en que debía bajar al puerto porque su barco estaba esperando.

Una voluntaria nueva intentó convencerlo de que ya no tenía barco. Tomás levantó la voz.

Xoán se sentó a cierta distancia.

—¿A qué hora tenías que salir?

—Antes de que cambie la marea.

—Entonces todavía podemos mirar el cielo.

No le prometió que el barco existiera ni intentó ganar la discusión. Acompañó la urgencia hasta que dejó de serlo y después avisó a una profesional.

Al terminar, una de las trabajadoras le habló de la formación necesaria para dedicarse a la atención sociosanitaria.

Xoán pidió información.

—No sé si seré capaz de estudiar otra vez —confesó a Uxía—. Hay palabras nuevas para casi todo.

—Puedes informarte sin decidir todavía.

—Eso me repites mucho.

—Porque sigues creyendo que cada paso debe conducir a una vida completa.

Xoán dejó los folletos sobre la mesa.

—Los cuatro años que atravesó mi cuerpo son un agujero. No puedo recuperarlos ni convertirlos en algo bueno.

—No tienes que hacerlo.

—Ya lo sé.

Miró hacia la sala donde Carme dormía.

—Pero puedo elegir qué hago ahora con la paciencia que he aprendido desde que volví. No porque la brétema tuviera un propósito. Solo porque sigo aquí.

Que de la pérdida surgiera una decisión valiosa no la convertía en necesaria.

Xoán no estaba justificando los cuarenta años de ausencia.

Estaba empezando a utilizar el tiempo presente sin exigirle que compensara el pasado.

Al regresar del centro una tarde, encontró a Carme sentada junto a la ventana.

—¿Fuches ao mar?[7]

—No. Estuve acompañando a unas personas.

—¿Estaban soas?[8]

—Algunas se sentían así.

Carme le hizo sitio en el sofá.

Xoán se sentó.

Durante un rato no hablaron.

Había empezado a comprender que permanecer junto a alguien no era la ausencia de una solución.

A veces era la única ayuda que podía ofrecer.

---

1. Sé que no.

2. Solo quería decirlo una vez, antes de que te marches.

3. Hice lo que pude, Uxía. Con la vida que me tocó.

4. Pero tú no tienes que repetir mi vida para demostrar que me quieres. Vete. Haz la tuya. Si alguna vez tienes que esperar por algo, que no sea porque aprendiste que las mujeres de esta casa solo sabemos hacer eso.

5. Ya lo sé.

6. Vuelve cuando puedas hacerlo sin sentir que regresas a pagar una deuda. Yo me quedo aquí con mi vida. Tú vete a hacer la tuya, tranquila.

7. ¿Fuiste al mar?

8. ¿Estaban solas?

CAPÍTULO 36

Corvoeira, 2025–2026

Antón no puso las herramientas de Xesús en manos de Manuel el primer día.

Le entregó un mazo moderno, un puntero bien equilibrado, gafas protectoras y una mascarilla. Después señaló un bloque de granito apoyado contra la pared del taller.

—Empezaremos por lo básico.

Manuel sostuvo el mazo.

—¿Igual que empezaste tú?

—No exactamente. Nosotros empezamos sin gafas, sin mascarilla y con nuestro padre gritándonos demasiado cerca de la oreja. Algunas tradiciones no merecen conservarse.

Manuel se rio.

Durante las primeras semanas, Manuel estuvo torpe.

Golpeaba con demasiada fuerza, cambiaba el ángulo antes de tiempo y confundía la impaciencia con decisión. Antón lo corregía sin tratarlo como al hermano pequeño que recordaba ni como al hombre de sesenta y dos años que figuraba en los documentos.

Dentro del taller, Manuel era un aprendiz adulto.

Nada más y nada menos.

—Non así.[1] —Antón le ajustó la posición de la mano—. Deixa que o peso do mazo faga o traballo. Ti só guías.[2]

—Eso me decías cuando era niño.

—Y no me escuchabas.

—Ahora tampoco siempre.

—Ahora vuelves a intentarlo sin enfadarte con la piedra.

Trabajaban varias mañanas por semana.

Manuel no dejó atrás el mar ni se convirtió de repente en el cantero que Xesús había esperado que llegara a ser. Aprendía porque quería saber qué sentía al terminar algo que permaneciera donde lo dejaba.

La piedra exigía tiempo, repetición y una fuerza capaz de detenerse.

Después de que cuatro años hubieran pasado por su cuerpo sin convertirse en recuerdos, aquellas reglas le resultaban tranquilizadoras.

Una mañana, Antón abrió el armario del fondo y sacó una caja de madera cubierta de polvo.

—Isto era do noso pai.[3]

Manuel no la tocó enseguida.

Dentro estaban el martillo pequeño que Xesús nunca había permitido utilizar a los demás, dos cinceles gastados y una escuadra de metal marcada con las iniciales de Xesús. El mango del martillo tenía una muesca junto a la cabeza.

—Mamá dijo que lo había guardado para mí.

—Guardó casi todo. Esto se quedó en el taller.

Antón apoyó una mano sobre la caja.

—No te lo doy para que trabajes como él. Te lo doy porque ya sabes que una herramienta no obliga a imitar la mano de quien la usó antes.

Manuel cogió el martillo.

Lo recordaba colgado del cinturón de Xesús: el mango sobresaliendo mientras su padre se inclinaba sobre una piedra, el tintineo del metal cuando caminaba y la prohibición de tocarlo sin permiso.

No era un recuerdo de la brétema ni una imagen reconstruida a partir de fotografías.

Era suyo.

—Pesa menos de lo que recordaba.

—Tú pesabas menos cuando lo mirabas.

Antón señaló una losa pequeña sobre el banco.

—Termina la flor.

Manuel había dibujado seis pétalos alrededor de un centro circular. Uno era demasiado estrecho y amenazaba con romperse.

Apoyó el puntero y golpeó.

Una esquirla se desprendió por el lugar equivocado.

—La he estropeado.

—Todavía no.

Antón corrigió el ángulo.

—Pero si intentas dejarla exactamente igual que la que tienes en la cabeza, acabarás rompiéndola.

Manuel siguió trabajando hasta que la luz del taller se volvió amarilla.

El pétalo sobrevivió, aunque quedó desigual. Pasó el pulgar por el borde.

—Puedo corregirlo.

—Puedes hacer que parezca hecho por otro.

Manuel dejó la imperfección.

Llevó la pieza a casa envuelta en un paño. Amparo la desenvolvió en la cocina y sostuvo la flor entre las manos.

—É fermosa.[4]

—Un pétalo está torcido.

—Entón é túa.[5]

Amparo sonrió.

—Túa avoa tiña unha parecida no armario do salón. Fixéraa teu pai cando aínda estaba aprendendo. Tamén tiña un pétalo máis estreito.[6]

Manuel miró a Antón.

—¿Es verdad?

—La flor existía. No puedo jurar que el pétalo tuviera exactamente esa forma.

Amparo le dio un golpe suave en el brazo.

—Pero papá la conservó —continuó Antón—. Fue una de las primeras piezas que terminó sin que el abuelo se la corrigiera.

Manuel observó su flor.

Durante semanas había recordado a Xesús únicamente como el maestro al que nunca habría podido alcanzar. Aquella pieza lo devolvía a una época anterior, cuando su padre todavía podía equivocarse, golpear demasiado fuerte y aprender.

No había una destreza dormida en la sangre ni una obligación familiar que terminara imponiéndose.

Había dos hombres que habían empezado mal.

—Quiero seguir viniendo al taller —dijo.

Antón fingió examinar la losa.

—Tendrás que madrugar.

—He salido a pescar a las cuatro.

—Hace cuarenta años.

—Para mí no.

La broma cayó en un silencio breve, pero no doloroso.

—Mañana a las ocho —dijo Antón.

Manuel asintió.

La flor no reparaba la muerte de Xesús ni devolvía la juventud de sus hermanos. Tampoco demostraba que hubiera sido un error elegir el mar.

Era lo primero que construía desde su regreso sin intentar demostrar quién había sido.

Solo quién quería aprender a ser.

---

1. Así no.

2. Deja que el peso del mazo haga el trabajo. Tú solo guías.

3. Esto era de nuestro padre.

4. Es hermosa.

5. Entonces es tuya.

6. Tu abuela tenía una parecida en el armario del salón. La había hecho tu padre cuando todavía estaba aprendiendo. También tenía un pétalo más estrecho.

CAPÍTULO 37

Corvoeira y Vilanova, febrero–marzo de 2026

Uxía terminó el primer borrador un domingo de madrugada.

El documento ocupaba ciento diez páginas, además de una cronología y una tabla donde cada afirmación importante aparecía clasificada como verificada, recordada o desconocida.

No sintió alivio.

Sintió el silencio que queda después de sostener durante meses una pregunta y descubrir que escribirla no la vuelve más pequeña.

Durante las semanas anteriores, cada persona había revisado por separado las páginas en las que aparecía su testimonio.

Amparo corrigió una fecha familiar y exigió que el funeral no se presentara como un error del que debiera avergonzarse.

Sabela retiró una referencia a su madre y pidió que la promesa de una niña de nueve años no se describiera como una elección libre.

Bieito autorizó el relato de la visita nocturna, pero mantuvo sin nombre la forma que creyó ver.

Manuel comprobó que no quedara reducido al muchacho que acompañaba a Xoán.

Xoán leyó despacio las escenas sobre su regreso y sobre Ramón. En una página escribió únicamente:

No digas que mi padre sigue vivo. Tampoco que murió. No lo sabemos.

Uxía conservó la frase casi literalmente.

Carme no podía revisar un manuscrito completo ni otorgar una aprobación permanente. Su voz aparecía dentro de los límites que había fijado durante la mañana en que pidió la grabadora: como experiencia personal, nunca como prueba de la brétema, y sin utilizar sus confusiones posteriores.

La reunión del domingo no era una votación sobre ciento diez páginas.

Era la primera vez que todos verían el relato en su conjunto.

Uxía colocó una copia sobre la mesa de Casa Freire. Carme estaba en la sala, despierta pero cansada, entrando y saliendo de la conversación sin que nadie le exigiera seguirla.

—No voy a leerlo entero —dijo Uxía—. Todos tendréis tiempo para revisar la siguiente versión. Hoy quiero enseñaros el comienzo, explicar cómo he tratado lo que desconocemos y decidir si permitimos una lectura confidencial fuera de la familia.

—¿De quién? —preguntó Puri.

—De Iago.

Bieito frunció el ceño.

—El embargo termina pronto.

—Precisamente por eso quiero separar las decisiones. Cuando termine el plazo, podrá retomar la investigación por medios públicos. No le entrega nuestro archivo. Si lee el manuscrito será porque nosotros decidimos dárselo.

Uxía abrió la copia.

Leyó el prólogo: el mar inmóvil de 1901, la desaparición de Amaro Cebreiro y las palabras de Manuela Pardo.

Después escogió fragmentos breves: Xosefa negándose a declarar muerto a Ramón, las decisiones opuestas de Carme y Amparo en 1985, el regreso de Xoán y Manuel y la mañana en que Carme pidió que su enfermedad no se convirtiera en el castigo por haber esperado.

No leyó una explicación final de la brétema.

No existía.

—Las edades permiten calcular que vuestros cuerpos envejecieron unos cuatro años —explicó—. Eso está separado de vuestra experiencia, porque ninguno recuerda haber vivido conscientemente ese tiempo. En el caso de Ramón figuran la pieza con las iniciales, la fotografía y los fragmentos de memoria. Nada demuestra dónde está.

Xoán asintió.

—Así tiene que quedarse.

—Aunque un lector quiera una respuesta.

—Puede quererla. Nosotros no podemos fabricársela a mi padre.

Manuel hojeó las páginas.

—Falta la manga.

—La dejé fuera porque no sabemos de quién era ni si el recuerdo cambió después.

—Por eso debe estar.

Manuel apoyó un dedo sobre el margen.

—No como una pista que prometa una solución. Como algo que recuerdo y no sé colocar. Todo esto trata de vivir sin obligar a las preguntas a tener respuesta.

Uxía anotó la observación.

Bieito buscó su capítulo.

—¿La forma sigue sin identificar?

—Sí.

—¿Y consta que hui?

—Sí. También que nadie sabe qué habría ocurrido si te hubieras quedado.

—No quiero que lo segundo excuse lo primero.

—No lo excusa. Impide fingir que conocemos el resultado de una decisión que nunca tomaste.

Sabela comprobó las páginas sobre su infancia. Amparo pidió que Uxía leyera el fragmento dedicado a Xesús.

Desde la sala, Carme alzó la voz:

—Le algo meu.[1]

Uxía eligió el pasaje donde rechazaba la imagen de una mujer sentada durante cuarenta años ante una ventana.

Carme escuchó con los ojos cerrados.

—Está ben contado. Non fas de min unha santa nin unha tola. Iso é o importante.[2]

Uxía recibió aquellas palabras como la opinión de ese momento, no como una autorización ilimitada.

—Queda decidir lo de Iago —dijo Puri.

Manuel quería saber si un lector ajeno a Corvoeira comprendía que él no era «el otro hombre». Sabela quería comprobar que la historia se entendiera sin completar los huecos mediante los rumores del pueblo. Bieito pidió que solo existiera una copia.

Xoán exigió que no incluyera grabaciones, documentos médicos ni anexos privados.

Acordaron autorizar una lectura confidencial.

No aprobaron una publicación.

Cuando la reunión terminó, el manuscrito estaba lleno de papeles, correcciones y preguntas.

No se había debilitado.

Había regresado a las personas de las que procedía.

Iago recibió la copia una semana antes de que terminara el embargo.

Se encontraron en el hostal de Vilanova donde habían negociado el primer acuerdo. Uxía llevaba una carpeta cerrada y un documento de confidencialidad.

—El plazo termina el viernes —dijo Iago.

—Sí. Entonces podrás decidir qué haces con la información pública que hayas verificado. No tendrás acceso automático a la familia ni a nuestro archivo.

—Correcto.

—Esta lectura es independiente del embargo.

La copia estaba numerada y marcada como confidencial. No podía fotografiarse, reproducirse ni compartirse. No contenía grabaciones, informes médicos, pruebas genéticas ni imágenes privadas.

Iago podía tomar notas y señalar problemas, pero no utilizar el manuscrito como fuente de un texto propio.

Leyó el acuerdo y firmó.

—¿Por qué yo?

—Porque cumpliste lo que prometiste cuando habría sido fácil deslizar una insinuación en el reportaje sobre despoblación. Y porque necesitamos saber si esto se entiende fuera de Corvoeira.

—¿Qué quieres que mire?

—Si se distingue lo verificado de lo recordado. Si Manuel conserva una historia propia. Y si Carme está protegida sin quedar borrada.

—¿Quieres que te diga si debe publicarse?

—Quiero que me digas si puede leerse sin traicionar los límites. La decisión de publicarlo vendrá después.

Iago guardó el manuscrito.

—Te lo devuelvo el lunes.

El viernes llegó sin artículos, fotógrafos ni llamadas urgentes.

El embargo terminó sin ningún gesto visible desde fuera. La familia conservó las mismas preguntas.

Iago era libre de investigar.

Ellos eran libres de no publicar.

Entre ambas libertades existía una copia numerada y una confianza limitada.

Iago regresó el lunes con doce hojas de observaciones.

No había escrito sobre las páginas ni doblado las esquinas.

Se sentaron en el bar de Sabela antes de que abriera.

—Lo he leído dos veces —dijo—. La primera como lector. La segunda buscando dónde utilizabas la confianza de tu familia para construir una escena más eficaz.

Uxía apoyó las manos sobre la carpeta.

—¿Lo hago?

—Dos veces te acercas demasiado.

En el funeral, Uxía había escrito lo que Amparo «debió de sentir» al cerrarse el ataúd, aunque Amparo nunca lo había expresado de aquella manera.

En otra escena había unido los recuerdos de la red de Xoán y Manuel hasta hacerlos parecer idénticos.

—No son mentiras —explicó Iago—. Pero conviertes una inferencia en un pensamiento de Amparo y dos recuerdos parecidos en uno solo. Has dedicado muchas páginas a proteger esas diferencias. Se nota mucho cuando dejas de hacerlo.

Uxía anotó ambos cambios.

—También llamas «milagro» al regreso antes de que nadie utilice esa palabra. Aunque después la cuestiones, ya has colocado una interpretación en la cabeza del lector.

—Lo quitaré.

—Y repites dos veces que la espera no fue toda la vida de Carme. La idea es necesaria. La segunda vez ya no hace falta desarrollarla tanto.

Uxía siguió escribiendo.

No se sintió atacada. Aquello era lo que había pedido: una lectura capaz de detectar dónde la emoción o la eficacia narrativa debilitaban su propio método.

Iago cerró las notas.

—Ahora lo importante. El manuscrito funciona.

No dijo que fuera perfecto.

—Se entiende qué está documentado, qué pertenece a la memoria y qué sigue abierto. Manuel no queda detrás de Xoán. Carme conserva voz sin que su enfermedad se convierta en prueba, castigo o recurso sentimental.

Uxía respiró.

—¿Y Bieito?

—Se entiende por qué calló sin necesidad de absolverlo. Eso es difícil.

Sabela limpiaba la misma taza al otro lado de la barra.

—¿Crees que debería publicarse?

Iago miró el manuscrito.

—Creo que puede llegar a publicarse responsablemente. Necesita edición externa, revisión legal y una comprobación técnica de las afirmaciones médicas y de los análisis de los objetos.

—No quiero convertirlo en un reportaje.

—Yo tampoco.

La respuesta fue inmediata.

—Podría escribir mil palabras sobre dos hombres que regresaron sin haber envejecido cuarenta años. Para hacerlo tendría que reducir a Bieito a la visita nocturna, a Carme a la ventana y a Manuel al joven que volvió con Xoán. Sería más sencillo y peor.

—¿Renuncias a escribir sobre el caso?

—No puedo prometer que nunca utilizaré archivos públicos. Pero no usaré este manuscrito como fuente ni publicaré una versión apresurada sobre el núcleo de esta historia.

Deslizó hacia Uxía el acuerdo de confidencialidad.

—Ramón está bien tratado —añadió—. Se comprende la posibilidad de que coincidiera con ellos. También que la pieza con las iniciales y

los recuerdos no demuestran dónde está Ramón ni qué le ocurrió.

—No podemos afirmar que siga vivo.

—Ni que muriera. No pierdas esa prudencia durante la edición. El lector puede soportar no saberlo. Xoán es quien tiene que vivir con la pregunta.

Aquella frase confirmó que había comprendido el centro del libro.

Cuando se marchó, Sabela llevó dos cafés a la mesa.

—¿Y?

—Ha encontrado problemas reales y ninguna razón para descartarlo.

—Eso parece una buena lectura.

Uxía reunió a la familia esa misma tarde.

Explicó las observaciones y mostró las correcciones. Amparo aprobó retirar la inferencia sobre sus pensamientos. Xoán y Manuel pidieron que sus recuerdos permanecieran separados. Puri aceptó reducir una de las repeticiones sobre Carme.

Después Uxía planteó el siguiente paso.

—Quiero enviárselo a Marta. No para que lo publique. Para saber si una editora puede trabajar dentro de nuestras condiciones.

Mónica autorizó la lectura de los fragmentos procedentes de los cuadernos de Elixio, siempre que el cuaderno original permaneciera fuera del envío y pudiera revisar cualquier cambio.

Sonia permitió que Marta leyera las conclusiones de sus análisis, pero no los informes técnicos completos.

Los demás aceptaron.

Uxía llamó a Marta desde la cocina.

—Tengo algo para ti. No es el reportaje que esperabas.

—Eso ya lo había entendido.

—Es un libro. Hay testimonios con aprobación individual, información médica limitada y pasajes que deberán revisarse legalmente. Si no puedes trabajar así, quiero saberlo antes de que empecemos a proponer cambios.

Marta guardó silencio unos segundos.

—Envíame el manuscrito y las condiciones juntas. Si el libro no admite una edición responsable, te lo diré. Y si yo no puedo trabajar dentro de esos límites, también.

No era una promesa de publicación.

Era la siguiente lectura.

Y aquella vez todos sabían qué puerta acababan de abrir.

---

1. Lee algo mío.

2. Está bien contado. No haces de mí una santa ni una loca. Eso es lo importante.

CAPÍTULO 38

Corvoeira, primavera de 2026

Marta tardó seis días en llamar.

Uxía no pasó ese tiempo esperando junto al teléfono. Corrigió las observaciones de Iago, acompañó a Carme a una consulta y ayudó a Xoán a reunir los documentos necesarios para informarse sobre la formación sociosanitaria.

Manuel llevó a Casa Freire una nueva pieza de granito. Estaba peor terminada que la flor y, según él, había sido bastante más difícil.

La vida no se detuvo mientras una editora decidía si existía un libro.

Marta llamó al anochecer.

—Lo he leído entero y he vuelto a varios capítulos —dijo—. Creo que hay un manuscrito publicable.

Uxía se sentó en el banco del patio.

La formulación importaba. Marta no había dicho que el libro estuviera terminado, que la editorial lo hubiera aceptado ni que todas sus decisiones fueran correctas.

—¿Qué significa exactamente «publicable»?

—Que tiene estructura, voz y un núcleo humano que justifica trabajar en él. También significa que necesita edición, revisión legal y una nueva comprobación de la cronología, los permisos y las formulaciones médicas y técnicas.

—Los límites familiares no se negocian.

—No te propongo negociarlos. Quiero incorporarlos al proceso.

Marta fue enumerando los puntos esenciales sin convertir la conversación en una lectura de contrato.

Cada testimonio seguiría sujeto a la aprobación individual de quien lo había aportado. Mónica revisaría cualquier modificación de los fragmentos procedentes de los cuadernos de Elixio. Sonia validaría la formulación final de las conclusiones de sus análisis. La enfermedad de Carme no podría utilizarse en la promoción como una tragedia añadida ni para atribuirle afirmaciones que no hubiera autorizado.

—Tampoco quiero que se venda como la demostración científica de un fenómeno sobrenatural —dijo Uxía.

—Eso tendrá que aparecer desde la propuesta editorial. El libro documenta una experiencia y conserva un misterio sin explicación concluyente. No demuestra qué es la brétema.

—Ni dónde está Ramón.

—Ni que siga vivo ni que haya muerto.

Uxía miró hacia la ventana de la cocina. Xoán ayudaba a Carme a cerrar una chaqueta.

—¿Quieres publicarlo?

—Quiero defenderlo ante el comité editorial con mi recomendación. No puedo prometer que lo acepten. Y, aunque lo hagan, faltarán meses de trabajo.

—Meses de trabajo sí puedo prometerlos yo.

Marta rio.

—Necesito un título provisional.

Uxía se quedó en silencio.

Había pasado meses decidiendo qué podía afirmar, qué debía separar y qué pertenecía a otras personas. No había pensado en las

palabras que aparecerían en la cubierta.

—Hablaré con los demás.

—No necesito una ocurrencia brillante esta noche. Necesito un nombre con el que presentar el proyecto.

Después de colgar, Uxía reunió a la familia en Casa Freire.

La conversación fue menos solemne que la revisión del manuscrito. Puri llevó café y una libreta. Manuel y Amparo llegaron desde la Rúa do Cristal. Sabela cerró el bar antes de tiempo. Bieito apareció el último y se sentó cerca de la puerta.

Carme permaneció en la sala con Xoán. Algunas veces seguía la conversación y otras observaba las manos de quienes hablaban.

—Marta cree que el libro puede publicarse —explicó Uxía—. Todavía no hay aprobación editorial ni contrato. Solo quiere presentarlo al comité y necesita un título.

Puri propuso varios nombres relacionados con la niebla.

Sabela los rechazó uno tras otro.

—Parecen novelas de terror. Solo falta una casa abandonada en la cubierta.

Bieito sugirió utilizar el nombre del *Santa Bárbara*.

Amparo negó con la cabeza.

—Ese barco está demasiado ligado a Xoán y Manuel. Ramón y Amaro desaparecieron en otros.

—Y el barco volvió —añadió Manuel—. Ellos fueron los que no estaban.

Uxía anotó algunas palabras: *brétema*, *regreso*, *tiempo*, *isla*, *ausencia*.

Todas parecían explicar demasiado o prometer una respuesta que el libro no podía ofrecer.

—¿Y si el título no habla de la niebla? —preguntó Manuel.

Uxía recordó el muelle el día del regreso.

Dos hombres acababan de aparecer cerca de A Illa dos Corvos. El pueblo todavía no comprendía qué estaba viendo. Puri había reconocido a Xoán y una voz había atravesado el desconcierto:

Es el Freire.

Después otra:

Es el pescador.

—*El pescador de Corvoeira* —dijo Uxía.

Xoán frunció el ceño.

—¿Qué pescador?

No era una objeción menor.

—No solo tú. Amaro, Ramón y todos los hombres que el pueblo ha visto salir hacia la isla. También Manuel, aunque estuviera aprendiendo. El pescador representa a quienes desaparecieron y a quienes tuvieron que seguir viviendo sin ellos.

—Está en singular —dijo Xoán—. Puede parecer que el libro es solo mío.

Manuel pensó unos segundos.

—No me borra si dentro no me conviertes en el acompañante de Xoán. Además, *Los pescadores de Corvoeira* parece el nombre de una asociación de la lonja.

—O de un calendario benéfico —añadió Sabela.

La tensión se aflojó.

Amparo repitió el título despacio.

—Habla primero del pueblo. No promete explicar la niebla.

Bieito asintió.

—Y nace de lo que dijo la gente al reconocer a Xoán. No de una frase inventada para vender el libro.

Uxía miró a Carme.

—¿Qué te parece, mamá?

Carme tardó en responder.

—O pescador… —murmuró.

Miró a Xoán y después a Manuel.

—Sempre hai alguén que sae e alguén que queda mirando.[1]

Nadie intentó decidir si hablaba del libro, de 1985 o de todos los años posteriores.

Uxía escribió en la primera página:

EL PESCADOR DE CORVOEIRA

Debajo añadió:

Manuscrito en revisión. No autorizado para difusión.

Marta presentó el proyecto con ese título.

Dos semanas después llamó de nuevo. El comité editorial había autorizado el inicio del proceso de edición y evaluación jurídica.

No era todavía la aprobación de una versión definitiva ni el permiso para imprimir. El contrato tendría que respetar los límites acordados, y cualquier cambio que afectara a un testimonio tendría que ser revisado por la persona correspondiente.

La familia se reunió otra vez antes de aceptar.

Uxía explicó las condiciones generales sin ocultar las incertidumbres. Habría una edición de estilo, una lectura legal y una comprobación técnica. La editorial necesitaría autorización para publicar el texto, pero no recibiría automáticamente acceso a grabaciones, historiales médicos, documentos privados ni derechos de adaptación.

—¿Pueden cambiar lo que hemos dicho? —preguntó Amparo.

—Pueden proponer cambios. No pueden modificar el sentido de un testimonio sin que lo revise quien lo aportó.

—¿Y si quieren anunciarlo como la historia verdadera de una niebla que devuelve a los muertos? —preguntó Sabela.

—El texto promocional también tendrá límites. No pueden prometer una explicación que el libro no contiene.

Bieito observó el manuscrito.

—Una vez que salga de esta mesa, no podremos controlar a cada lector.

—No —respondió Uxía—. Solo podemos controlar lo que entregamos y las afirmaciones que hacemos nosotros.

Xoán pasó una página.

—Entonces que quede claro desde el principio que no sabemos dónde está Ramón.

—Quedará.

—Y que Manuel y yo no recordamos cuatro años dentro de la niebla.

—También.

Manuel miró a Amparo.

—Yo estoy de acuerdo.

Amparo tardó un poco más.

—Yo también. Pero no quiero fotografías actuales.

—Eso no cambia.

Sabela aceptó. Puri y Bieito hicieron lo mismo.

Carme estaba cansada y ya no seguía la conversación. Su participación no se amplió más allá de los límites que había expresado durante su entrevista.

Cuando todos autorizaron el siguiente paso, Uxía sintió alegría.

También miedo.

Hasta entonces, cada persona implicada podía levantarse de la mesa, señalar una frase y pedirle que la corrigiera. El manuscrito empezaba a salir de aquel círculo.

La protección ya no podía depender solo de la confianza.

Tendría que incorporarse por escrito al proceso.

Uxía envió a Marta el permiso para continuar.

Todavía no tenían un libro publicado.

Tenían algo más preciso:

un manuscrito al que todos habían permitido dar el siguiente paso.

---

1. El pescador… Siempre hay alguien que sale y alguien que se queda mirando.

CAPÍTULO 39

Corvoeira, verano de 2026

Sonia Pazos llamó cuando el manuscrito atravesaba su tercera revisión editorial.

Las pruebas no destructivas habían terminado. Podía devolver la pieza con las iniciales R. F. O., el botón de Xoán y el informe definitivo de análisis y conservación.

Uxía viajó a Santiago con su padre.

Sonia los recibió en la misma sala blanca de la primera visita. Los dos objetos descansaban en soportes separados, protegidos dentro de cajas transparentes. No estaban pulidos ni parecían más nuevos. Solo había retirado las partículas sueltas necesarias para estabilizarlos.

—Empezaré por lo que puede afirmarse —dijo.

La aleación y la técnica de fabricación de la pieza eran compatibles con la primera mitad del siglo XX. Su forma seguía siendo coherente con una pequeña pieza metálica de la cacha de una navaja.

El grabado era anterior a las principales capas de corrosión.

—Eso permite descartar que alguien encontrara una pieza antigua y añadiera las letras recientemente —explicó—. No permite identificar a su propietario.

Xoán observó las iniciales.

—Pero podría haber pertenecido a Ramón.

—Podría. La época, el grabado y el lugar donde apareció son compatibles con esa posibilidad. No la demuestran.

Sonia abrió la caja del botón.

El metal y la forma coincidían con los de botones utilizados en prendas de trabajo de la época de la desaparición de Xoán. La cruz del reverso también era anterior a la corrosión principal.

—El deterioro es compatible con una exposición prolongada a un ambiente marino —dijo—. Podría corresponder a varios años en condiciones muy agresivas o a varias décadas. Pero la corrosión no funciona como un calendario exacto. No puedo asegurar que el botón se desprendiera en 1985.

—Yo recuerdo haber marcado la cruz.

—Esa identificación forma parte del testimonio de Xoán. El laboratorio puede confirmar que la marca no parece reciente. No puede demostrar quién la hizo ni quién llevó la prenda.

Le entregó a Uxía el informe.

—Los objetos no explican la brétema. Lo que hacen es descartar algunas explicaciones malas. No parecen objetos modernos fabricados para encajar en vuestra historia y las marcas no parecen recientes.

Durante meses, Uxía había aprendido que un resultado limitado no era una decepción.

Era una frontera que impedía al deseo apropiarse de los hechos.

Firmaron la devolución.

Xoán guardó las cajas dentro de una bolsa rígida y mantuvo una mano sobre ella durante el viaje de regreso. Al llegar a Casa Freire, colocó ambos objetos junto a la fotografía de Ramón.

No construyó un altar.

Cerró la caja.

—¿Qué pondrás en el libro? —preguntó.

—Que los materiales y las marcas son compatibles con las épocas. Que el botón estuvo sometido a una exposición marina prolongada, aunque no podamos determinar cuánto tiempo ni cuándo se perdió. Y que la pieza puede haber pertenecido a Ramón, pero no lo demuestra.

—Eso basta.

La puerta del patio sonó antes de que Uxía guardara el informe.

Bieito esperaba bajo el alero, con la gorra entre las manos.

—Vengo a hablar con Xoán.

Miró a Uxía.

—Como te dije. A solas, pero no a escondidas.

Xoán salió al patio.

Uxía cerró la puerta de la cocina y no se quedó junto al cristal. Preparó la medicación de Carme, ayudó a Puri a doblar ropa y permitió que aquella conversación perteneciera primero a los dos hombres que llevaban cuarenta años necesitándola.

Bieito empezó por la advertencia de 1985.

Le explicó que había sentido que algo no iba bien, pero no con la certeza suficiente para ponerse delante del *Santa Bárbara*. Después habló de la visita nocturna, de la niebla localizada junto a la cara norte de la isla y de la forma humana que creyó ver y no supo identificar.

—Podías ser tú —dijo—. O Manuel. O Ramón. Podía no ser nadie. Yo salí huyendo antes de averiguarlo.

Xoán permaneció sentado, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas.

—Uxía me contó lo que le permitiste contar.

—No es lo mismo que oírlo de mí.

—No.

Bieito miró sus manos.

—Durante cuarenta años pensé que, si me hubiera quedado, habría conseguido traeros de vuelta.

—Y yo he pasado meses pensando que, si hubiera escuchado tu advertencia, Manuel y yo no habríamos salido.

—Tú no sabías.

—Tú tampoco.

La culpa cambió de dirección entre ellos sin encontrar un único dueño.

—Yo sentí algo —insistió Bieito.

—Y yo me reí.

Xoán dejó pasar un momento.

—No puedo decirte que aquella forma no fuera yo. Tampoco que lo fuera. Si huiste porque tenías miedo, te creo. Yo he regresado a la isla con sol, chaleco y otras personas al lado y también tuve miedo.

—Podría haberos abandonado.

—O podrías haber desaparecido con nosotros.

Bieito bajó la cabeza.

—Después obligué a Sabela a guardar el secreto.

—Eso sí fue una decisión tuya.

La frase no fue cruel.

Tampoco lo absolvió.

—Sí.

—¿Has hablado con ella?

—Le he contado todo lo que sé.

Xoán asintió.

—Entonces no conviertas los años que te quedan en otro castigo. No cambiará lo que hiciste ni nos devolverá a aquella mañana.

Bieito soltó una risa breve y rota.

—Sigues dando órdenes como patrón.

—Y tú sigues protestando antes de hacer caso.

La antigua complicidad apareció entre ambos sin borrar a los hombres en que se habían convertido.

Bieito alargó una mano.

Xoán la estrechó.

No se abrazaron ni declararon cerrada la culpa. Permanecieron bajo el alero hablando de Celso, de la taza azul del *Santa Bárbara* y de amigos que habían muerto durante los años que Xoán no había vivido conscientemente.

Cuando Bieito se marchó, Xoán regresó a la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó Uxía.

—No del todo.

Dejó una mano sobre la caja de los objetos.

—Pero ahora el dolor tiene la edad que le corresponde. Ya no parece que acabara de ocurrir esta mañana.

Los meses siguientes estuvieron llenos de correcciones.

Mónica revisó cada cita procedente de los cuadernos de Elixio. Sonia aprobó la formulación final de las conclusiones de sus análisis. Una abogada examinó los consentimientos, la información médica y las condiciones que impedían ceder automáticamente derechos de adaptación.

Iago realizó la primera entrevista externa con Uxía cuando la familia autorizó la versión definitiva. No revelaron información nueva. Hablaron de las decisiones necesarias para investigar una historia familiar sin confundir confianza con propiedad.

La cubierta llegó por correo electrónico a finales del verano.

Uxía la imprimió en la papelería de Vilanova y la llevó a Casa Freire una tarde tranquila.

En la maqueta se leía:

EL PESCADOR DE CORVOEIRA

Carme reconoció a Uxía aquella tarde, aunque no recordaba la conversación en la que habían elegido el título.

Pasó un dedo por las letras.

—O pescador de Corvoeira.[1]

Repitió las palabras como si trasladarlas al gallego le permitiera comprobar su peso.

—É bonito.[2]

—¿Te gusta, mamá?

Carme miró la cubierta y después las caras reunidas alrededor. Xoán estaba sentado en el otro sillón. Puri permanecía cerca de la puerta. Manuel y Amparo habían venido desde la Rúa do Cristal.

—Gústame que non diga o meu nome.[3]

Uxía esperó.

—Nin o de Xoán, nin o teu. Fala de todos nós sen nomear a ninguén. Iso está ben feito.[4]

Xoán cogió la maqueta con cuidado.

—¿Cuándo sale?

—Todavía faltan las últimas pruebas, la impresión y fijar una fecha.

Uxía apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—Haré todo lo que dependa de mí para que puedas verlo.

Carme se volvió hacia ella.

—Non me prometas nada que non dependa de ti.[5]

No había dureza en la corrección.

—Promete só o que podes cumprir. O resto, que veña quen teña que vir.[6]

Uxía levantó la cabeza.

—Te prometo que terminaré bien el libro. Y que nadie utilizará tu historia de una forma contraria a lo que pediste mientras yo pueda impedirlo.

Carme asintió.

Aquella era una promesa con límites humanos.

Esa noche, después de acostarla, Uxía abrió el manuscrito por última vez antes de enviarlo a imprenta.

Añadió una nota final:

Mi madre dijo que le gustaba que el título no llevara su nombre. Puede que mañana no recuerde haber visto la cubierta. Yo recordaré que lo dijo, no para vivir en su lugar ni corregir su olvido, sino porque conservar una voz también consiste en respetar el momento y los límites en que fue entregada.

Este libro no demuestra qué es la brétema ni qué le ocurrió a Ramón. Cuenta lo ocurrido alrededor de esas preguntas: cómo una ausencia cambió dos familias, cómo dos hombres regresaron al tiempo equivocado y cómo un pueblo decidió dejar de confundir silencio con protección.

Guardó el documento.

El libro estaba terminado.

Las vidas que contenía, no.

---

1. El pescador de Corvoeira.

2. Es bonito.

3. Me gusta que no diga mi nombre.

4. Ni el de Xoán, ni el tuyo. Habla de todos nosotros sin nombrar a nadie. Eso está bien hecho.

5. No me prometas nada que no dependa de ti.

6. Promete solo lo que puedes cumplir. El resto, que venga quien tenga que venir.

EPÍLOGO

El tiempo corriente

El primer ejemplar llegó a Casa Freire en otoño de 2026.

No hubo una revelación al abrir la caja. El libro pesaba menos que el manuscrito impreso y olía a tinta nueva. Uxía comprobó la cubierta, el lomo y las páginas de notas antes de dejarlo sobre la mesa.

Carme reconoció a su hija aquella mañana, pero no recordó la maqueta del verano.

Uxía no intentó reconstruir la escena.

—Es el libro que escribimos.

Carme acarició la cubierta.

—¿Sae o mar?[1]

—Sale.

—Entón pono onde non se molle.[2]

Puri colocó el ejemplar en una balda alta, lejos del fregadero.

Después cogió el bolso y salió a pasar la tarde con una amiga de Vilanova. Ya no pedía disculpas cada vez que dejaba la casa durante unas horas.

Manuel llegó desde el taller con polvo de granito en el pelo. Había empezado a cobrar por pequeños encargos bajo la supervisión de Antón, aunque seguía presentándose como aprendiz.

Dejó junto al libro un tope de granito destinado a sujetar la puerta del bar de Sabela.

—No es decorativa —advirtió—. Tiene una función.

—¿Y la flor? —preguntó Uxía.

—La flor también tiene una función: recordarme que todavía no sé hacer flores.

Xoán apareció después con una carpeta del centro de formación bajo el brazo.

Había renovado su documentación, continuaba como voluntario en el centro de día y acababa de matricularse en el primer módulo de la formación en atención sociosanitaria.

Todavía no sabía si terminaría los estudios.

Había aprendido a no convertir cada comienzo en una promesa para el resto de su vida.

—Llegas tarde —dijo Manuel.

—En los papeles estoy cerca de los ochenta. Puedo permitírmelo.

La broma ya no exigía que nadie apartara la mirada.

El libro se presentó aquella semana en el bar de Sabela.

Iago moderó la conversación, respetó los límites acordados y no insistió en las preguntas que la familia había decidido no responder. Bieito habló de la culpa sin convertirla en heroísmo. Amparo explicó que el regreso de Manuel no había vuelto falso el funeral.

Cuando alguien preguntó por Ramón, Xoán respondió:

—No sé dónde está.

Nadie insistió.

A la mañana siguiente, Corvoeira recuperó su tamaño ordinario.

Sabela levantó la persiana. Manuel volvió al taller. Puri salió a comprar sin apresurarse a volver. Xoán preparó la mochila del curso.

Uxía cerró una maleta pequeña.

Tenía que pasar dos días en Santiago por trabajo y regresaría el domingo. No sabía si Corvoeira sería su casa para siempre.

Había dejado de utilizar aquella palabra como medida de sus decisiones.

Marcharse durante dos días no repetía los diecisiete años de ausencia. Quedarse ahora tampoco la obligaba a renunciar a la vida que había construido fuera.

Antes de salir, abrió la caja donde Xoán guardaba la fotografía de Ramón, la pieza con las iniciales y el botón.

No buscó una respuesta nueva.

Comprobó que todo seguía en su sitio y volvió a cerrar la caja.

Xoán la esperaba en el patio.

—¿Lista?

—Sí.

Caminaron juntos hasta O Peirao Vello. Él tomaría el autobús hacia Vilanova y Uxía continuaría después hasta la estación.

Desde el muelle se veía A Illa dos Corvos, recortada bajo un cielo despejado.

No había niebla.

Una embarcación salió del puerto y su estela abrió el reflejo del cielo.

Uxía miró a su padre.

—Nos vemos el domingo.

—Aquí estaremos.

No era una promesa sobre lo que no dependía de ellos.

Era un plan para dentro de dos días.

El viento movió los cabos. Las gaviotas descendieron hacia las cajas y el agua golpeó con ritmo contra la piedra.

El mar no estaba quieto.

---

1. ¿Sale el mar?

2. Entonces ponlo donde no se moje.
